EL CAMARADA DON CAMILO

Giovanni Guareschi



Caralt

Giovanni Guareschi

EL CAMARADA DON CAMILO

Tercera edición: septiembre 1985

Tftulo original: II compagno Don Camillo

Traducción: Domingo Pruna

Cubierta: Ubach

ISBN: 84-217-4295-7 Depósito legal: B. 29.733-1985 Impreso en España —

Printed in Spain

Impreso por TENSA, Feixa Llarga, 19, L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Digitalizado para www.papyrefb2.net

INSTRUCCIONE PARA EL USO

Esta narración —última cronológicamente de la serie Pequeño mundo-Don Camilo— *la publiqué en capítulos en los últimos catorce números (año 1959) de Candido, el semanario milanés fundado por mí en 1945 y que tuvo una reconocida junción propagandística en las importantísimas elecciones políticas italianas de 1948, contribuyendo*

decisivamente a la derrota del partido comunista.

Candido ya no existe: falleció en octubre de 1961, por causa sobre todo del total desinterés que los italianos del milagro económico y de la apertura a la izquierda tienen por todo lo que huele a anticomunismo.

La generación actual de italianos es la de los rectos, de los objetores de conciencia, de los antinacionalistas y de los negristas, y ha crecido en la escuela de la corrupción política, del cine neorrealista y de la literatura socio-sexual de izquierdas. Por lo tanto, más que una generación, es una degeneración.

¡Qué hermosa era la Italia mendicante de 1945!

Retornábamos de la prolongada hambre de los Lager y encontramos a Italia reducida a escombros.

Pero, entre los montones de cascotes bajo los cuales se pudrían los huesos de nuestros muertos inocentes, palpitaba el aire fresco y limpio de la esperanza.

¡Qué diferencia entre la Italia pobre de 1945 y la pobre Italia de 1963!

Entre los rascacielos del milagro económico sopla un viento cálido que huele a cadáver, a sexo y a cloaca.

En la Italia millonaria de la dolce

vita está muerta toda esperanza de un mundo mejor. Esta es la Italia que trata de combinar un horrendo mejunje de demonio y agua bendita, mientras una nutrida formación de jóvenes sacerdotes izquierdistas (que ciertamente no se parecen a don Camilo) se disponen a bendecir, en nombre de Cristo, las banderas rojas del Anticristo.

Candido no podía seguir viviendo en la roja Italia millonaria y, en efecto, murió.

Y la narración que apareció en 1959 en aquella publicación, aunque aún está viva por cuanto sus personajes permanecen bien vivos, hoy

es anacrónica.

Su en el fondo bonachona polémica contra el comunismo puede ser aceptada hoy tan sólo si se enmarca la vicisitud en la época en que se produjo.

A esto podría objetar el lector: «Si tu narración es anacrónica porque la gente ha cambiado de parecer respecto al comunismo, ¿por qué no has dejado tranquila tu narración en la tumba de Candido?»

Porque —respondo yo— aún existe una pequeña minoría que no ha cambiado de parecer respecto al comunismo y la URSS, y debo tenerla en cuenta.

Por lo tanto, me propongo dedicar

esta narración mía a los soldados americanos muertos en Corea, a los últimos y heroicos defensores del Occidente asediado. A los Caídos en Corea, a los supervivientes y a sus familias, porque ellos no pueden haber cambiado de parecer.

Y lo dedico a los soldados italianos muertos combatiendo en Rusia y a los sesenta y tres mil que, caídos prisioneros en manos de los rusos, desaparecieron en los horrendos Lager soviéticos y cuya suerte se ignora aún.

A ellos está dedicado, en particular, el capítulo décimo titulado: «Tres tallos de trigo.»

Esta narración mía está dedicada

también a los trescientos sacerdotes emilianos asesinados por los comunistas durante las sangrienta jornadas de la liberación, y al difunto Papa Pío XII que lanzó la Excomunión contra el comunismo y sus cómplices.

Está dedicado asimismo al Primado de Hungría, el indómito cardenal Mindszenty, y ala heroica Iglesia Mártir.

A ellos está particularmente dedicado el capítulo octavo titulado: «Agente secreto de Cristo.»

Y me propongo dedicar el último capítulo, «Fin de una historia que no acaba nunca», al difunto Papa Juan XXIII.

Y eso (séame perdonada la debilidad) no sólo por las razones que todos conocen, sino también por una razón personal mía.

En junio del 63, entre las declaraciones hechas a los periódicos por personalidades de todo el mundo, se publicó la del señor Auriol, socialista, que fue presidente de la República francesa cuando el Papa Roncalli era Nuncio apostólico en París.

Dice el señor Auriol en determinado punto:

«Un día, el primero de enero de 1952, acordándose de mis disputas con el alcalde y con el párroco de mi

municipio, me mandó como regalo de Año Nuevo el libro de Guareschi "El camarada Don Camilo" *con la siguiente dedicatoria: "Al señor Vincent Auriol, presidente de la República francesa, para su distracción y deleite espiritual. Firmado: A. J. Roncalli, Nuncio apostólico."»*

El don Camilo de 1959 es el mismo e idéntico don Camilo de 1952 y yo he querido publicar esta narración —aunque sea anacrónica— para distracción y (dispensad la prosopopeya) «deleite espiritual» de los pocos amigos que me quedan en este desquiciado mundo.

EL AUTOR

Roncole-Verdo, 16 de agosto de 1963.

LA FIEBRE DEL ORO

La bomba atómica estalló hacia el mediodía del lunes, cuando llegaron los periódicos.

Uno del pueblo había acertado las quinielas y ganado diez millones. Los diarios precisaban que se trataba de un tal Pepito Sbezzeguti; pero en el pueblo no había ningún Pepito ni ningún Sbezzeguti.

El encargado del estanco, asediado

por la nerviosa población, abrió los brazos:

—El sábado era día de mercado y vendí un montón de boletos a forasteros. Será alguno de ellos. De todos modos, ya aparecerá.

Pero no apareció nada de nada, y la gente siguió atormentándose porque advertía que aquel Pepito Sbezzeguti era un nombre que sonaba a falso. Pase lo de Sbezzeguti: podía haber un Sbezzeguti entre los forasteros venidos al mercado. Pero un Pepito, no.

Cuando uno se llama Pepito no puede asistir a un mercado de pueblo donde se hacen transacciones de cereales, heno, ganado y queso de bola.

—Para mí, que ése es un nombre falso —dijo en el transcurso de una larga discusión el posadero del Molinetto—. Y cuando uno usa nombre falso, significa que no es forastero, sino uno del pueblo que no quiere darse a conocer.

Se trataba de una argumentación más bien aproximativa: pero fue acogida como la más rigurosamente lógica y la gente, desinteresándose de los forasteros, concentró su atención sobre los indígenas.

Y las indagaciones fueron llevadas con ferocidad, como si se tratase de encontrar no ya al ganador de una lotería, sino a un delincuente.

Sin ferocidad, pero con indudable interés, se ocupó también del caso don Camilo. Y como le pareciera que el Cristo no veía con demasiada benevolencia aquella actividad suya de sabueso, don Camilo se justificó:

—Jesús, no lo hago por curiosidad morbosa, sino como un deber. Porque merece ser señalado al desprecio del prójimo quienquiera que, habiendo recibido una gran merced de la Divina Providencia, la mantiene oculta.

—Don Camilo —respondió el Cristo—, supuesto y no admitido que la Divina Providencia se ocupe de apuestas futbolísticas, considero que la Divina Providencia no tiene necesidad

de publicidad. Además, lo que cuenta es el hecho en sí, y el hecho es conocido en todos sus detalles esenciales: hay alguien que ha ganado una fuerte suma a las quinielas. ¿Por qué te preocupas por saber quién es ese afortunado? Interésate más bien por la gente no favorecida por la fortuna, don Camilo.

Pero a don Camilo se le había metido entre ceja y ceja el misterio de Pepito, y cada vez le fascinaba más.

Hasta que un relámpago iluminó las tinieblas.

A don Camilo le entraron ganas de ponerse a tocar la campana cuando descubrió la clave de aquel nombre: supo resistir la tentación de agarrarse a

la cuerda de la Gsltrude, pero no supo resistir a la otra tentación, la de echarse a los hombros el manteo e ir a dar una vueltecita por el pueblo.

Y cuando poco después llegaba ante el taller de Peppone, tampoco supo resistirse a la tentación de pararse y asomar la cabeza dentro para saludar al alcalde:

—¡Buenos días, camarada Pepito!

Peppone dejó de dar martillazos y le clavó dos ojos despavoridos:

—¿Eso qué quiere decir, revendo?

—Nada: Pepito, en el fondo, no es más que un diminutivo de Peppone. Además, se da también el caso curioso de que, haciendo un anagrama de Pepito

Sbezzeguti, resulta algo que se asemeja de un modo muy extraño a José Bottazzi.

Peppone se puso de nuevo a dar martillazos tranquilamente.

—Eso vaya usted a contárselo al director del *Domenica Quiz* —dijo—. Aquí no se hacen acertijos, aquí se trabaja.

Don Camilo meneó la cabeza:

—Siento sinceramente que tú no seas el Pepito que ha ganado los diez millones.

—También lo siento yo —barbotó Peppone—. Por lo menos, ahora podría ofrecerle dos o tres de ellos para que pudiese usted volverse a su casa.

—No te preocupes, Peppone, yo los

favores los hago gratis —respondió don Camilo, yéndose.

Al cabo de dos horas, todo el pueblo sabía perfectamente lo que era un anagrama y no había casa donde el pobre Pepito Sbezzeguti no fuese disecado para ver si de veras tenía en la panza al camarada José Bottazzi.

Aquella misma noche, en la «Casa del Pueblo» hubo una reunión extraordinaria del estado mayor de los rojos.

—Jefe —explicó *el Flaco* tomando la palabra—, los reaccionarios han reanudado de pleno su táctica propagandística de la calumnia. El país está en efervescencia. Te acusan de ser

el que ha ganado los diez millones. Hace falta intervenir con energía y poner en la picota a los difamadores.

Peppone abrió los brazos.

—Decir que alguien ha ganado diez millones no es una difamación —respondió Peppone—. Se difama a una persona al acusarla de haber cometido un acto deshonesto. Ganar a las quinielas no es una cosa deshonesta.

—Jefe —replicó *el Flaco*-› la difamación política se produce también cuando se acusa al adversario de haber cometido una acción honesta. Cuando una acusación causa perjuicio al Partido, entonces ha de considerarse difamatoria.

—La gente se ríe a nuestras espaldas —añadió el Brusco—. Hay que hacerla callar.

—¡Hace falta un manifiesto! —exclamó el Pardo—. Un manifiesto que hable claro.

Peppone se encogió de hombros.

—Está bien, mañana nos ocuparemos de eso.

El Flaco se sacó un papel de la cartera de mano:

—Para evitarte molestias ya lo hemos preparado nosotros. Si te gusta, lo hacemos imprimir y mañana por la mañana lo fijamos.

El Flaco leyó en voz alta:

El que suscribe, José Bottazzi, declara no tener nada en común con el Pepito Sbezzeguti ganador de los diez millones en las quinielas. Es inútil que los reaccionarios intenten calumniarme identificándome con el neo-millonario susodicho: aquí, de «neo», sólo hay uno, el fascismo de ellos.

Giuseppe Bottazzi

Peppone meneó la cabeza.

—Sí, está bien; pero mientras no vea cosas impresas, no contesto con cosas impresas.

El Flaco no estaba de acuerdo:

—Jefe, me parece una tontería esperar que alguien nos dé un

escopetazo para contestarle con un escopetazo.

La regla es disparar un segundo antes que los demás.

—La regla es disparar una patada en las posaderas a los que se ocupan de mis asuntos personales. No necesito defensores: sé defenderme muy bien solo.

El Flaco se encogió de hombros:

—Si te lo tomas así —barbotó—, no hay nada más que decir.

—¡Así me lo tomo! —gritó Peppone dando un puñetazo en la mesa—. ¡Cada uno para sí y el Partido para todos!

El estado mayor se marchó poco convencido.

—Dejarse acusar de haber ganado diez millones, para mí es un signo de debilidad —observó, una vez en la calle, *el Flaco*—. Tanto más cuanto que hay la complicación del anagrama.

—¡Veremos! —suspiró el Pardo.

Después de las hablillas vino la cosa impresa: el diario de los agrarios publicó un suelto titulado: Rasca a Peppone y hallarás a Pepito. El pueblo se rió a modo porque el suelto estaba escrito por uno que entendía de eso. Entonces, el estado mayor se reunió en la «Casa del Pueblo» y dijo lisa y llanamente que se hacía necesaria una intervención enérgica.

—Está bien —respondió Peppone —, haced imprimir el cartel y pegadlo.

El Flaco se fue volando a la imprenta y, una hora después, don Camilo recibía de manos de Barchini la primera prueba.

—Es un feo golpe para el periódico —observó melancólicamente don Camilo—. Si él hubiese ganado los millones, se guardaría muy bien de hacer imprimir una cosa semejante. A menos que haya cobrado ya o hecho cobrar la ganancia.

—No se ha movido de aquí —le tranquillo Barchini—. Está vigilado por todo el pueblo.

Ya era tarde y don Camilo se fue a la

cama... Pero, a las tres de la mañana, le despertaron. Era Peppone.

Peppone entró por la parte del huerto y, cuando estuvo en el pasillo, se quedó acechando a través de la puerta entornada. Estaba agitadísimo.

—Espero que nadie me haya visto —dijo por fin—. Siempre creo que me espían.

Don Camilo le miró, preocupado.

—¿No te habrás vuelto loco, por casualidad?

—No: pero temo que estoy a punto de estarlo.

Se sentó y se secó el sudor.

—¿Hablo con el cura, o con la gaceta del pueblo? —se informó

Peppone.

—Depende de lo que vengas a decirme.

—Vengo a hablar con el cura.

—El cura te escucha —dijo gravemente don Camilo.

Peppone le dio unas cuantas vueltas al sombrero y luego se confesó:

—Reverendo, he dicho una mentira gorda. Pepito Sbezzeguti soy yo.

Don Camilo recibió la bomba atómica justo en la punta de la cabeza y se quedó durante algunos minutos sin resuello.

—¡Entonces, eres tú el que ha ganado los diez millones a las quinielas! —exclamó, cuando hubo vuelto en sí—.

¿Por qué no lo dijiste antes?

—Tampoco lo digo ahora, porque yo estoy hablando con el cura. A usted sólo debe interesarle la mentira.

Pero a don Camilo le interesaban los diez millones y, tras haber mirado con desprecio a Peppone, le fulminó con candentes palabras:

—¡Qué vergüenza! ¡Un camarada, un proletario que gana diez millones! Deja que los burgueses hagan esas porquerías. Un buen comunista debe ganarse los cuartos con el sudor de su frente.

Peppone dio un bufido:

—Reverendo, no tengo ganas de bromas. ¡No es ningún delito apostar a

las quinielas!

—No es mi intención bromear y no digo que sea delito ganar a las quinielas. Afirmo sencillamente que un buen comunista no apuesta a las quinielas.

—¡Estupideces! Apuestan todos.

—Malo. Y malísimo en tu caso, porque eres un jefe, uno de los que deben guiar la lucha del proletariado. Las quinielas son una de las más solapadas armas inventadas por la burguesía capitalista para defenderse del proletariado. Un arma eficacísima y que no le cuesta nada a la burguesía. Al revés, le proporciona grandes ganancias. ¡Un buen comunista no ayuda, sino que combate fieramente a las quinielas!

Peppone agitó los hombros, irritado.

—¡No te pongas nervioso, camarada! ¡Todo cuanto sirve para ilusionar a los trabajadores de poderse procurar el bienestar con medios que no sean la revolución proletaria, es contrario al bienestar del pueblo y favorable a la causa de los enemigos del pueblo!

Peppone agitó los brazos:

—Reverendo —gritó—, ¡vamos a dejar de mezclar siempre las cosas con la política!

—¡Camarada! ¿Y la revolución proletaria?

Peppone pataleó.

—Te comprendo, camarada —

concluyó sonriendo don Camilo—. En el fondo tienes razón. Es mejor diez millones hoy que la revolución proletaria mañana.

Don Camilo atizó el fuego y, luego, tras unos minutos, se volvió hacia Peppone.

—¿Has venido aquí sólo para decirme que has ganado los diez millones?

Peppone sudaba tinta.

—¿Cómo voy a cobrarlos sin que nadie se entere?

—Ve tú en persona.

—No puedo, me vigilan. Además, ya no puedo ir yo: mañana por la mañana sale el manifiesto.

—Manda a alguien de tu confianza.

—No me fío de ninguno.

Don Camilo meneó la cabeza.

—No sé qué decirte.

Peppone le puso un sobre ante la nariz:

—Vaya usted, reverendo.

Peppone se levantó y se encaminó hacia la puerta y don Camilo se quedó mirando el sobre.

Don Camilo se fue a la mañana siguiente y, tres días después, estaba de regreso. Llegó al anochecer y, antes de entrar en la rectoría, se fue a hablar con el Cristo del altar mayor.

Traía consigo un maletín que dejó sobre la balaustrada del altar y que

abrió.

—Jesús —dijo con voz muy seria—, éstos son diez paquetes de cien billetes de diez mil cada uno. Total, diez millones para Peppone. Me permito hacerte notar que ese sin Dios no merecía un premio semejante.

—Díselo a los de las apuestas mutuas —le aconsejó el Cristo.

Don Camilo se fue con su maletín y, al llegar al primer piso de la rectoría, encendió y apagó tres veces la luz, según lo que había convenido con Peppone.

Peppone, que estaba al acecho, respondió encendiendo y apagando dos veces la luz de su dormitorio.

Llegó a la rectoría al cabo de dos horas, embozado hasta los ojos. Entró por la parte del huerto y abrió la puerta con candado.

—¿Entonces...? —preguntó a don Camilo, quien aguardaba en el comedor.

Don Camilo se limitó a hacerle una señal para indicarle el maletín que estaba sobre la mesa.

Peppone se acercó y, con manos trémulas, abrió el maletín. Al ver los paquetes de billetes se le llenó la frente de sudor.

—¿Diez millones? —susurró.

—Diez millones: puedes contarlos.

—¡No, no!

Siguió mirando los fajos de billetes,

como fascinado.

—Claro —suspiró don Camilo—, diez millones son un buen pellizco, hoy por hoy. Pero ¿qué serán mañana? Basta una noticia preocupante para destruir el valor del dinero, y hacer de esos cuartos un montón de papeluchos.

—Habría que invertirlos en seguida —dijo Peppone con un poco de angustia—. Con diez millones se puede comprar una finca discreta. La tierra siempre es la tierra...

—«La tierra para los campesinos», dice el comunismo, no la tierra para los herreros. Te lo quitarán todo. El comunismo está destinado a triunfar. El mundo va hacia la izquierda, querido

camarada...

Peppone seguía contemplando los billetes de Banco.

—Oro —dijo—. Habría que comprar oro. Puede esconderse.

—Y luego, cuando lo hayas escondido, ¿qué haces con él? Si viene el comunismo, todo será racionado y estatificado, y el oro tendrás que dejarlo donde esté, porque no podrás comprar nada.

—¿Y mandarlo al extranjero?

—¡Ni hablar! ¿Como un capitalista cualquiera? Además, habría que llevarlo a América, porque Europa está destinada a volverse toda comunista. Además, también América, al quedarse

aislada, deberá capitular frente a la Unión Soviética.

—América es fuerte —dijo Peppone—. A América nunca llegarán.

—No se sabe: el futuro está en manos de Rusia, compañero.

Peppone suspiró y luego se sentó:

—La cabeza me da vueltas, reverendo. ¡Diez millones!

—Toma la mercancía y llévatela a casa. Pero devuélveme el maletín. Es mío.

Peppone se levantó:

—¡No, reverendo! Por favor, guárdeselo todo. Mañana hablaremos de nuevo. Ahora ya no entiendo nada.

Peppone se fue y don Camilo, una

vez recogido el maletín, subió al primer piso y se echó en la cama.

Estaba muerto de cansancio, pero no logró dormir mucho porque, a las dos de la madrugada, le despertaron y tuvo que bajar. Eran Peppone y su mujer, que iban muy embozados.

—Reverendo —explicó Peppone—, trate de comprenderme... Mi mujer quisiera ver cómo están hechos diez millones...

Don Camilo fue en busca del maletín y lo puso otra vez sobre la mesa.

La mujer de Peppone, tan pronto vio los billetes de Banco, se puso pálida. Don Camilo esperó pacientemente que el espectáculo terminase. Luego, cerró

de nuevo el maletín y acompañó hasta la puerta a Peppone y su mujer:

—Trata de dormir —dijo don Camilo.

Volvió a su cama, pero, a las tres de la madrugada, tuvo que bajar otra vez.

Y otra vez se encontró delante a Peppone.

—¡Vaya! ¿Todavía no ha terminado la peregrinación?

Peppone abrió los brazos:

—Reverendo, he venido a buscar el maletín.

—¿Ahora? Ni soñarlo: lo he escondido en el desván y ten la seguridad de que no subiré a buscarlo. Ven mañana. Tengo sueño y frío...

¿Acaso no te fías?

—No es cuestión de fiarse. Imagínese, es un decir, que tenga usted un accidente cualquiera... ¿Cómo hago para demostrar que esos cuartos son míos?

—Vete a la cama tranquilo: el maletín está precintado y con tu nombre escrito. Yo pienso en todo.

—Comprendo, reverendo... De todos modos, es mejor que los cuartos estén en mi casa.

Don Camilo notó un tono de voz que no le gustó. Y, entonces, a su vez cambió repentinamente de tono.

—¿De qué cuartos hablas? —preguntó.

—¡De los míos! De los que usted ha ido a cobrar por mí en Roma.

—Estás loco, Peppone. Estás soñando. ¡Yo no he retirado nunca dineros tuyos!

—¡El boleto era mío! —jadeó Peppone—. ¡Pepito Sbezzeguti soy yo!

—¡Pero si en todas las paredes está estampado que no eres tú! ¡El manifiesto es tuyo!

—¡Soy yo! Pepito Sbezzeguti es el anagrama de Giuseppe Bottazzi.

—En absoluto: Pepito Sbezzeguti es el anagrama de Giuseppe Bottezzi. Tú te llamas Bottazi, no Bottezzi. Mi tío es quien se llama Giuseppe Bottezzi; yo rellené el boleto por él.

Peppone escribió con mano trémula Pepito Sbezzeguti en el margen del diario desplegado sobre la mesa. Luego, escribió su nombre y controló:

—¡Maldición! —gritó—. ¡Puse una E en lugar de la A! ¡Pero los cuartos son míos!

Don Camilo se encaminó por la escalera para volverse a la cama y Peppone le siguió, porfiando en que los cuartos eran suyos.

—No te pongas nervioso, camarada —le amonestó don Camilo, entrando en el dormitorio para meterse en la cama —. Yo, los diez millones, no me los comeré. Los emplearé para tu causa, para la causa del pueblo, repartiéndolos

a los pobres.

—¡Al diablo los pobres! —chilló Peppone fuera de sí.

—¡Asqueroso reaccionario! —exclamó don Camilo acomodándose entre las sábanas—. Vete y déjame dormir.

—¡Deme mi dinero o le mato como a un perro! —chilló Peppone.

—¡Toma tu porquería y vete! —farfulló don Camilo sin volverse.

El maletín estaba sobre la cómoda. Peppone lo agarró, lo escondió debajo del abrigo y se fue rápidamente.

Don Camilo le oyó dar un portazo en el pasillo y suspiró.

—Jesús —dijo severamente—, ¿por

qué hacerle ganar y arruinarle la vida? Ese pobrecito no merecía un castigo semejante.

—Primero me reprendes porque ese dinero es un premio inmerecido, ahora me reprendes porque ese dinero es un castigo injusto... Evidentemente, ya no acierto a comprenderte, don Camilo —respondió el Cristo.

—Jesús, no hablo contigo, hablo con las quinielas —precisó don Camilo, conciliando por fin el sueño.

EL CHANTAJE

—Señor —dijo don Camilo—, él ha exagerado y yo le destruiré.

—Don Camilo —respondió el Cristo crucificado—, también exageró quien me clavó en la cruz, pero yo le perdoné.

—Quien te crucificó no sabía lo que hacía: Peppone lo sabía perfectamente y su mala fe no tiene derecho a ninguna piedad.

—Don Camilo —preguntó sonriendo el Cristo—, ¿no crees que, desde que él

ha llegado a senador, tú eres particularmente severo con Peppone?

Don Camilo, cruelmente afectado por las palabras del Cristo, no logró ocultar su propia amargura:

—¡Señor —exclamó—, seguramente no hablarías así, si me conocieses!

—Te conozco —afirmó el Cristo con un suspiro.

Don Camilo poseía el sentido de la discreción: se santiguó haciendo ademán de inclinarse y se fue corriendo.

Pero, una vez fuera, le aguardaba otra amargura, porque un desdichado apenas acababa de pegar, justo al lado de la puerta de la rectoral, un ejemplar del cartel que era el origen del furor de

don Camilo y que sacaba a relucir una historia vieja de lo menos dos años.

Una melancólica noche de invierno, cuando don Camilo se disponía a meterse en la cama, alguien había llamado a la puerta de la rectoral. Era Peppone, pero costaba reconocerle, tan descompuesto estaba.

Don Camilo le hizo sentarse y le alargó un vaso de vino que el pobrecito se bebió de un tirón. Pero hicieron falta dos más para desatarle la lengua. Finalmente, Peppone dijo, jadeante:

—Ya no puedo más.

Peppone se sacó de debajo del tabardo un paquete envuelto en papel de periódico y lo dejó sobre la mesa.

—Desde que tengo eso en casa —dijo con tristeza—, ya no consigo dormir.

Se trataba de las famosos diez millones de las quinielas de fútbol. Don Camilo respondió:

—Deposita los cuartos en un Banco.

Peppone se carcajeó:

—¿Bromea usted? ¡Un alcalde comunista que ingresa en su cuenta corriente diez millones cuya procedencia no puede demostrar!

—Cámbialos por marengos [1] de oro y entiérralos en algún sitio.

—No podría disfrutar de ellos.

Don Camilo tenía sueño, pero su paciencia no se había agotado aún.

—Camarada —dijo sosegadamente —. Vayamos al grano: ¿qué quieres de mí?

Peppone desembuchó:

—Reverendo, ese famoso *commendatore* que sabe administrar tan bien los dineros que se le confían...

—No le conozco —afirmó don Camilo.

—Debe conocerle. Es uno de los suyos. Uno que se vale de los curas como intermediarios y luego se gana la absolución regalando iglesias, conventos, oratorios y cosas por el estilo.

—Sé quién es, pero nunca he estado en contacto con él.

—Reverendo, puede ponerse en contacto con él cuando quiera. El párroco de Torricella es uno de sus agentes.

Don Camilo balanceó melancólicamente la cabeza:

—Camarada —dijo—, Dios te ha tendido un dedo, ¿por qué quieres asirle la mano?

—Dios no tiene nada que ver en eso. La fortuna me ha sonreído y ahora tengo un capital que explotar.

—Entonces, la cosa es sencilla: ve a ver al párroco de Torricella y haz que te presente al c*ommendatore*.

—No es posible. Soy demasiado conocido: si alguien me viese visitar la

rectoral de Torricella o la mansión del *commendatore*, estaría arruinado. ¡Figúrese! ¡Los comunistas financiando a los clericales! Si doy los cuartos y permanezco en el anonimato, es una simple cuestión económica. Si los doy como comunista notorio, se convierte en cuestión política.

El caso del famoso *commendatore* que daba intereses del cincuenta o el sesenta por ciento y regalaba conventos, iglesias, oratorios, capillas, etcétera, nunca había convencido a don Camilo. Por otra parte, el párroco de Torricella era un viejo hombre de pro, y si su parroquia poseía un cine, un campo de deportes y una piscina en condiciones de

contrarrestar todas las diabluras que los rojos habían organizado para atraer a la juventud, ello era debido al famoso *commendatore*. Don Camilo no se inmutó.

—Yo no quiero entremeterme —concluyó—. Mañana por la noche, a estas horas, te pondré en contacto aquí con el párroco de Torricella. Yo me iré a la cama y vosotros ya os arregláréis.

La noche siguiente, Peppone encontró, en el comedor de don Camilo, al párroco de Torricella, y don Camilo les dejó a solas.

Parecía que no debía hablarse más del asunto, pero un año después Peppone fue nombrado senador y

entonces un pequeño Satanás empezó a dar vueltas en torno de don Camilo y a tirarle de la sotana y a aguijonearle día y noche.

—Peppone es el último de los ingratos —le iba susurrando el diablillo —. Tú te portaste muy lealmente con él, cuando fuiste a cobrarle los diez millones y, por todo agradecimiento, ¿qué ha hecho el bribón? ¡Tan pronto ha sido elegido senador, ha pronunciado un discurso en el pueblo como para poner los pelos de punta!

Sí, don Camilo había oído aquel discurso. Un discurso lleno de altanería, de insolencia y de sarcásticas alusiones a «cierto párroco que se había agitado

frenéticamente para obstaculizar la victoria del pueblo usando argumentos de sacristán y que, si fuese capaz de tocar las campanas, podría a lo sumo desempeñar el cargo de campanero».

El pequeño Satanás instigó largo tiempo a don Camilo: «¿Por qué no le cuentas a la gente la historia del camarada Peppone, millonario clandestino?»

Don Camilo luchó un año entero por librarse del pequeño Satanás y, al final, cuando ya se lo había quitado de encima, he aquí que aparece el criminal manifiesto de Peppone.

Aquellos días había estallado el colosal «escándalo» del famoso

commendatore y, en el apogeo de la polémica, el senador Peppone hizo empapelar el pueblo con un manifiesto en el que el desdichado arremetía, con furibunda violencia, contra los «curas traficantes que, con tal de arramblar dineros, no habían vacilado en hacerse cómplices de un estafador, engañando a los pobres e ingenuos fieles, despojándoles de sus sudados ahorros».

Un caso que producía escalofríos.

Y entonces, ante tamaña desfachatez, don Camilo decidió hacer estallar la bomba.

Peppone volvía al pueblecito más bien con frecuencia y ya no era el Peppone de antes, sino un personaje

inflado de dignidad hasta las cejas, que viajaba con una gran cartera llena de importantísimos documentos y con el aire preocupado de quien carga en sus hombros el peso de enormes responsabilidades.

Saludaba a la gente con mucha indiferencia e inspiraba una tremenda cohibición entre los pobres camaradas.

«Le hablaré en Roma», «Le veré en Roma», concluía gravemente cuando le sometían alguno que otro problema.

Vestía siempre trajes oscuros, cruzados, llevaba sombreros de burgués de alto rango y no se mostraba nunca sin corbata.

En el famoso manifiesto figuraban

grandes faltas de sintaxis, pero como es el hombre quien hace el estilo, eran presentadas de modo tan perentorio que amortiguaban cualquier sonrisa irónica.

Don Camilo le tendió un lazo y lo atrapó cuando llegaba a casa, a las once de la noche.

—Dispense —le dijo don Camilo, cuando Peppone metía la llave en la cerradura—, ¿me equivoco, o es usted uno de los pobres e ingenuos fieles despojados por curas sin escrúpulos que son cómplices de estafadores?

Peppone tuvo que dejarle entrar y don Camilo atacó en seguida.

—Camarada senador, ahora me toca a mí. Haré que Italia entera se ría a

costa suya. Contaré toda la historia: palabra por palabra. Tus electores deben saber cómo el camarada senador, con la complicidad de un cura, se burló del Partido y del fisco cuando ganó los diez millones en las quinielas. Cómo volvió a burlarse del Partido y del fisco confiando los diez millones al famoso *commendatore* y ayudando, por lo tanto, a la causa de aquellos que él define como enemigos del pueblo.

Peppone infló el pecho:

—¡Me querellaré contra usted por difamación! No puede demostrar nada.

—Lo demostraré todo. Su nombre está en los libros de contabilidad del *commendatore*. Los intereses le eran

pagados con talones y yo sé los números de las matrices.

Peppone se secó la frente bañada en sudor.

—Usted no hará nunca una bribonada semejante.

Don Camilo se sentó tranquilamente y encendió su medio toscano.

—No es ninguna bribonada —explicó—. Es la justa respuesta a su manifiesto.

Peppone estallaba; se quitó la chaqueta, que tiró sobre la otomana, y se soltó el nudo de la corbata. Luego, se sentó frente a don Camilo.

—Es una maldad inútil —rugió—. He perdido capital con ello...

—Pero se ha cobrado dos años de intereses y ha quedado más o menos a la par.

Peppone había caído en el lazo y, ganado por la desesperación, dijo una estupidez:

—Revendo, ¿le basta con tres millones?

Don Camilo puso mala cara:

—Camarada, una proposición semejante no hubiese debido hacérmela nunca. La pagará aparte.

Se sacó un periódico del bolsillo y, una vez desdoblado, indicó a Peppone un circulito.

—Como ve, senador, estamos informados: sabemos que usted ha

recibido el importante encargo de escoger entre toda Italia a los diez camaradas activistas que usted mismo acompañará a la URSS en una excursión-premio. No le estorbaremos en su labor de elevadas miras. El follón estallará tan pronto haya pisado usted Rusia. El embarazo en que se encontrarán sus jefes aumentará la diversión.

Peppone ya no tenía siquiera fuerzas para hablar. Conocía a don Camilo hacía muchos años y comprendía que, esta vez, nada podría detenerle.

A don Camilo, aquel hombrón reducido a un guiñapo le dio pena.

—Camarada —le dijo—, tú estás

liquidado. A menos que...

Peppone alzó la cabeza:

—¿A menos qué? —exclamó con ansia.

Don Camilo, con mucha calma, le explicó a qué precio podría salir del atolladero y Peppone le escuchaba boquiabierto.

Cuando don Camilo hubo terminado de hablar, dijo:

—Reverendo, ¡ustedbromea!

—No. Y le digo más; o eso, o nada.

Peppone se puso en pie:

—¡Usted está loco! —chilló—. Loco de atar.

—Precisamente por eso, camarada, debe usted pensarlo diez veces antes de

decirme que no. Los locos son peligrosos. Esperaré hasta mañana por la noche.

El anciano obispo, dos días después, recibió en audiencia privadísima a don Camilo y le estuvo escuchando con gran paciencia sin interrumpirle nunca.

—¿Es todo? —preguntó al final.

—Todo, excelencia.

—Muy bien, hijo mío. Creo que, con quince días de descanso en un tranquilo sanatorio de los Apeninos, podrás superar esa crisis.

Don Camilo movió la cabeza:

—Excelencia —dijo—, he hablado en serio. Es una ocasión única. Será una experiencia utilísima. Unos cuantos días

en contacto directo con la flor y nata de los activistas del país y con los bolcheviques rusos.

El anciano obispo no dejaba de mirar con asombro a don Camilo.

—Hijo mío —imploró—, pero ¿quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—No lo sé, excelencia. Se me ha ocurrido de improviso. ¿Quién sabe? También pudiera habérmela inspirado el Señor.

—No creo, no creo —barbotó el anciano obispo—. De todos modos, ahora tienes la idea en el cerebro y yo deberé secundarte y dejarte marchar sin decir nada a nadie. ¿Y si te descubren?

—No me descubrirán: cuidaré mucho el disfraz. No hablo del traje, excelencia, hablo del disfraz interior. El traje tiene poca importancia, es el disfraz de la mente lo que cuenta. Una mente normal, tan sólo si va disfrazada de mente comunista, puede dar a la expresión de la mirada, al tono de la voz y a los mismos rasgos en el rostro, el sello particular que caracteriza a los auténticos comunistas.

El anciano obispo continuó durante un rato golpeando con la punta del bastoncito el escabel que estaba a sus pies y, luego, concluyó:

—¡Hijo mío, es una locura!

—Sí, excelencia —admitió

honestamente don Camilo.

—Pues, entonces, ve.

Don Camilo se arrodilló ante el obispo y el anciano le posó su pequeña mano sobre la cabeza.

—Que Dios te proteja, camarada don Camilo —dijo alzando al cielo los ojos llenos de lágrimas.

Lo dijo con voz queda y don Camilo apenas percibió un susurro. Pero Dios le oyó perfectamente.

CON TRAJE FALSO

Buenos días, senador —le saludó con petulancia la portera, que estaba fregando el suelo del vestíbulo.

—Buenos días, camarada —le susurró cautamente el lechero con quien se topó en el umbral del portal.

—Buenos días, desgraciado —le conmiseró un hombrón que le aguardaba ante el portal, plantado con las piernas separadas en mitad de la acera.

Esta vez, Peppone no contestó y, apartando al hombrón, continuó su camino.

Eran cerca de las nueve: el amanecer de la capital. La gran máquina romana arrancaba dificultosamente, y un leve velo de sueño amortiguaba la crudeza de aquella fresca y límpida mañana de otoño.

—Buenos días, desgraciado —repitió el hombrón, pero, esta vez, en tono cordial, casi afectuoso—. Allá, ahora, los campos son un espectáculo. La tierra arada humea, en los prados la alfalfa brilla de rocío y los viñedos están cargados de uva negra, madura y dulce como la miel, y de hojas que van

del verde al rojo dorado...

Peppone mugió: ¿sería posible que todas las santas mañanas, aquel odioso individuo fuese a tenderle el lazo ante el edificio de la pensión para contarle lo que pasaba en el pueblo?

Peppone, para hacer algo, encendió un cigarrillo y el otro se burló:

—Claro, ¿cómo se pueden fumar cigarros? Aquí, la gente tiene la nariz delicada y la dueña de la pensión, además, si te viese con tu viejo medio toscano en la boca, le perdería el respeto a los senadores. Es una persona distinguida, la dueña de la pensión. Es buena idea explicarle que eres un senador independiente. ¡ Imagina qué

desilusión si descubriese en cambio que eres un comunista!

Peppone tiró el cigarrillo y se aflojó un poco el nudo de la corbata, que le oprimía el cuello.

—Claro que te sentías más libre con el pañuelo al cuello —insistió el hombrón—. Pero un senador no puede andar desaliñado como un mecánico de pueblo. Además, entre otras cosas, eres un funcionario importante y tienes un despacho con suelo de mármol y teléfono sobre el escritorio.

Peppone dio una mirada al reloj.

—No te preocupes —se rió burlonamente el hombrón—, nadie podrá encontrar pegas en tu proceder.

Has hecho un buen trabajo, y los camaradas que irán contigo a Rusia han sido escogidos con sumo cuidado. Sólo te falta uno.

Peppone se quitó el sombrero y se enjugó el sudor que le bañaba la frente.

—¡El maldito ése! —jadeó.

El hombrón cambió de tono:

—Amigo, ¿quién te manda hacerlo? —preguntó—. ¿Por qué quieres meterte en líos? Déjalo todo plantado y vuélvete a casa.

—No puedo —afirmó Peppone y, entonces, el hombrón se paró.

—Adiós, hasta mañana —dijo—. Y que Dios te ampare.

Habían llegado a la parada del

autobús. Peppone miró alejarse al hombrón y perderse en medio de la gente. El hombrón que, todas las mañanas, le esperaba a la puerta de la pensión: el Peppone desaliñado y feliz de antes que, al principiar cada jornada, acudía a cantar al Peppone bien vestido e infeliz de ahora la tentadora canción: «Vuelve a tu pueblecito, que es tan bonito...»

En el autobús se encontró frente a un individuo que leía *L'Unitá*. Tenía el periódico bien abierto ante sí, con tanto cuidado que parecía estar pegado a una chapa de madera.

Peppone no podía ver la cara del

pasajero, completamente tapada por la cortina de papel, pero, considerando la evidente intención provocativa de aquella puesta en escena, dio por sentado que debía tratarse de un hombre con cara de estúpido.

«Llevar con orgullo en el ojal el distintivo del Partido, es el deber de un buen militante, pero toda ostentación resulta contraproducente»: esto, Peppone lo había establecido y decretado cuando, *temporibus illis*, Fulmine se había hecho rapar al cero, dejando en la cima de su brillante calabaza pelada nada más que cierta cantidad de cabellos de un dedo de alto y dispuestos de modo que dibujaban

claramente el emblema de la hoz y el martillo.

Y ello porque don Camilo le había destocado de un manotazo, gritándole que, cuando pasaba el Santísimo, debía quitarse el sombrero. Y entonces, cada vez que Fulmine se cruzaba con don Camilo, le daba un sombrerazo con reverencia incluida, para mostrarle la maravilla que llevaba en la cima de la cabeza.

Peppone suspiró: «¡Qué tiempos aquéllos!: la política aún no había intoxicado los ánimos y, con cuatro bromas, siempre se conseguía ponerse de acuerdo y evitar inútiles discusiones.»

El desconocido lector de *L'Unitá* bajó el periódico y Peppone hubo de reconocer que no tenía cara de estúpido. Probablemente, sus ojos carecían de expresión, pero grandes gafas de montura maciza y lentes gruesos y ahumados no permitían establecerlo con claridad. El hombre vestía un corriente traje claro y llevaba en la cabeza un vulgarísimo sombrero gris.

En conjunto, era un individuo sobremanera antipático, y Peppone, después, cuando a la bajada del autobús se lo encontró delante, se incomodó.

—Señor —le preguntó el individuo—, ¿haría el favor de indicarme la calle de...?

No le dejó continuar:

—Sólo puedo indicarle una calle —rugió—. ¡La que lleva al infierno!

—Precisamente es ésa la que me interesa —replicó el otro con calma.

Peppone echó a andar a grandes pasos y el individuo le siguió.

Volvió a encontrárselo, cinco minutos después, sentado a un velador apartado de un pequeño café desierto.

Peppone, cuando hubo ingerido un gran vaso de bebida helada, recobró la calma necesaria para decir palabras comprensibles:

—La broma ya ha durado bastante —afirmó.

—No lo creo —objetó el otro—.

Apenas ha comenzado.

—¡No va usted a pretender que me lo tome en serio!

—No lo pretendo, lo exijo.

—Don Camilo...

—Llámeme, sencillamente, «camarada» Tarocci.

Se sacó un pasaporte del bolsillo, lo consultó y se lo tendió:

—Exactamente: Tarocci, Camilo, tipógrafo.

Peppone contempló con desagrado el documento y le dio varias vueltas en sus manos:

—Nombre falso, pasaporte falso —exclamó—. Todo falso.

—No, camarada: es un pasaporte

auténtico extendido por las autoridades al ciudadano Camilo Tarocci, tipógrafo, al cual yo me he esforzado en parecerme. Si lo duda, ahí está la prueba.

Don Camilo extrajo de su cartera un carnet que tendió a Peppone, explicando:

—Carnet del Partido comunista extendido al camarada Camilo Tarocci, tipógrafo. Todo auténtico. Todo en regla.

Peppone quería decir algo, pero don Camilo le previno:

—Camarada, no te extrañes. Hay camaradas que parecen camaradas y que, en cambio, son diferentes. Tarocci es uno de ésos. Y como es uno de los

elementos más apreciados de su sección, tú escribes a la sección para que te indiquen cinco camaradas destacados y luego le escoges a él. Que soy yo. Así, mientras él se viene a pasar unos cuantos días de veraneo en las colinas romanas, yo voy contigo a Rusia, lo contemplo todo detenidamente y, a mi regreso, cuento todo lo que ha visto el camarada Tarocci.

No fue nada fácil, para Peppone, entrar en vereda: cuando lo hubo conseguido, afirmó:

—Yo no sé si el infierno existe, ni me interesa profundizar la cuestión. Si lo hay, usted irá de seguro, reverendo.

—De acuerdo: entonces, allí nos

veremos, camarada.

Peppone renunció a resistir más.

—Reverendo —dijo con voz cansada—, ¿por qué quiere arruinarme?

—Nadie quiere arruinarte, camarada. Mi presencia en Rusia nada cambiará de la realidad rusa: lo que es bueno seguirá siendo bueno y lo que es malo seguirá siendo malo. ¿De qué tienes miedo? ¿Acaso temes que allí no esté el paraíso del que hablan tus periódicos?

Peppone se encogió de hombros.

—En compensación —afirmó don Camilo—, espero que, allí, no esté el infierno del que hablan mis periódicos.

—¡Qué nobleza de sentimientos! —

exclamó Peppone, sarcástico—. ¡Qué desinterés!

—No soy desinteresado —explicó don Camilo—. Espero que estén bien, porque quien está bien no se mueve y no se mete en las desdichas ajenas.

Luego, pasó una semana y llegó el día en que el camarada Camilo Tarocci, de la sección comunista de Vattelapesca, recibió la noticia de que su nombre había sido sorteado entre los propuestos para la excursión-premio, y el camarada don Camilo se presentó, con su maleta de fibra, en la central bolchevique romana junto con los otros nueve «elegidos».

Un joven funcionario pasó revista al

equipo que el camarada senador le había presentado y pronunció breves y categóricas palabras de circunstancias:

—Camaradas, os vais con un cometido preciso: el de observar y escuchar no sólo para vosotros, sino también para los demás, y poder así, a vuestro regreso, explicar a amigos y adversarios lo serena que es la vida en el laborioso país del socialismo. Faro esplendoroso de progreso y civilización. Esta es vuestra misión.

Mientras Peppone se ponía pálido como un muerto de anemia, don Camilo pidió la palabra:

—Camarada, no valdría la pena ir tan lejos para explicar a los camaradas

lo que saben perfectamente y a los adversarios lo que nunca admitirán. La misión qué quisiéramos que nos confiase el Partido debería ser la de llevar a los camaradas soviéticos la sonrisa serena y agradecida de todo el auténtico pueblo italiano liberado por fin de la atroz amenaza de la guerra.

—Naturalmente, camaradas —barbotó entre dientes el joven funcionario—. Eso está implícito.

El joven funcionario se alejó tieso y despechado. Peppone le gritó a don Camilo:

—Cuando una cosa es implícita, resulta inútil decirla. Además, cuando se habla, es preciso usar el tono adecuado

a la persona que tenemos delante. Tú no sabes quién era ese camarada.

—Lo sé: es un joven de casi veinticuatro años que en el 45 tenía diez. Eso excluye que haya combatido como hemos hecho nosotros en la montaña, que conozca qué terrible cosa es la guerra y pueda valorar, por experiencia, el alcance psicológico de la acción que ahora está llevando a cabo el camarada Kruschev en favor del desarme y de la paz.

—Justo —aprobó el camarada Nanni Scamoggia, un cacho de joven trasteverino, huero e incordio de pies a cabeza.

—Cuando se trata de recibir tortazos

o de arrearlos, ¿a que no van los funcionarios?

—Y cuando los funcionarios, encima, crean el funcionarismo —añadió el milanés camarada Walter Rondella—. Entonces...

—¡No estamos aquí para hacer una reunión de célula! —atajó Peppone—. De lo que debemos preocuparnos es de no perder el tren.

Echó a andar, decidido, y, al pasar delante de don Camilo, le disparó una mirada atómica que hubiera agrietado una columna de granito.

Don Camilo conservó impertérrito su aspecto de camarada que, cueste lo que cueste, dice siempre y en todas

partes lo que piensa *L'Unitá*.

En el tren, Peppone sólo se preocupó de una cosa: de no quitarle ojo al archimaldito camarada Camilo Tarocci ni un solo minuto y, para ello, se sentó frente a él, para que pudiera tenerlo bajo estrecho control. Pero parecía que don Camilo no tuviese la menor intención de buscarle líos. Hasta tal punto que, sacándose del bolsillo un librito de tapas rojas con muchas hoces y martillos impresas en oro, se atrincheró detrás de una expresión impenetrable y se enfrascó en la lectura sin hacer el menor caso de lo que decían los demás. De vez en cuando, apartaba

los ojos del librito y dejaba que su mirada se perdiese por los campos y los parajes que desfilaban veloces ante la ventanilla.

Así, continuó largo rato y, cuando por fin cerró el librito e hizo ademán de metérselo en el bolsillo, Peppone le dijo:

—Debe de ser una lectura interesante, camarada.

—De lo más interesante —le respondió secamente don Camilo—. Es un compendio de los pensamientos de Lenin.

Le tendió el librito y Peppone lo hojeó.

—Lástima que esté escrito en

francés —comentó don Camilo—. De todos modos, si quieres, puedo traducirte algún pasaje.

—Gracias, camarada, no te molestes —respondió Peppone, cerrando el librito y devolviéndoselo.

Luego, miró de reojo en torno y exhaló un gran suspiro de alivio; los demás camaradas dormitaban o leían revistas ilustradas. Ninguno podía haberse dado cuenta de que el compendio de pensamientos de Lenin, con todo y tener una tapa roja con el emblema de la hoz y el martillo, con todo y ostentar, en lengua francesa, un título que prometía al lector los mejores pensamientos de Lenin, se limitaba a

darle, en lengua latina, el material normal de un breviario normal para uso de sacerdotes.

A la primera parada, algunos se apearon: el camarada Scamoggia volvió con una botella de vino y el camarada Rondella con la edición extraordinaria de un periódico de la noche y con cara de evidente disgusto.

El diario publicaba en primera plana, bajo un enorme título, la reseña de la última jornada americana de Kruschev, adornada con las acostumbradas fotos de gente satisfecha y sonriente.

El camarada Rondella movió la cabeza:

—A mí —exclamó de pronto—, todas esas sonrisas con aquellos cerdos capitalistas no me entran.

—La política no se hace con el hígado, sino con el cerebro —estableció don Camilo—. La URSS siempre ha luchado por la coexistencia pacífica. Los capitalistas que conseguían millones con la guerra fría, poco pueden reírse. El fin de la guerra fría es una gran batalla perdida por el capitalismo.

El camarada Rondella, milanés, tenía apego a las ideas propias:

—De acuerdo, todo va bien. Pero ¿tengo o no tengo el derecho de decir que odio a los capitalistas y, antes que sonreírles, hacerme matar?

—Cierto —asintió don Camilo—. Tienes el derecho de decirlo, pero no a nosotros, sino a Kruschev. Cuando lleguemos, habrá regresado ya: tú te haces recibir por él y le dices: camarada Kruschev, la URSS se ha equivocado de política.

Don Camilo era pérfido como el más pérfido agit-prop de la sección «provocadores» y el camarada Rondella palideció.

—O no comprendes o no quieres comprenderme —gritó—. Si para fertilizar un campo he de emplear estiércol, lo hago. ¡Pero nadie puede pretender que el estiércol sea perfumado!

Con extrema calma, don Camilo replicó:

—Camarada, tú has combatido en la montaña y mandabas una guerrilla. Cuando te mandaban efectuar una acción peligrosa, ¿qué hacías?

—iba a ello.

—¿Y les decías a tus muchachos que eso de arriesgar la piel no te entraba?

—No, por cierto. Pero eso, ¿a qué viene?

—Viene, camarada, a que, caliente o fría, la guerra siempre es la guerra. Y, en la guerra, las ideas personales de quien combate por la causa justa no deben existir.

Peppone intervino:

—Déjalo ya, camarada Rondella. ¡Vamos a un país donde, con toda seguridad, no encontrarás capitalistas!

—Ese es un gran consuelo —reconoció, un poco tranquilizado, el camarada Rondella.

—Para mí —comunicó el camarada Scamoggia—, la mayor satisfacción será que, durante todos esos días, ¡no veré a ningún cura!

Don Camilo meneó la cabeza:

—No se sabe, camarada. En la Unión Soviética hay libertad religiosa.

—Sí: libertad para que no se diga —se burló Scamoggia.

—En la Unión Soviética únicamente existen libertades auténticas y completas

—afirmó severamente don Camilo.

Pero Scamoggia estaba desatado:

—¿Curas también allí? Camarada, ¿será posible que a esa cochina raza no se la pueda eliminar?

Peppone le respondió, autoritario:

—Desaparecerá por sí misma cuando terminen la miseria y la ignorancia: ¡esos malditos charlatanes viven a costa de la ignorancia y de la miseria!

Don Camilo se ponía cada vez más gélido y más categórico:

—Camarada senador, tú sabes mejor que nosotros que, en la Unión Soviética, no existen ya ignorancia y miseria. Esto significa que, si los curas siguen

existiendo, disponen de una fuerza que aún no se ha logrado neutralizar del todo.

—Pero ¿qué tienen de especial esos malditos? —rugió Scamoggia—. ¿Acaso no son gente hecha de carne y hueso como nosotros?

—No —gritó Peppone, colorado como un tomate—. Es gente que ha sido fabricada con todas las peores porquerías del universo. Son falsos, hipócritas, cobardes, chantajistas, asesinos, ladrones. Las serpientes venenosas les huyen porque tienen miedo de ser mordidas.

Don Camilo meneó imperceptiblemente la cabeza.

—Estás perdiendo la calma, camarada senador. No tienes serenidad: en el fondo, debe haber algo personal. Algún cura te ha fastidiado.

—¡Todavía no ha nacido el cura que consiga fastidiarme!

—¿Y el cura que te bautizó? —se informó don Camilo.

—¡Yo tenía un día! —vociferó Peppone.

—¿Y el cura que te casó? —insistió, pérfido, don Camilo.

El camarada Scamoggia se dirigió, riendo, a Peppone:

—Jefe, déjalo, ya. Este es un camarada sofista que le gusta tomarnos el pelo a todos.

Y, volviéndose hacia don Camilo:

—Me gustas, camarada, porque sabes lo que te dices y eres un comecuras como yo. ¡Vamos a mojarlo!

Llenó de vino los vasos de cartón:

—¡A la salud de la gran Rusia soviética! —gritó el camarada Scamoggia levantando el vaso.

—¡Por la destrucción del capitalismo! —brindó el camarada Rondella.

—¡Por la cara de todos los curas del universo! —rugió Peppone, mirando en los ojos a don Camilo.

Don Camilo levantó el vaso y, al mismo tiempo, le arreó a Peppone una patada en la espinilla que quería decir

un montón de cosas.

El convoy se acercaba a la frontera avanzada ya la noche. Había una magnífica luna que blanqueaba las casas de los pueblecitos diseminados en las laderas de los montes. De vez en cuando, relampagueaba una visión de la llanura lejana recorrida por la brillante cinta de los ríos y las luces de las ciudades palpitaban ya.

Asomado a una ventanilla del pasillo, don Camilo fumaba su medio toscano y gozaba del espectáculo.

Peppone se le acercó y, tras haber contemplado largo rato aquel nocturno encantamiento, suspiró:

—Dígase lo que se diga, cuando uno

está a punto de dejarla, entonces se da cuenta de lo hermosa que es su patria.

—Camarada —le amonestó don Camilo—, eso son residuos de retórica burguesa y mezquino nacionalismo. Acuérdate: nuestra patria es el mundo.

—Entonces —se le escapó a Peppone—, ¿por qué deben existir desgraciados que quieren ir a la Luna?

—Camarada, estaba distraído y no he comprendido tu pregunta.

—Me alegro —farfulló Peppone.

OPERACIÓN RONDELLA

En el trimotor que les tomó en un aeropuerto de la Alemania Oriental había un estrépito del demonio: lo cual obligó al camarada don Camilo a estarse callado y permitió al camarada Peppone viajar relativamente tranquilo.

No le perdió nunca de vista, porque don Camilo era uno de esos sujetos peligrosos hasta cuando no hablan, pero don Camilo se comportó honradamente,

limitando su actividad antisoviética a la lectura de las máximas de Lenin. A Peppone le dio un vuelco el corazón cuando el camarada reverendo cerró el librito rojo y, pensativamente, se llevó la mano derecha a la frente. Pero se rehízo a tiempo y, transformado el contacto en una leve pasada por la frente, terminó la empresa ajustándose, con la punta de los dedos, las solapas de la chaqueta y luego cepillándose ligeramente el hombro izquierdo y el derecho.

«Así sea», dijo para sus adentros Peppone exhalando del pecho un suspirazo que le dejó expedito el carburador.

El avión volaba despacio perdiendo altura y sus ruedas no tardaron en tocar tierra rusa.

«¡Señor, qué lejos está mi pequeña iglesia!», pensó con espanto don Camilo cuando bajaba la escalerilla.

«Pero el Cielo está cerca», le tranquilizó la voz de Cristo.

Don Camilo volvió a ser el camarada Tarocci.

—Camarada —dijo gravemente a Peppone—, ¿no sientes deseo de coger un puñado de esta tierra para besarla?

—Sí —le respondió Peppone apretando los dientes—. Besarla y luego metérsela a usted en esa boca archimaldita que tiene.

Eran esperados y se les acercó una chica seguida de un hombre enfundado en un largo impermeable arrugado y más bien desteñido.

—Salud, camaradas —les saludó la chica—. Soy Nadia Petrovna, del Centro de Intérpretes, y éste es el camarada Ycnka Oregov, funcionario de la Oficina de Turismo.

La chica hablaba un italiano muy pulcro y, si no hubiese tenido aquella expresión, y aquel *tailleur* de hombreras cuadradas, pudiera habérsela tomado por una de nuestro país.

Peppone se presentó, luego presentó a los diez del equipo y, terminada la orgía de los apretones de manos, el

camarada funcionario soltó a los hermanos italianos el saludo de los hermanos soviéticos unidos a ellos graníticamente en la gloriosa lucha por la libertad, la justicia social, la paz y todo lo demás.

El camarada funcionario, cuarentón, grandote, de cabeza rapada, mandíbula cuadrada, labios delgados, ojos claros, cuello corto y con aquella hopalanda larga hasta los pies, olía a policía a la legua. Hablaba con cara seria, muy controlado y comedido en sus gestos, y si nadie hubiese traducido sus palabras, habría podido creerse que él, en vez de un saludo, pronunciaba un acta de acusación.

También la camarada Nadia Petrovna, por ser funcionaría del Partido, tenía un aire perennemente preocupado que le impedía sonreír, pero, en conjunto, era muy distinta al camarada Oregov.

El camarada Nanni Scamoggia, tan pronto la vio aparecer, se quedó como atontado, y eso que no podía decirse que aquélla fuese la primera chica guapa con la que se encontraba cara a cara. Scamoggia era uno de esos que les hacen perder las señas de casa a las mujeres: un perdonavidas de veintiocho años, de pelo negro, brillante y ondulado, de ojos con largas pestañas, pero de mirada un poco perversa, boca

bien dibujada y con un pliegue entre burlón y execrable, espaldas anchas, talle fino, pies pequeños de bailarín. Y por si fuera poco, llevaba pantalones ceñidos y un chaquetón de cuero negro sobre el jersey color rojo de fuego y el cigarrillo a lo *Za la Mort*. Scamoggia era un auténtico chulo, uno de esos chulos que tienen las manos largas y no se dejan camelar por las mujeres.

Mientras el equipo cruzaba el gran prado del aeropuerto y Peppone, el camarada Oregov y la camarada Nadia Petrovna caminaban al frente de todos, Scamoggia recobró el uso de la palabra:

—Camarada —le comunicó a don Camilo—, ¿has visto qué bomba

atómica?

—He visto, sí —respondió don Camilo. Scamoggia lo agarró de un brazo y le atrajo hacia sí de modo que pudiese tener la visual libre:

—¡Échale una ojeada a ese sputnik y luego me dirás! Don Camilo pidió perdón mentalmente a Dios y afirmó, categórico:

—Chicas tan completas y perfectas, no se ven por ahí. Lo dijo en voz alta porque el camarada Rondella estaba cerca. Y el camarada Rondella soltó:

—Todo lo guapa que queráis —exclamó—, pero chicas así también las tenemos en casa.

—En casa, las chicas saben vestir

bien —estableció don Camilo—. Toma la más guapa que quieras y hazle poner una falducha y un chaquetón como ésos que lleva la camarada Petrovna y verás qué desgracia resulta. Esta es una belleza sólida, clásica. Esta es una mujer hermosa, no una de las peponas que se ven en nuestros pueblos y ciudades. Empezando por Milán, donde no hay una sola mujer que no sea sofisticada.

—¡Patrañas, camarada! —protestó Rondella con vivacidad—. ¡En Milán hay chicas tan guapas como ni siquiera las puedes soñar!

Intervino Scamoggia:

—No te enfades, camarada, también

hay mujeres hermosas en nuestro país, pero ésa tiene algo especial. No sé qué es, pero lo tiene.

—Depende del clima especial en el que ha nacido y se ha criado —estableció don Camilo—. El ambiente hace al hombre y también a la mujer. Naturalmente, no todo el mundo está en condiciones de intuir esas verdades elementales.

El camarada Rondella quería replicar a don Camilo, pero, en aquel momento, el equipo se detuvo.

—Aduanas —explicó Peppone metiéndose en el grupo—. Preparad las maletas.

Se acercó a don Camilo y le susurró

cautamente:

—¡Espero que no lleve nada que nos traiga líos!

—Camarada —le tranquilizó don Camilo—, sé andar por el mundo.

El asunto no tuvo problemas porque Peppone había organizado las cosas con inteligencia y, antes de salir de Roma, los diez «elegidos» tuvieron que comprarse cada uno una maleta ligera y de tamaño reglamentario igual a la de fibra que él, por poco dinero, se había procurado en unos grandes almacenes. Además, cada maleta, una vez llena, había sido pesada.

La única cosa en la que pusieron pegas, fue el frasquito que vieron en la

maleta de Scamoggia. El funcionario de aduanas lo destapó, olfateó y luego pasó el frasquito a la camarada Petrovna, quien lo olfateó a su vez.

—Pregunta por qué llevas perfume femenino contigo —dijo la camarada Nadia, volviéndose hacia Scamoggia.

—No es perfume femenino —explicó Scamoggia—. Es el agua de lavanda que uso después de afeitarme. ¿Acaso aquí hay la costumbre de desinfectarse con nafta?

La mujer iba a responderle, pero ante un chulo como Scamoggia no había mujer que pudiese levantar el gallo. Por lo que volvió la cabeza y tradujo al aduanero solamente la primera parte de

la respuesta dada por Scamoggia.

El aduanero farfulló algo y repuso el frasquito en la maleta.

—Ha dicho que, aquí, los hombres suelen desinfectarse la cara con alcohol —explicó la Petrovna a Scamoggia, cuando la comitiva volvió a ponerse en movimiento—. De todos modos, debes usarlo tú y no comerciar con él.

Estaban fuera del campo y Scamoggia se detuvo:

—Camarada, un momento.

Abrió la maleta y sacó el frasquito:

—Si aquí los hombres usan alcohol —afirmó—, también yo usaré alcohol, porque también yo soy un hombre. Si éste es un perfume femenino, que lo

utilice una mujer.

Le tendió el frasquito, pero la muchacha apartó la mano.

—¿Acaso no eres una mujer? —se asombró Scamoggia.

—Claro que sí —balbució la Petrovna.

—Entonces, quédatelo: nada de comercio; te lo regalo.

—Gracias, camarada.

—No hay de qué..., guapa...

La Petrovna intentó encontrar un adecuado talante de funcionario ofendido, pero sólo logró ruborizarse como una burguesita cualquiera.

Alcanzó el grupo corriendo y Scamoggia, una vez cerrada la maleta,

encendió un cigarrillo, lo mandó en destacamento a la más remota comisura de los labios y echó a andar con la calma que da la satisfacción.

Un autocar les esperaba. Subieron y, mientras Peppone ponía su maletita en la red del portaequipajes, don Camilo le tocó el hombro:

—Jefe —dijo—, tiene que haber habido una pequeña confusión. Tu maleta es ésta.

Peppone miró la tarjeta y, en efecto, se trataba de su maleta. La otra, que él sacó de la red del portaequipajes, llevaba la tarjeta con el nombre del camarada Camilo Tarocci.

—No pasa nada —exclamó don

Camilo—. Un simple cambio de maletas.

Peppone se sentó y don Camilo tomó asiento enfrente de él.

—¿Conque —susurró Peppone cuando el vehículo arrancó— yo he llevado a la aduana su maleta, eh?

—Exacto. Pura casualidad.

—Y, tal vez, siempre por pura casualidad, ¿había algo de particular en su maleta?

—Nada. Un paquetito de estampas, unas cuantas fotografías del Papa, un puñadito de hostias y otras cositas por el estilo.

Peppone sintió escalofríos.

El autocar corría a través de una campiña interminable, y vacas más bien flacas pacían en los prados de un apagado verde otoñal.

La camarada Petrovna se puso en pie y explicó que, según el programa establecido, los huéspedes visitarían una fábrica de tractores y luego serían conducidos al hotel, donde podrían comer y descansar.

La fábrica de tractores estaba en la periferia de R. y se trataba de una aglomeración de tristes y grises edificios de cemento, que surgía casi por sorpresa en el límite norte de la melancólica llanura amarillenta. Esa asquerosidad se llama «civilización

industrial» y es igual en todas las partes del mundo. Don Camilo pensó con punzante nostalgia en su burgo lejano, donde el calor humano vivificaba el más pequeño trocito de tierra, donde cada uno de los ladrillos de las casas había conocido la caricia del hombre y, por esto, entre hombres y cosas, existía un persistente e invisible vínculo.

Los obreros que trabajaban en las enormes naves tenían cara de aburridos e indiferentes como los obreros de todas las fábricas del mundo.

En muchas secciones, sólo trabajaban mujeres: eran, en su mayoría, bajitas, rechonchas, macizas y ninguna se asemejaba a la camarada Petrovna.

En un momento dado, el camarada Rondella no aguantó más, se acercó a don Camilo y le dijo:

—Camarada: ¿ésas no nacieron y crecieron en el clima espiritual de la camarada Petrovna?

Don Camilo le fulminó:

—Camarada, no se va a visitar una sección industrial femenina con el mismo ánimo con que se presencia un desfile de «Misses». Es una de las reglas elementales que todo camarada que se respete debería conocer.

No era el caso de entablar allí una discusión: tanto más cuanto que Peppone se había vuelto hacia ellos con los ojos muy abiertos.

La visita no se acababa nunca porque un celoso joven funcionario de la fábrica lo explicaba todo, hasta lo que no tenía explicación, y, a cada paso, disparaba ráfagas de datos estadísticos que la intérprete había de traducir uno a uno.

Por fin, llegaron al término de la cadena de montaje y pudieron ver los tractores listos para ser enviados a su destino: aquí don Camilo se quedó como petrificado y, tras haber vuelto a contemplar con ojos extáticos un ejemplar recién salido del horno, exclamó, dirigiéndose a Peppone:

—Camarada senador, ¡pero si eso es idéntico a la maravillosa máquina

regalada por la Unión Soviética a la cooperativa agrícola que tú fundaste!

Peppone hubiera descuartizado de buena gana a don Camilo, quien le recordaba vilmente el maldito tractor que no quería funcionar ni a patadas y que había hecho desternillar de risa a toda la provincia. Pero lo que más le envenenó la sangre fue que hubo de sonreír y hablar con entusiasmo del famoso tractor, como si se tratase de una querida persona viva.

Pero cuando hubo terminado su esfuerzo, el mecánico que dormitaba en su interior le hizo oír su voz, por lo que, mientras los demás proseguían la visita, agarró de la manga a uno de los técnicos

que escoltaban a los visitantes, lo acercó a un tractor, le indicó cierta pieza de la bomba de inyección y trató de explicar, gesticulando con los dedos, que el tinglado no podía funcionar por esto y por lo otro.

El técnico le estuvo mirando muy interesado, y luego se encogió de hombros. Por suerte acudió la camarada Petrovna, con la cual el técnico intercambió breves palabras.

—Dice —explicó la Petrovna a Peppone— que ha comprendido. Esperan que llegue la autorización para modificar la pieza.

El técnico, riéndose, dijo algo más a la chica y ella arrugó la frente y se

quedó pensativa un momento. Luego se decidió y, sin mirar a Peppone en la cara, le comunicó en voz baja:

—Dice que la autorización llegará un año de éstos.

Se alejó presurosamente pero, poco antes de que llegase al grupo, Scamoggia la paró:

—Camarada —le dijo haciendo relampaguear sus dientes de estrella de Hollywood—, no he oído las últimas estadísticas sobre la producción de piezas de recambio. ¿Podrías hacerlas repetir por el técnico?

El técnico, llamado, entró en erupción y la camarada Petrovna tradujo tantas cifras de aquéllas como para

agarrotar a una calculadora electrónica.

Scamoggia escuchó con suma atención, meneando gravemente la cabeza, y luego estrechó la mano al técnico y dio las gracias a la traductora:

—Gracias, camarada. No sabes el favor que me has hecho.

—¿Te ocupas en maquinaria agrícola? —se informó, ingenua, la mujer.

—No: me gusta oírte hablar.

Era demasiado. Aquello se trataba de un sacrilegio, porque aquél era el templo del trabajo y la camarada Petrovna se sintió como nunca funcionaría del Partido. Palideció, se puso tiesa y dijo con voz dura, metálica:

—Camarada...

No había recorrido nunca el Trastevere, no había visto nunca dos ojos como aquéllos y, al topar con la mirada de Scamoggia, se ahogó en ella como una mosca en la melaza.

R. era una ciudad de unos ciento cincuenta mil habitantes, una vulgar ciudad rusa, con poca gente y escasísimos automóviles en las calles.

El hotel era insignificante. La pequeña habitación asignada a don Camilo era casi mísera. No sabía quién había de dormir en la otra cama, pero no tardó en saberlo, porque, mientras se estaba lavando la cara, entró Peppone.

—Oiga, rev..., camarada —le dijo Peppone de sopetón—, deje usted de achuchar a Rondella. Déjelo tranquilo, aunque le sea antipático.

—Al revés, me es simpático —le respondió calmosamente don Camilo—. El hecho es que, cuando se trata del Partido, soy inflexible y no tengo contemplaciones con nadie. Es un camarada con ideas poco claras. Tiene sedimentos burgueses en el cerebro y nuestro deber es liberarle de ellos.

Peppone, para desfogar su cólera, arrojó el sombrero contra la pared.

—Un día de éstos le haré trizas —le silbó al oído.

Se encontraron todos en la escuálida salita del restaurante y, a la cabecera de la mesa, se sentó el camarada Oregov, quien, a su derecha, tenía a Peppone, y, a su izquierda, a la camarada Nadia.

Don Camilo se las compuso para sentarse delante de Rondella: aquel fue el primer golpe que recibió Peppone. El segundo fue cuando vio que don Camilo, distraído, una vez sentado a la mesa, se llevaba la mano a la frente para persignarse.

—Camaradas —estalló Peppone—, ¡cuánto habríais pagado porque hubiese estado con nosotros, hace un rato, uno de los archimalditos reaccionarios que hablan mal de la Unión Soviética! ¡Me

gustaría que estuviesen aquí, que viesen!

—Es inútil, camarada —dijo don Camilo, quien, entretanto, entre pasaditas y cepilladitas, había logrado llevar a término la operación—. No lo creerían. Ellos se fían más de su odio que de sus ojos.

La camarada Petrovna tradujo las palabras de don Camilo al funcionario de la Oficina de Turismo y el hombre, tras haber aprobado meneando gravemente la calabaza rapada, le comunicó algo.

—Dice el camarada Oregov que has hablado muy bien —explicó la chica, volviéndose hacia don Camilo, quien, complacido, hizo una ligera inclinación

de cabeza para dar las gracias al camarada Oregov.

Scamoggia, quien parecía estar pagado para respaldar a don Camilo, remachó:

—Nosotros llevamos un atraso de un siglo. Esos hediondos de industriales creen haber creado quién sabe qué porque producen algunas máquinas engañabobos. Gentuza que, si viese una fábrica como la de hoy, le daría un patatús de vergüenza. Y no es la más grande, ¿verdad, camarada Petrovna?

—¡No! —exclamó la chica—. Es una de las más pequeñas. ¡Construida con conceptos modernísimos, pero de una producción insignificante

comparada con las demás! Don Camilo pareció muy entristecido: —Es humillante para nosotros, italianos —dijo—, comprobar que una de las fábricas más pequeñas de la Unión Soviética se come cruda a la «Fiat», que es nuestra mayor industria del motor.

El camarada Peratto, turinés, quien no había hablado todavía, dejó oír su voz:

—Camarada, seamos objetivos. En el sector de tractores, quizá sí, pero en el sector del automóvil, la «Fiat» es un establecimiento respetable. No se debe ser injusto con los obreros, quienes, con su labor, han creado y potenciado la «Fiat».

—Antes que nada, no se debe ser injusto con la verdad —estableció don Camilo—. La verdad es más importante que la «Fiat». Y mientras nosotros, prisioneros de nuestros complejos nacionales o regionales, nos obstinemos en defender nuestra ineficacia en el campo social, organizador e industrial, nunca comprenderemos la lección que la gran Unión Soviética ha dado al mundo en todos los terrenos. Un hombre tenía por novia a una mujer con una pierna sola, pero, para él, era la más bella del mundo y juzgaba defectuosas a las mujeres que tenían dos piernas.

¡Nosotros tenemos en nuestra casa a una mujer con una sola pierna y se llama

industria, en tanto que, aquí, la industria tiene dos!

—¡Y hermosas! —añadió Scamoggia.

Intervino el camarada Rondella:

—No comprendo adonde quieres ir a parar —dijo a don Camilo.

—A que un camarada debe tener la honradez de reconocer la verdad aunque ésta le duela. Y nosotros hemos venido a la gran Unión Soviética no para hacer sentimentalismo, sino para conocer la verdad.

El funcionario seguía muy atento la discusión, haciéndosela traducir palabra por palabra. Peppone se moría poco a poco, pero, por fortuna, trajeron comida,

y como todos tenían un hambre del demonio, la tensión disminuyó.

La sopa de coles era repelente, pero la engulleron. El cordero estaba mejor e hizo olvidar la sopa. La Unión Soviética había hecho las cosas a lo grande y también llegó el vino. Junto al vino, llegaron las pegas. Se volvió a hablar de la fábrica de tractores y el camarada Peratto, para remediar su imprudente observación acerca de la «Fiat», hizo notar a don Camilo la genialidad de cierto dispositivo que había notado en la cadena de montaje.

—Es cierto —aseveró don Camilo —. El pueblo ruso es, sobre todo, un pueblo genial. Genial no sólo porque ha

inventado cosas enormes como la radio y el vehículo interplanetario, sino genial también en las cosas pequeñas, insignificantes. Fíjate en los lavabos de nuestros aposentos: los dos grifos, uno para el agua caliente y el otro para el agua fría, no están aislados, sino unidos por una cañería mezcladora que te permite obtener agua tibia a la temperatura que prefieras. Es una cosa de nada, pero sólo la encuentras aquí.

Rondella, el milanés, era fontanero y se rebeló:

—Camarada, no digamos tonterías. Grupos con mezclador los instalaba ya mi abuelo. ¿De dónde eres tú?

—De una región que tiene el número

más alto de comunistas y, por lo tanto, es civilizada y muy avanzada. Por otra parte, si esto es una tontería, tengo buenas agarraderas, porque Churchill ha escrito la misma observación que yo en sus Memorias. Y no irás a decirme que Churchill sea filocomunista.

Rondella tenía ideas muy claras y no dio su brazo a torcer:

—Me río yo de Churchill. Lo que digo es que esas exageraciones perjudican la causa, porque hacen el juego a los adversarios. Si la verdad es lo más importante, hay que rendir homenaje a la verdad.

Don Camilo se quitó las gafas ahumadas, las limpió, volvió a

calárselas sobre la nariz, y luego dejó caer en el silencio estas graves palabras:

—¿La verdad? Existe una sola verdad y esta verdad coincide con los intereses del pueblo que trabaja. Camarada, tú crees más en tus ojos que en tu cerebro. Y tu cerebro no puede razonar porque tiene demasiados sedimentos burgueses que impiden su justo funcionamiento.

Rondella perdía la calma:

—Tu cerebro está lleno de semillas de calabaza. Además, eres un incordio que me está fastidiando desde el primer día que nos vimos. Cuando volvamos a Italia, te partiré el hocico.

—Yo no tengo tu paciencia —dijo con calma don Camilo, poniéndose en pie y dando vuelta a la mesa—, y te lo romperé aquí.

Fue cosa de pocos segundos: Rondella se levantó de un salto, disparó un morrón y don Camilo le envió un directo que lo dejó sentado de nuevo.

El funcionario parlamentó con la intérprete y la chica informó a Peppone.

Entonces, Peppone se puso en pie, levantó a Rondella de la silla y se lo llevó afuera a tomar el aire.

—Camarada —le explicó, cuando el desgraciado estuvo en condiciones de discutir—, el comisario ha notado que estás nervioso. Esta atmósfera no te

sienta bien. Dentro de una hora sale un avión para Berlín. Allí todo estará dispuesto para tu regreso inmediato a Italia.

—Iré, sí —gritó Rondella—. Y no puedes imaginar lo que me alegraré de no ver más vuestras caras.

—Tranquilo, nos volveremos a ver en Italia.

Rondella se sacó la cartera del bolsillo, extrajo el carnet del PCI y lo hizo pedazos mientras gritaba con ferocidad:

—Sí, allí nos encontraremos, ¡pero yo estaré en la otra orilla!

Peppone tuvo que arrearle una patada en las posaderas, pero lo hizo

con profunda repugnancia.

Regresó al comedor sonriendo:

—Todo arreglado —explicó a Nadia—. Está encantado de la solicitud del camarada Oregov y le da las gracias.

Luego, levantó el vaso y brindó a la salud de la victoriosa Unión Soviética.

El camarada Oregov contestó con un brindis a la paz y a la próxima liberación de los trabajadores italianos oprimidos por el capitalismo.

—Ahora brindaremos por Nadia —dijo Scamoggia a don Camilo.

—Camarada —le aconsejó fraternalmente don Camilo—, no hay que pasarse de rosca.

Todo terminó maravillosamente bien

y, al cabo de una hora, mientras el excamarada Rondella volaba hacia Berlín con la mente confusa y el trasero en llamas, Peppone y don Camilo entraban en su habitación.

—Apaga la luz, camarada-dijo don Camilo—. Tan pronto estemos desvestidos y nos hayamos metido en la cama, volverás a encenderla.

—¡Estupideces! —exclamó Peppone, apagando la luz.

—¡Y un cuerno! ¡Un senador comunista no merece tener la satisfacción de ver a un cura en calzoncillos!

Una vez encendida de nuevo la luz, don Camilo sacó una pequeña agenda y

anotó en ella:

Conversión y recuperación del camarada Walter Rondella.

—¡Uno menos! —comentó luego, alegremente, en voz alta.

—Sólo un cura podía hacer una jugarreta tan infame —rugió Peppone—. Pero ya no me la pegará otra vez.

Don Camilo suspiró:

—Eso sólo puede decirlo Él —dijo, mostrándole su gran pluma estilográfica.

Peppone le miró, preocupado. Entonces, don Camilo quitó el capuchón de la gran pluma, giró la tapita y del grueso tuvo sacó algo largo y estrecho que, en un instante, se transformó en un pequeño crucifijo.

—Señor —dijo don Camilo elevando los ojos al cielo—, perdona que te haya dado unos brazos plegables junto con los de la cruz. Pero Tú eres mi bandera y no tenía otro modo de llevarte siempre conmigo sobre mi corazón.

—¡Amén! —rugió Peppone, metiendo la cabeza debajo de las sábanas.

DESCANSO EN EL CATRE

In illo tempore: Mis sus est Angelus Gabriel a Deo in civitate Galilaeae, cui nomen Nazareth, ad Virginem desponsatam viro, cui nomen erat Josepb, de domo David, et nomen Virginis Maña. Et ingressus Angelus ad eam dixit: Ave, gratia plena: Dominus tecum...

El avión en el que viajaba con el farmacéutico estaba efectuando una

caída lateral como para cortar la respiración y Peppone se preguntó, perplejo, a qué venían aquellos latinajos. Pensándolo bien, tampoco lograba comprender cómo era posible que aquel odioso reaccionario de farmacéutico se encontrase allí, frente a él, en el aparato que le llevaba a Rusia, pero tuvo que dejar la pregunta en suspenso porque la singular interferencia se repetía: *Quae cum audisset, tur bata est in sermone eius: et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maña, invenís ti enim gratiam apud Deum...*

Peppone alzó fatigosamente un párpado que pesaba media tonelada;

lentamente, puso a foco un pedacito de pared de empapelado desvaído, luego un cartel que se balanceaba de un clavo hincado en el trozo de pared. Notó que en el cartel estaba impreso algo en caracteres cirílicos:

...et vocabis nomen eius Jesum. Hic erit magnus et Filius Altissimi vocabitur...

Peppone abrió también el otro ojo, se revolvió de golpe en la cama y sintió que le faltaba la respiración: transformada en altar, la mesita que la administración de los hoteles soviéticos de Estado había concedido en el moblaje de la habitación, el camarada Camilo Tarocci estaba celebrando misa

y, en aquel preciso instante, leía, en el libro rojo de las Máximas de Lenin, la *sequentia sancti Evangelii secundum Lucam*.

Peppone saltó de la cama y fue a pegar el oído a la puerta: tenía el corazón «embalado» y, por un momento, le pareció que lo único que podía hacerse era taparle la cabeza a don Camilo con una sábana.

Luego, lo pensó mejor y se puso a trajinar por la habitación procurando hacer el mayor estrépito posible, y habría continuado quién sabe cuánto si una maldita campanita no se hubiese puesto a repicar en la confusión de su cerebro. No quería oírla, pero tuvo que

prestarle atención y, cuando don Camilo alzó el humilde vaso de aluminio que hacía las veces de cáliz, Peppone dejó de moverse y bajó la cabeza.

En aquel momento se oyeron pesados pasos en el corredor, pero Peppone no se movió. Apretó los dientes y dijo para sus adentros: «Sea lo que Dios quiera.»

Fue tan sólo que los pasos se detuvieron frente a la puerta y que alguien llamó y farfulló en pésimo italiano:

—¡Despierta, camarada!

Peppone contestó con un mugido y el otro se alejó para ir a llamar a la puerta contigua.

— *Ite, Missa est*... —dijo por fin don Camilo.

—¡Basta! —jadeó Peppone, que chorreaba tinta—. ¡La bendición guárdesela para usted!

—Señor —susurró don Camilo inclinándose ante el pequeño crucifijo que tenía por pedestal la botella del agua—, perdónalo. Su miedo es más fuerte que su razón.

—Me gustaría saber qué ha sentido usted cuando han llamado a la puerta —rugió Peppone.

—¿Ha llamado alguien? —se asombró don Camilo—. No he oído nada.

Peppone no insistió, porque

comprendía que don Camilo era sincero.

Además, estaba cansado y tenía unas ganas locas de meterse en la cama otra vez y dormir. Quizá para proseguir su viaje en avión con aquel odioso farmacéutico.

—Usted ya está listo y, ahora que ha guardado sus trastos, puede largarse también y dejarme vestir en paz —exclamó Peppone con mal talante.

—Camarada —le respondió con seriedad don Camilo—. Te encuentro nervioso. Quizás el aire de la Unión Soviética no te sienta bien.

—El que no me sienta bien es usted —chilló Peppone, empujándole fuera de la puerta.

Y, entonces, se dio cuenta de algo horrendo: la puerta no estaba cerrada con llave. El hombre que había venido a llamar hubiese podido abrirla con sólo girar el picaporte.

La camarada Nadia Petrovna le esperaba en la salita donde estaba puesta la mesa para el desayuno, y tan pronto estuvieron todos, explicó:

—Podemos sentarnos: el camarada Oregov se hará esperar un poco.

Aquella mañana, la camarada Petrovna tenía el aspecto más repelente de un funcionario estatal. Hablaba con voz impersonal, sin mirar a nadie en la cara: impasible, fría, como si fuese de

hielo.

Al sentarse a la mesa, no hizo ningún movimiento que no fuese estrictamente necesario. Redujo el desayuno a una simple taza de té que tomó a sorbitos, como por simple deber profesional.

En suma, daba la impresión de estar cubierta por una invisible pero impenetrable coraza. Desgraciadamente, por algunas junturas de la coraza, salía un leve y fresco perfumito que estropeaba todo el efecto. Nadia Petrovna, olvidando que era un funcionario del Estado, se había puesto unas gotitas de la lavanda que le regalara el camarada Nanni Scamoggia.

El camarada Scamoggia estaba

situado lejos de la camarada Nadia, pero tenía buen olfato y en seguida se percató de ello.

El camarada Yenka Oregov llegó cuando el desayuno estaba por terminar. Parecía muy preocupado: esbozó un saludo y luego se apartó a un rincón para hablar con la camarada Petrovna. Fue una discusión larga y animada en el curso de la cual consultaron repetidamente un documento con muchos sellos que el camarada Oregov se había traído en la cartera de mano.

Cuando pareció que ambos habían acordado una línea de acción, la camarada Petrovna se volvió hacia Peppone y explicó:

—El camarada Yenka Oregov ha recibido del organismo turístico competente el programa preciso de las jornadas que los apreciados huéspedes italianos pasarán en la Unión Soviética. Esta mañana, a las nueve, los camaradas italianos visitarán la fábrica de tractores «Estrella Roja».

Peppone se la quedó mirando, estupefacto:

—Camarada —objetó—, si no me equivoco, la fábrica «Estrella Roja» la visitamos ya ayer por la tarde, en cuanto llegamos.

La camarada Petrovna confabuló con el camarada Oregov.

—El programa que esta mañana ha

recibido el camarada Yenka Oregov —comunicó seguidamente a Peppone la camarada Petrovna mostrándole el papel— establece, sin posibilidad de equívoco, que los camaradas italianos, habiendo dedicado la tarde de ayer al descanso por el largo viaje, esta mañana visiten la fábrica «Estrella Roja». El programa precedente queda anulado por el nuevo, y por esto, la visita de ayer también debe considerarse como no efectuada.

Peppone sólo supo abrir los brazos y la camarada Petrovna volvió a discutir con el camarada Oregov. Luego, refirió el resultado de la discusión:

—El camarada comisario de

Turismo no puede modificar el programa, que no prevee la visita a la ciudad hasta esta tarde. No pretende que los camaradas italianos visiten por segunda vez la fábrica: les ruega, simplemente, que consideren esta mañana como de reposo y la pasen en los salones del hotel.

Todos tenían sueño, porque el viaje había sido largo, duro y aburrido, y se mostraron satisfechos de tan luminosa solución.

—El camarada Yenka se dirige a la fábrica «Estrella Roja» para poner al día la reseña de la visita —añadió la camarada Petrovna—. Yo me quedo a vuestra disposición, en el saloncito. Que

descanséis, camaradas.

Fue a sentarse en el deteriorado diván del saloncito, a través del cual debía pasar obligatoriamente quienquiera que entrase o saliese del hotel.

Andaba altiva y fría, pero dejando detrás de sí una sutil estela de lavanda.

Don Camilo, en cuanto hubo entrado en su habitación, se quitó los zapatos y se echó en la cama todavía deshecha; pero cuando ya empezaba a adormecerse, Peppone empezó a agitarse y a farfullar, porque en el tren, al afeitarse, se dejó olvidada la maquinilla de afeitar en el lavabo.

—¡Usa mi navaja y deja ya de molestar al prójimo! —le gritó don Camilo.

—Yo sólo uso mi maquinilla —respondió Peppone—. Por lo demás, soy incapaz de afeitarme con navaja.

—Entonces, baja, haz que te cambien en rublos unas cuantas liras de las que nos robas como senador, y vete a comprar una maquinilla: los «Almacenes Universales» están frente al hotel. Anda con cuidado al cruzar la calle, porque hay una maldita circulación de coches.

El único automóvil que habían visto en la ciudad era el autocar en el que viajaron y Peppone se amoscó:

—Ya vendrán, camarada reverendo. No tenemos prisa; por el momento, nos basta con hacer vehículos que llegan a la Luna. Después, nos encargaremos de los coches.

—Por favor, cómprame un par de calcetines de lana —le rogó don Camilo—. En cuarenta años de régimen, un par, al menos, deben haberlo fabricado, supongo.

Peppone salió dando un portazo.

Se trataba del jefe, y la camarada Petrovna estuvo muy gentil. El camarada director del hotel turístico, llamado por ella, aceptó cambiar el billete grande de Peppone por un fajo de rublos, y Peppone se fue a la calle tranquilo,

porque la camarada Nadia, además, había extremado su cortesía hasta el punto de escribirle en un papel: *Una maquinilla de afeitar con diez bofas; un par de calcetines de lana para hombre, talla tres*.

Los «Almacenes Universales» estaban a dos pasos de allí, y la operación fue fulminante, por cuanto la camarada vendedora, una vez leído el papelito, puso en manos de Peppone la mercancía requerida y le comunicó su coste por escrito.

Pero, de regreso en su habitación. Peppone no parecía satisfecho como, lógicamente, hubiese debido estarlo.

Tiró los calcetines sobre la cama y

don Camilo los cogió al vuelo y los miró, complacido.

—Bonitos —dijo—. Calcetines como éstos, en casa, ni siquiera los soñamos. Hasta la idea de hacer uno más largo que el otro es inteligentísima: en efecto, no existe ningún hombre que tenga los dos pies idénticos. ¿Cuánto cuestan?

—Diez rublos —farfulló Peppone, que andaba a vueltas con la maquinilla.

—¿Cuánto has pagado por el rublo?

—No lo sé —rugió Peppone—. Sólo sé que por diez mil liras me han dado setenta rublos.

Don Camilo sacó la cuenta:

—Casi ciento cincuenta liras. Como

el franco suizo. ¿Y la máquina de afeitar?

—¡Nueve!

—Cinco por nueve cuarenta y cinco..., nueve por uno es nueve y cuatro trece. Casi mil trescientas liras la maquinilla de afeitar y mil cuatrocientas cincuenta los calcetines.

Peppone se enjabonaba furiosamente y no hizo comentarios.

—¿Cuánto cuesta en nuestro país una maquinilla de ésas? —insistió pérfidamente.

—Doscientas liras —admitió Peppone, entre dientes—. Doscientas liras con diez hojas: una maquinilla americana comprada en el «Upim». No

es posible. Debe de haber un error.

—No, camarada, no hay ningún error. En primer lugar, en el «Upim» se trataba de una venta de propaganda, cosa que aquí no se hace porque, gracias al comunismo, las tiendas y las fábricas son del Estado y el Estado no tiene que luchar con ninguna competencia. Segundo: las del «Upim» son maquinillas americanas, en tanto que ésa es una maquinilla soviética, lo cual es muy distinto. Tercero: mientras que el rublo tiene un valor de casi cuarenta, a los turistas se lo hacen pagar a ciento cincuenta. El comunismo no ha trabajado ni mucho menos durante cuarenta años para hacerles el caldo gordo

precisamente a los turistas. Tu maquinilla, al ciudadano soviético le viene a costar sólo trescientas cincuenta liras.

Peppone había comenzado a afeitarse. Lo dejó, volvió a enjabonarse, cambió la hoja y volvió a rascarse la cara.

Don Camilo le observaba con crueldad y, al sentirse observado, Peppone resistía, terco. Pero, al final, no pudo aguantarse: dijo en voz alta una palabrota y arrojó contra la pared a la camarada maquinilla de afeitar.

—Eres un camarada de poca fe —le dijo con voz grave don Camilo.

Peppone, con la cara enjabonada, le

miró con odio.

Entonces, don Camilo tuvo compasión de él. Levantó su maleta del suelo, hurgó en el interior y sacó un objeto que tendió a Peppone:

—¿Por casualidad no será tuya esta asquerosa maquinilla americana que he encontrado por ahí? —le preguntó.

Peppone se la arrancó de la mano.

—Cada día me convenzo más de que matar a un cura no es pecado —dijo con absoluta convicción.

Mientras tanto, la camarada Petrovna, que continuaba montando la guardia en la puerta, de pronto vio ante sí al camarada Scamoggia.

No le dio tiempo siquiera a abrir aquella odiosa boca:

—El camarada Yenka Oregov —le dijo con voz dura— le ha rogado que considerase la mañana como de reposo y la pase en el hotel. No es correcto, por parte de usted, tratar de salir.

—Yo no trato de salir —explicó Scamoggia—. Yo quisiera pasar la mañana de reposo aquí.

La camarada Petrovna le contempló con curiosidad:

—No comprendo por qué, con tanto sitio como hay en el hotel, quiere usted descansar precisamente aquí, en mi diván.

—Camarada, ¿ahora se trata de

«usted» a los camaradas?

—No; se trata de «usted» a los burgueses.

—¡Yo no soy ningún burgués! —protestó Scamoggia.

—Ciertas actitudes son de la peor marca burguesa.

—Puedo haberme equivocado, camarada. Pero si tú me ayudas, estoy dispuesto a hacerme una honrada autocrítica.

La camarada Petrovna se conmovió por el tono sincero de las palabras de Scamoggia.

—Puedes sentarte, camarada —le concedió sin abandonar su talante—. Háblame de ti.

—Me llamo Nanni Scamoggia, tengo veintiocho años, soy miembro del Partido, soy comunista desde el día que tuve uso de razón. Trabajo y tengo un pequeño taller de scooters.

—¿Y eso qué es?

—Reparo scooters y los vendo.

Viéndola perpleja, se sacó del bolsillo una foto suya en la que se veía a un Scamoggia presumidísimo y ceñidísimo con mono blanco, encima de una «Vespa».

—Los scooters son eso —explicó—. Es el medio popular de transporte.

—Interesante —estableció la camarada Nadia Petrovna—. ¿Cuál es la posición de tus familiares respecto al

Partido?

—Mi padre está inscrito en él desde la escisión de Livorno.

—Mil novecientos veintidós, si no me equivoco —observó la Petrovna.

—Exacto. Mi madre murió, mi hermana es jefe de célula de «Udi».

—¿Y tu mujer?

—Camarada, ¿crees tú que yo soy tipo para tener mujer?

La Petrovna le miró severamente:

—A tu edad, hace falta una mujer.

—¿Y por qué tendría que tomarme una sola tomo esposa, cuando puedo tener muchas gratis?

Instintivamente, la camarada Petrovna se apartó:

—Todo lo que has dicho —estableció— demuestra que tienes una mentalidad burguesa. Son los burgueses explotadores quienes consideran que las mujeres son mero pasatiempo. La mujer tiene derechos, dignidad y funciones equivalentes a las del hombre. Por lo menos, en la Sociedad socialista.

—Camarada, no me he expresado bien —protestó Scamoggia—. Yo sólo hablaba de la exigua categoría de mujeres que, por odiar el trabajó y no tener ninguna fe política o social, renuncian a su dignidad y, por lo tanto, a sus derechos...

—Comprendo —le interrumpió Nádia—. Esto no obsta para que el

camarada, llegado a una edad respetable, no deba constituir una familia y colaborar así válidamente en la formación dé las nuevas levas del Partido.

—Camarada estoy de acuerdo. Pero nosotros vivimos en un mundo diferente del tuyo, en un mundo lleno de egoísmo y de hipocresía. En mi país mandan los curas, y la inmensa mayoría de las mujeres es esclava de los curas. Y es preciso andar con cuidado porque muchas de ellas son son agentes provocadores...

—¿No conoces a ninguna camarada que te inspire confianza?

Scamoggia abrio los brazos:

—Sí, varias, pero... Total, comprendo qüe es una flaqueza, pero ninguna me gusta.

—Me parece imposible, camarada. ¿Ni una siquiera?

—Alguna habría, pero ya está casada.

La camarada Petrovna meditó unos instantes y luego concluyó:

—Es una situación difícil, camarada. Y tú no la afrontas con suficiente seriedad.

—Camarada —confesó Scamoggia, abandonándose—, los años pasan, pero con aquel sol, aquel cielo azul, aquellas flores, aquella música, aquel buen vino que hay allá, parece que se es siempre

joven. Nuestro país es una bendición de Dios...

—Camarada —le interrumpió la Petrovna—. ¡Has dicho una herejía! No hay países benditos o malditos por Dios. Dios no existe.

—Lo sé: pero ya sea por esos malditos curas, esas iglesias, esos tabernáculos, el caso es que allí se tiene la ilusión de que existe.

La camarada Petrovna movió la cabeza:

—Tienes ideas muy confusas —dijo.

—Lo admito, camarada. Pero podrías decírmelo mirándome a mí, no a la puerta.

No debía repetirse el error de

Stalin: no puede hablarse un lenguaje que valga tanto para los ciudadanos soviéticos como para los ciudadanos americanos. Los hombres se resienten de la latitud, de las costumbres. Pretender abrir las cerraduras con la misma llave es irrazonable.

La camarada Petrovna pensó esto y se volvió hacia Scamoggia.

—Camarada, ¿por qué no hablamos un poco de ti? —le preguntó Scamoggia.

—Soy una mujer soviética —respondió orgullosamente la Petrovna, tratando de sustraerse a la mirada de Scamoggia—. Soy miembro del Partido y funcionario de la organización turística del Estado. Tengo veintiséis años y vivo

en Moscú.

—¿Sola?

La Petrovna suspiró:

—No... Desgraciadamente —respondió bajando la cabeza— vivo con tres chicas en la misma habitación. ¡Pero no me quejo!

—Pues figúrate si he de quejarme yo —exclamó Scamoggia.

La Petrovna alzó los ojos y le miró, estupefacta:

—¿Qué quieres decir?

—De momento creí que vivías con un camarada —explicó Scamoggia—. Por lo que a mí respecta, en suma, encuentro más simpático que vivas con tres chicas que con un solo camarada.

La Petrovna siguió mirándole, estupefacta:

—Perdona, pero no capto tu razonamiento —dijo.

Pero mentía con el mayor descaro, lo que se comprendió por el lío que armó cuando, encontrándose todavía entre sus manos la foto del «esbelto vespista» de mono blanco, en vez de devolverla a Scamoggia, se la metió en el bolso.

Y es que también los funcionarios soviéticos, pese a estar moldeados en la ardiente forja del socialismo, tienen sus flaquezas.

LA CÉLULA ESPACIAL

Excepto don Camilo, todos los «electos» del equipo de Peppone eran camaradas de probada fe. Hasta aquel pobre Rondalla; quien el pérfido juego de don Camilo había eliminado provocando su furor. De los ocho que quedaron el camarada Bacciga parecía el más sólidamente preparado y con frecuencia citó bastante a propósito importantes pasajes de los sagrados

textos de la doctrina comunista. Pero Bacciga era genovés y como es sabido, los genoveses antes que otra cosa son genoveses. Que es lo mismo que decir gente práctica, con un sentido innato de los negocios.

Y como don Camilo había fijado los ojos en él, fue precisamente ese innato sentido de los negocios lo que le metió en líos gordos.

El hecho acaeció la tarde de la primera jornada «oficial», durante la visita a la ciudad. Los «Almacenes Universales» del Estado estaban a pocos pasos del hotel, y la primera parada se efectuó en ellos. El camarada Yenka Oregov encargó a la camarada Nadia

Petrovna explicar a los huéspedes que cada cual era libre de comprar lo que quisiera y, tras haber recordado oportunamente que, en 1965, la producción soviética de tejidos de lana alcanzaría los ocho millones de metros y que, la del calzado, los quinientos quince millones de pares, se plantó ante la puerta y no se preocupó de otra cosa que de impedir que alguno se largase.

Naturalmente, el camarada Scamoggia necesitaba una enorme cantidad de datos sobre la organización de los almacenes del Estado y se apartó, con la camarada Petrovna, en la sección de artículos domésticos. Peppone se pegó a las costillas de don Camilo, y los

demás se desperdigaron por ahí.

La tenducha estaba llena de mujeres: muchísimas vestían el mono de obrero o el uniforme de tranviario o de cartero, pero todas, tras haber comprado alguna lata o algún paquete de víveres en la sección de comestibles, iban a contemplar, con ojos encandilados, los escaparates de calzado, de vestidos, de ropa interior y otras fruslerías femeninas.

—El auténtico comunista —dijo don Camilo a Peppone-se distingue por su modestia y por su intolerancia hacia las cosas superfluas: por lo tanto, aquí pueden ocurrir dos cosas. O esas mujeres no son buenas comunistas, o lo

que están mirando con tanto deseo ya no es considerado superfluo, dado el elevado tenor de vida alcanzado por la Unión Soviética.

—No comprendo adonde quiere ir a parar —farfulló, receloso, Peppone.

—Quiero decir que, en la Unión Soviética, los bienes de consumo son tan abundantes, que una mujer puede considerar lícito deseo el de quitarse los pantalones y vestirse de mujer.

Peppone no captó la provocación.

—Habida cuenta que te han dado muchos rublos a cambio de tus diez mil liras —insistió, pérfido, don Camilo—, ¿por qué no compras aquella faldita para regalársela a tu mujer?

Una falda del Estado, confeccionada con tela del Estado y según modelo del Estado por costureras del Estado no puede perdonar la delicadeza de las faldas producidas en los países capitalistas, por la iniciativa privada. Y Peppone le rebatió, fulmíneo:

—Para una mujer, es mejor llevar una falda fea, pero ser libre, que llevar una falda de Christian Dior y ser esclava.

—Muy bien dicho, camarada — aprobó don Camilo, quien, por fin, había vuelto a sumir a su hombre en un mar de confusiones.

El camarada Bacciga se había despegado hábilmente de los demás y

estaba discutiendo con la camarada vendedora de la sección de peletería. Una discusión apretada y muda sostenida por ambos a copia de cifras escritas por uno y luego por la otra en un bloc.

Se pusieron rápidamente de acuerdo y, entonces, el camarada Bacciga empezó a sacar de su chaquetón pequeños sobres relucientes que la vendedora agarraba y hacía desaparecer debajo del mostrador con consumada habilidad. Al final, la vendedora le envolvió una estola de pieles y el comercio finalizó allí.

Peppone no se había percatado de nada, pero don Camilo lo vio y lo

comprendió todo, y ahora tenía una condenada prisa por volver al hotel.

No regresaron hasta el anochecer, porque, después de los «Almacenes» del Estado, visitaron una fábrica de cojinetes a bolas y, luego, el hospital. Pero tan pronto como don Camilo entró en el hotel, corrió en seguida a refugiarse en su habitación, Peppone, preocupado por su desaparición, dejó plantada poco después a la compañía en el saloncito del hotel. Entró en la habitación y encontró a don Camilo sentado en el suelo, ocupado en consultar unos cartapacios que había sacado de la maleta.

—¿No bastan las *Máximas* de

Lenin? —rugió Peppone—. ¿Qué otras porquerías se ha traído consigo?

Don Camilo ni siquiera levantó la cabeza y siguió hojeando sus papelotes y sus libracos.

—Toma esto —dijo a Peppone pasándole una página arrancada de alguna revista—. Apréndete de memoria los párrafos subrayados en azul.

Peppone echó una ojeada al papel y en seguida tuvo un sobresalto:

—¡Pero si esto —exclamó— es una página del *Cuaderno del Activista!*

—¿Y pues? ¿Acaso querías que me trajese recortes del *Osservatore Romano*?

Peppone se puso colorado y feroz

como la Revolución de Octubre:

—Yo digo que esta página ha sido arrancada de la colección de *Cuadernos del Activista* —vociferó—. ¡De mi colección personal, que está en la biblioteca de la sección, en el pueblo! ¡Ahí está el sello en seco! Quiero saber de qué manera...

—No te agites, camarada. ¡Para hacerme una cultura comunista, ciertamente no podía dirigirme a la biblioteca del Obispado!

Peppone se agachó para controlar páginas y opúsculos esparcidos en el suelo:

—¡Todo eso es mío! —gritó horrorizado—, Me ha asesinado toda la

biblioteca. Yo...

—Basta, camarada —atajó don Camilo—, Es indigno que ofrezcamos en el extranjero el mísero espectáculo de nuestras pequeñas diferencias personales. Procura recordar solamente los párrafos subrayados en azul, Estos los citarás tú, Yo me aprenderé los párrafos subrayados en rojo.

Peppone le miró con los ojos desencajados:

—Usted —dijo jadeando— me está organizando alguna bribonada.

—Yo no te organizo ninguna bribonada. Si no quieres hacer figura de estúpido, métete en la cabeza los párrafos que te he dicho. Y date prisa,

porque sólo te queda media hora de tiempo.

—Está bien —respondió Peppone, entre dientes—. Luego hablaremos de eso.

Se sentó a la mesita, fijó los ojos en el papel y empezó a aprenderse su lección.

Únicamente se trataba de dos párrafos de pocas líneas, pero se los habría aprendido de memoria aunque hubiesen sido de una página entera, tanta era su rabia.

—Oigamos —dijo por fin don Camilo, depositando de nuevo sus papelotes en la maleta.

—Camaradas —rugió Peppone—,

Lenin ha dicho: *Los extremismos no son buenos en ninguna ocasión, pero si se hubiese de escoger, nosotros preferiríamos las afirmaciones claras, aunque restringidas e intolerables, a las nebulosidades blandengues y huidizas*.

—Bien. Eso lo dirás cuando yo finja no recordar una frase determinada de Lenin. El otro trozo, en cambio, cuando yo te pida el parecer del Partido.

—¿Qué Partido, así Dios nos confunda? —farfulló Peppone.

—El glorioso Partido Comunista, cuyo Partido, como justamente está escrito en el número 9 de *Kommunist, exige de todos sus miembros que...*

— *...que incluso en su conducta personal*... —le interrumpió con violencia Peppone.

Y, furibundo, recitó la retahíla número dos hasta la última palabra, sin tropezar nunca y sin dejarse ni una sola coma.

Don Camilo le escuchó apenado y, al final, le dijo:

—¡Bien, camarada! Estoy orgulloso de ser tu párroco.

La cena fue abundante e instructiva, porque el camarada comisario explicó con extraordinaria profusión de detalles cuáles eran las metas que la industria soviética alcanzaría en 1965. Por último, tras los usuales brindis a la paz,

al relajamiento, al infalible triunfo al final del comunismo y todo lo demás, se levantó don Camilo.

—Camaradas —dijo—, pertenecer al Partido empeña a todo comunista a seguir los principios bolcheviques, a desarrollar la crítica y la autocrítica...

Hablaba despacio, articulando las palabras, mirando fija y orgullosamente al camarada Oregov, a quien la camarada Petrovna traducía, una por una, las palabras de don Camilo.

—Ante la conciencia del Partido, cada comunista debe sopesar severamente todos sus propios actos, investigar si se podía hacer más y mejor. Ningún comunista debe temer decir la

verdad: debe pronunciarla de modo directo y abierto, aunque se trate de hacer apreciaciones desagradables. Camaradas, mi memoria no me permite encontrar rápidamente lo que dijo Lenin a ese propósito... Lenin...

Don Camilo simuló una gran preocupación interior y, entonces, Peppone intervino:

—No te canses, camarada. Lenin escribió: *Los extremismos no son buenos en ninguna ocasión, pero si se hubiese de escoger, nosotros preferiríamos.las afirmaciones claras, aunque restringidas e intolerables, a las nebulosidades blandengues y huidizas.*

El camarada Yenka Oregov, informado diligentemente por la Petrovna, se volvió hacia Peppone y le tributó una sonrisa de viva aprobación.

—Gracias, camarada-continuó don Camilo, captando la mirada del comisario—. Con esta premisa, me considero autorizado a hablar con claridad. El desagradable incidente acaecido ayer al camarada Rondella me ha inducido a recordar el apartado quinto del Estatuto del Partido, donde se dice: *Todo inscrito en el Partido comunista tiene derecho a ser, en caso de falta disciplinaria, juzgado por un organismo regular de partido y, a poder, en cualquier caso, apelar a la*

asamblea de su organización, así como a las instancias superiores. Ahora, yo pregunto: si alguno de nosotros, que formamos parte del grupo conducido por el camarada senador Bottazzi, cometiese una falta disciplinaria, ¿qué organismo regular de partido podría juzgarle? El camarada senador representa aquí al Partido y procedería a denunciar al responsable de la falta a la Federación, a la sección, a la célula a que el responsable pertenece. Pero, dado que los actos censurables cometidos aquí, en tierra soviética, están estrechamente ligados a la vida soviética o a situaciones particularísimas y contingentes, ¿estarán en condiciones los

organismos mencionados de juzgar con perfecta serenidad y conocimiento de causa lo cometido por el camarada censurado? No, digo yo. El camarada que ha cometido un error aquí, debe ser juzgado aquí, en seguida. Y dado que, aquí, nosotros no estamos encuadrados en ningún organismo regular de partido, de conformidad con el artículo 10 del Estatuto y con su espíritu, considero que es nuestro deber constituirnos en célula.

La camarada Petrovna tradujo punto por punto al camarada Oregov quien, sin embargo, no dijo nada y siguió mirando, imperturbable, a don Camilo,

—Camaradas —continuó don Camilo—, vosotros me miráis con

asombro y os preguntáis: ¿qué tipo de célula? La de trabajo no, puesto que no trabajamos aquí. La territorial no, puesto que no habitamos aquí, Camaradas, yo podría contestaros que no hemos venido a la Unión Soviética para divertirnos, sino para aprender y luego enseñar: y esto es trabajo, Un trabajo importante. Podréis contestarme que, si no residimos físicamente en tierra soviética, la Unión Soviética es nuestra gran patria y, espiritualmente, sí residimos aquí. En cambio, dejad que yo os abra sinceramente mi corazón.

Don Camilo estaba visible y descaradamente conmovido, y todos le escuchaban prestándole la máxima

atención.

—Camaradas: nosotros somos un imperceptible puntito que, de repente, se ha desprendido de un viejo y decrépito planeta y ha llegado a tocar un mundo nuevo maravillosamente joven. Nosotros somos la exigua tripulación de la aeronave que ha abandonado el pútrido mundo capitalista y, ahora, navega a baja altura sobre las tierras fascinantes del mundo del Socialismo para descubrir en él tan extraordinaria realidad. Esa exigua tripulación que está compuesta no ya de individuos aislados, sino de hombres unidos por una sola idea, por una única fe, por una única y desesperada voluntad: ¡la edificación

del mundo comunista! Camaradas, dejadme que os lo diga: ¡ni célula de trabajo, ni célula territorial!, sino célula espacial, célula interplanetaria, pues el mundo del cual provenimos nosotros, el mundo putrefacto del capitalismo, dista del mundo sano y generoso del Socialismo bastante más que la Tierra de la Luna. Y, por esto, yo propongo la constitución en célula de nuestro grupo y propongo darle el nombre de aquel que personifica el deseo de paz, de progreso, de civilización y de bienestar del gran pueblo soviético: ¡Nikita Kruschev!

El camarada comisario, pálido de emoción, se levantó en medio de

clamorosos aplausos y estuvo diez minutos estrechando la mano a don Camilo.

A través de la Petrovna, Peppone charló un poco con el camarada Oregov y luego dijo:

—En nombre del Partido comunista italiano y en perfecto acuerdo con el representante del Partido comunista soviético, autorizo la constitución de la célula «Nikita Kruschev».

La asamblea de los nueve se reunió inmediatamente —lo cual resultó bastante fácil, puesto que todos ellos estaban sentados a la misma mesa—, y conforme al artículo 28 del Estatuto, procedió a la elección del Comité

directivo de célula. El secretario político resultó ser el camarada Camilo Tarocci; el secretario de organización, el camarada Nanni Scamoggia. El administrador, el camarada Vittorio Peratto.

Sólo cuando, junto con los demás, levantaba el vaso para brindar por el Comité directivo de la nueva célula espacial, Peppone cayó en la cuenta de que el camarada jefe de célula era don Camilo.

Y, cuando bebió, el vino se le atragantó.

—Camaradas —anunció con voz grave don Camilo—, os doy las gracias por la confianza que habéis depositado

en mí y haré todo lo posible para merecerla. Por esto, propongo que la célula inicie inmediatamente sus actividades. ¿Tiene alguien temas que proponer?

Nadie tenía nada que proponer.

—Yo propondré uno —dijo don Camilo, mientras Peppone comenzaba a sufrir tremendamente.

—Camaradas —explicó don Camilo —, el comunista que tiene miedo a la verdad, no es un comunista. El Partido educa a los comunistas en un espíritu de intransigencia para con las deficiencias, en un espíritu de sana insatisfacción por los resultados conseguidos. El miembro del Partido que no es capaz de ver las

cosas de modo crítico, que no es exigente consigo mismo y para con los demás, no puede servir de ejemplo a los sin-partido, no puede ser un auténtico dirigente. Camaradas, en el artículo 9 del Estatuto, entre los deberes del afiliado al Partido, está el de llevar una vida privada honesta, ejemplar; camarada Bacciga, ¿admites haber comprado hoy, en los «Almacenes» del Estado, una estola de pieles?

El camarada Bacciga se puso pálido como un muerto.

—Sí —respondió, tras unos instantes de vacilación—. El camarada Oregov nos había autorizado a comprar lo que quisiéramos.

—Exacto. ¿Admites haber pagado esa estola no con dinero, sino con medias de nylón que te habías traído de Italia...? Si no lo admites, eres un embustero. Si lo admites, eres un alimentador de ese mercado negro que obstaculiza los planes de la industria soviética y, por lo tanto, debes ser considerado como un saboteador. En uno y otro caso, tu vida privada no es honesta ni ejemplar. Esta es mi acusación. La asamblea oirá tu defensa.

El camarada Bacciga tenía dificultad en respirar y, entretanto, la camarada Nadia Petrovna informó detalladamente al camarada comisario. Las razones aducidas por el camarada Bacciga

fueron consideradas insatisfactorias. Había pasado contrabando, defraudando a la aduana soviética, y, al aportar mercancía en el mercado negro, había perjudicado a la economía soviética. Encima, había traicionado la confianza de los camaradas soviéticos. Ante un camarada comisario que parecía Robespierre, el camarada Bacciga se vio obligado a hacer una autocrítica despiadada.

—Que hayas reconocido lealmente tu error —concluyó don Camilo—, te honra, pero no basta para que la cuestión quede resuelta. A tal propósito, pido el autorizado parecer del Partido.

Peppone puso cara larga:

— *El Partido* —dijo con palabras campanudas— *exige de todos sus miembros que incluso en su conducta personal sean ejemplo moral para los demás. El Partido no puede permanecer indiferente con aquellos comunistas que, con su conducta indigna, comprometen moralmente su prestigio. El comunista, inspirándose en el marxismo-leninismo, asocia estrechamente su vida personal a la actividad del Partido; sus aspiraciones coinciden plenamente con las aspiraciones del Partido. El verdadero comunista se distingue por su modestia y por su intolerancia hacia las cosas superfluas. Las organizaciones del*

Partido extienden su labor de educación y corrigen a aquellos comunistas que, con perjuicio del deber social, comienzan a concentrar sus ideas principalmente sobre las cuestiones de su bienestar personal, ¡comienzan a cubrirse de moho pequeño burgués!

Así habló Peppone, quien dio perfectamente su lección, hasta tal punto que el camarada Oregov le miró con manifiesta admiración y le sonrió por segunda vez.

—La autocrítica no paga el crimen —continuó, captando el parecer del Partido, don Camilo—. Hasta los curas, que, sin embargo, representan la

hipocresía y la deshonestidad personificada, intiman al penitente que confiesa un hurto a restituir lo robado.

Peppone, que echaba espumarajos de rabia, arremetió impetuosamente:

—¡Camarada, tú no conoces a los curas! Esos procuran ir a medias con los ladrones.

—Hablaba en teoría —precisó don Camilo—. Lo adquirido ilegalmente por el camarada Bacciga debe considerarse robo.

La asamblea discutió y, luego, el camarada Scamoggia presentó una proposición:

—Que lo adquirido ilegalmente sea restituido a la Unión Soviética. Que el

camarada Bacciga obsequie la estola a la camarada Petrovna.

Se produjeron animadas discusiones, atajadas por la camarada Petrovna:

—Agradezco tan amable idea, pero creo que, sin embargo, huele un poco a ese «moho pequeño-burgués» del que hablaba vuestro jefe. He dicho al camarada Oregov que habéis propuesto ofrecer a Sonia Oregovna, su mujer, la estola de visón que el camarada Bacciga había comprado precisamente para ella.

Era, una solución formidable y la asamblea la aprobó por aclamación. El camarada Bacciga se vio obligado a soltar la estola, que fue ofrecida por Peppone al camarada Oregov, en

nombre de la célula espacial «Nikita Kruschev».

El detalle de las medias quedó olvidado.

Pero Bacciga lo recordaba.

Y cuando don Camilo, antes de levantar la sesión, propuso para el camarada Bacciga una suspensión de seis meses, Bacciga le miró con odio implacable.

Después, mientras subían la escalera, encontró el modo de acercarse a don Camilo y de susurrarle:

—Camarada, en el Partido Comunista sobra uno de nosotros dos.

—En este caso, es mejor que se vaya el deshonesto —le respondió don

Camilo.

En el cuartito, antes de apagar la luz, don Camilo sacó de la cartera la famosa agenda y escribió: *N.° 2— Liquidado moralmente al camarada Bacciga.*

Peppone saltó de la cama y le arrebató el cuaderno de las manos. Leyó la anotación y luego se lo devolvió.

—Disponte a escribir: «N.° 3— Liquidado el que suscribe por el camarada Peppone» —dijo.

Don Camilo le miró altivamente.

—Camarada —le dijo—, olvidas que estás hablando con un dirigente. No resulta nada fácil liquidar a un dirigente del Partido comunista.

—¡Se ve que no conoce usted el

Partido comunista! —se burló ferozmente Peppone, metiendo la cabeza bajo las sábanas.

POLITICA DE VIAJE

—Camarada, ¿tienes hoja de ruta?

Peppone, que se estaba afeitando, se volvió ceñudo hacia don Camilo:

—Esto es asunto mío —respondió de mal talante.

—Asunto nuestro —replicó don Camilo—. Como jefe de célula, tengo el deber de conocer a mis hombres.

—Usted sólo tiene un deber —dijo Peppone—: el de irse al infierno junto

con su archimaldita célula.

Don Camilo alzó los ojos:

—Señor —exclamó—, ¿has oído? De todas las células comunistas del universo, ésta es la única que tiene capellán, y él la llama archimaldita.

En este mundo todo es relativo, y hasta una maquinilla de afeitar, usada como si fuese un azadón, puede volverse el más inseguro de los artilugios. Peppone la usó precisamente como si tuviese que azadonarse el mentón y el mentón de Peppone se desolló. Por lo demás, ¿cómo podía controlarse un senador comunista al recordar, de improviso, que había remolcado hasta allí, en el corazón de la Rusia soviética,

a un cura disfrazado de camarada-de-absoluta-confianza y de haber permitido, al mismísimo emisario diabólico del Vaticano, llegar a convertirse en jefe de célula?

Mientras, entre rugidos, Peppone se esforzaba en curarse la barbilla, don Camilo, con mucho cuidado, metía en la maleta de Peppone el carnet que había consultado diligentemente y concluyó:

—Camarada, si la hoja de ruta es asunto tuyo personal, hagamos cuenta de que no existe. Pero no te metas conmigo si cometo alguna plancha.

Scamoggia acudió para avisar que el autocar aguardaba ala puerta del hotel.

Era una mañana gris de otoño: en las calles despobladas, mujeres embutidas en ropas de faena masculinas regaban y barrían el asfalto. Mujeres con pantalones conducían los viejos tranvías descoloridos. Otras mujeres vestidas con mono alquitranaban una plazuela y mujeres con faldas llenas de polvo trabajaban de peón en un edificio en construcción. Frente a un Gastronom, una larga cola de mujeres: éstas, empero, con vestidos bastante modestos, pero decididamente femeninos.

Don Camilo se inclinó hacia Peppone y le susurró al oído:

—Aquí, las mujeres no sólo tienen los mismos derechos que los hombres,

sino también los mismos derechos que las mujeres.

Peppone no se dignó ni mirarle.

Don Camilo y Peppone ocupaban los últimos asientos del autocar, el camarada Oregov y la camarada Petrovna los dos primeros, detrás del conductor; los ocho «electos», distribuidos en los asientos restantes a derecha e izquierda del pasillo central.

Aquella colocación permitía a la camarada Petrovna dominar toda la asamblea cuando, poniéndose en pie y volviéndose, traducía las comunicaciones del camarada Oregov.

Y permitía, asimismo, al camarada don Camilo hacerse oír —hablando en

voz baja— por Peppone y por los camaradas Tavan y Scamoggia, sentados respectivamente delante de él y de Peppone, sin que los demás, ni la intérprete, pudiesen oír sus palabras.

Detalle harto importante, pues don Camilo, liquidado definitivamente el camarada Rondella y socavada en la base la fe del camarada Bacciga, ahora le había echado el ojo al camarada Tavan.

Tavan Antonio —42 años—, natural y vecino de Pranovo (Véneto) —Inscrito en el Partido desde 1943 —Aparcero. Activísimo, hábil, tenaz, muy leal: usar EXCLUSIVAMENTE en el ambiente campesino, dada su limitada

visión de los problemas sociales y económicos. Padre socialista. Su familia cultiva en aparcería hace ciento cincuenta años la misma finca. Agricultor hábil y muy trabajador.

Eso estaba escrito en la hoja de ruta y don Camilo esperaba el momento de socavar la fe proletaria del camarada aparcero, el único labrador entre los «electos».

Abandonada la ciudad, apareció el campo triste e infinito.

La carretera, ahora, era estrecha y fangosa.

—Estamos cruzando el sovjós «Bandera Roja» —explicó la camarada Petrovna—. Uno de los primeros

surgidos tras la Revolución de Octubre. Tiene una extensión total de dieciséis mil hectáreas. Está equipado con cincuenta y cuatro tractores, quince segadoras-trilladoras y quince camiones. Los trabajadores dedicados anualmente a la producción son trescientos ochenta. Las grandes explotaciones del Estado denominadas sovjós, actualmente son más de seis mil, con cuatro millones de bovinos, seis de porcinos y doce de ovinos...

Como surgiendo de la tierra, apareció un lejano poblado. Casitas esparcidas en torno de algunos enormes cobertizos de chapa ondulada: silos, almacenes, establos, talleres.

El autocar seguía traqueteando por la carretera fangosa: empezaban a verse, abandonados por ahí, en la húmeda tierra labrada, grandes tractores de oruga, incrustados de fango y de moho.

Cuando el grupo de edificios estuvo más cerca, se vieron otros tractores, camiones y máquinas agrícolas de todo tipo parados allí, al sol y al agua, en las grandes explanadas frente a los cobertizos.

Don Camilo suspiró.

—Cuatro millones de vacas —dijo a Peppone.

—¡La verdad, es una bonita cantidad! —respondió Peppone.

—Más los veintisiete millones de los koljós, hacen treinta millones de cabezas.

—¡Algo colosal! —se entusiasmó Peppone.

—A finales de 1960, serán cuarenta millones —prosiguió, pérfido, don Camilo—. Pero, por el momento, todavía son dos millones doscientas mil cabezas menos que el patrimonio bovino existente en 1928, antes de la colectivización.

Peppone miró a don Camilo con perplejidad.

—Camarada, la Unión Soviética es el único país del mundo donde todo se sabe. Donde se dicen públicamente las

cosas que funcionan o que no funcionan —explicó don Camilo—. Esas son las estadísticas oficiales, por lo que, dolorosamente, debe concluirse que, en la Unión Soviética, mientras la industria, la ciencia y todo lo demás ha dado pasos gigantescos, en el sector agrícola aún se lucha duramente. Y ha habido que roturar trece millones de hectáreas de tierras vírgenes siberianas con la ayuda de trabajadores voluntarios de Moscú, de Kiev y de otras poblaciones de la Unión Soviética.

Don Camilo abrió los brazos y, tras haber mirado de reojo las orejas del camarada aparcero sentado delante de él, disparó el tiro cobarde:

—Camarada —confió a Peppone—, has visto en qué estado se hallan esos tractores y podrás juzgar si me equivoco. Te digo que el mal está en una sola cosa: todo el mundo es tierra y los campesinos siempre son campesinos. Fíjate en nuestro país: ¿quiénes son los más reacios en moverse? Los campesinos. Sí, los braceros agrícolas se mueven, luchan, pero son obreros. Obreros de la agricultura, pero obreros. ¡Prueba a movilizar arrendatarios o aparceros! ¡Prueba a hacerles comprender los intereses de la clase y de la causa proletaria!

Las orejas del camarada Tavan estaban enhiestas y no se perdían una

sílaba.

—Y ahora, fíjate en esto —continuó, despiadado, don Camilo—. ¿Quiénes son los más reacios, los que frenan la marcha de todo el país? Los koljosianos, que se ríen de la tierra de la cooperativa y sólo piensan en sacar fruto de la biolka o biolka y media de tierra que el Estado les ha cedido generosamente. Camarada: hay ochenta mil koljós y seis mil sovjós, pero las vacas de propiedad privada de los koljosianos son diecisiete millones, en tanto que, entre koljós y sovjós, sólo llegan a catorce millones. Es necesario quitarles ese pedacito de tierra: no se la merecen. Y se la quitarán.

Las orejas del camarada Tavan estaban cobrando una intensa coloración roja.

—Fíjate en nuestro país —insistió don Camilo—. ¿Quién nutría la bolsa negra durante la guerra? Los campesinos. ¿Y quién nutre aquí el mercado negro? Los koljosianos... En nuestro país, ¿dónde tienen todavía los curas mayor influencia? Entre los campesinos. Y, en la Unión Soviética, ¿por qué los curas logran sobrevivir todavía retrasando el camino del progreso? Porque están sostenidos por los rublos de los koljosianos.

Las orejas del camarada Tavan habían alcanzado aquel rojo cereza que

ya inflamaba la cara de Peppone.

—Camarada —concluyó, despiadado, don Camilo—. En un país que ha conquistado, en todos los terrenos, la primacía mundial, que ha logrado llegar a la Luna, ¿quién se ha quedado encerrado en su mezquino egoísmo y se muestra insidioso hacia el comunismo? El koljosiano. El campesino. Mala raza, los campesinos.

—¡Bien dicho, camarada! —aprobó Scamoggia, volviendo la cabeza—. Me dan risa los que quieren dar la tierra a los campesinos. Sí: les damos la tierra, ¿y ellos qué hacen? ¡Nos matan de hambre! La tierra es de todos y debe ir a todos. La tierra, al Estado comunista. Y

los campesinos deben ser tratados como los obreros. El campesino, porque labra la tierra, ¿debe tener trigo, leche, pollos? Entonces, el obrero que fabrica los automóviles, ¿por qué no habría de tener coche? Por lo demás, ¿quién nos ha regalado el fascismo? Los campesinos. ¿Acaso la camisa negra no era el uniforme de trabajo de vuestros campesinos emilianos y romañolos...? ¡Fíjate aquel criminal cómo asesina al tractor!

Efectivamente, el tractorista que conducía el oruga en la carretera producía escalofríos; pero, en honor a la verdad, no se trataba de un campesino, sino de un obrero especializado de la

MTS.

Como fuere, aquello era como miel sobre hojuelas, y, si no ayudaba mucho a la realización del sexto plan quinquenal, ayudaba sin duda a la realización de los planes de don Camilo.

—¡Borrico! —le gritó Scamoggia, cuando el autocar pasó junto al oruga.

Pero el «camarada borrico» lo tomó por un saludo y contestó agitando el brazo y sonriendo estúpidamente.

Las orejas del camarada Tavan se habían puesto pálidas.

Peppone escribió algo en un trocito de papel y lo pasó a don Camilo, explicando:

—Camarada, procura tenerlo en

cuenta para lo sucesivo.

—Está bien, camarada —respondió don Camilo tras haber leído la nota, que decía: *¡O se calla, o le rompo una espinilla!*

El peligro de que Scamoggia continuase la polémica anticampesina quedó conjurado por la camarada Nadia Petrovna, quien empezó a hablar acaparando así la completa atención del camarada Scamoggia:

—Hemos cruzado sin pararnos el sovjós «Bandera Roja» porque, tratándose de una explotación esencialmente cerealista, y dado que la siembra ha terminado ya, no hubiese ofrecido suficiente motivo de interés.

Ahora, nos encaminamos hacia el koljós de Grevinech, una cooperativa campesina que labra dos mil hectáreas de tierra, tiene cultivos variados y cría ganado bovino y porcino. Es completamente autónoma y, por lo tanto, puede desarrollar su plan sin impedimentos, porque ya no depende de las MTS, pero ha adquirido en las MTS la maquinaria que necesita. Ahí está, camaradas: aquí empiezan las tierras del koljós de Grevinech...

No hacía falta decirlo porque, aunque el terreno no cambiase de naturaleza, el asunto se presentaba de manera diferente: todo era más ordenado, más limpio, con surcos

rectos, campos bien nivelados y, en los pastos, bestias bien alimentadas.

Las casas de la aldea de Grevinech eran las normales chozas míseras de los burgos rusos, bajas, con el techo de paja: pero cada una tenía en torno un trocito de tierra cultivado con sumo cuidado, con un árbol frutal y huerto. Y, en los recintos contiguos a cada chamizo, había gallinas, un cerdito y, en el establo, una vaca.

El único edificio más o menos grande y de alguna pretensión era el del soviet rural, con el techo de chapa ondulada, y el de la escuela, más modesto.

La camarada Petrovna explicó que el

noventa y tres por ciento de los koljós estaban electrificados: desgraciadamente, el de Grevinech formaba parte del otro siete por ciento.

Para llegar a la aldea hacía falta valerse de una de las normales carreteras rusas del campo y, en consecuencia, la célula volante «Nikita Kruschev», cuando el autocar hubo llegado a un kilómetro aproximadamente de Grevinech, comunicó al camarada Oregov que todos proseguirían de buena gana a pie, para desentumecerse las piernas.

El barro se había endurecido y, si se procuraba no meterse en las rodadas de un par de palmos de hondo, se podía

caminar.

Mientras andaban hacia la aldea, apareció una carreta tirada por un jamelgo; en la carreta iba un hombrecillo más bien rechoncho, con polainas, gabán de hule con cuello de pieles y un gorro de pieles en la cabeza.

Mientras pasaba, don Camilo lo miró con atención y tuvo un sobresalto:

—Camarada —preguntó a la Petrovna, acercándose a ella de un salto —, ¿quién es ese señor?

La camarada Nadia se echó a reír, luego explicó al camarada Oregov el porqué de su risa y el camarada Oregov también soltó una leve carcajada.

—No te has equivocado, camarada

—explicó la Petrovna a don Camilo—. Ese señor es un pope.

—¿Un cura? —se asombró Scamoggia, quien, naturalmente, navegaba por los parajes inmediatos a la camarada Petrovna—. ¿Y qué hace un cura por estos andurriales?

—Viene a sacarle unos cuantos rublos a alguna vieja chocha del koljós.

Scamoggia se excitó:

—¡Un cura! ¡Y le dejáis andar por ahí tramando porquerías!

La Petrovna le miró con severidad:

—Camarada, artículo 124: *Con objeto de asegurar a los ciudadanos la libertad de conciencia, la Iglesia, en la Unión Soviética, está separada del*

Estado y la escuela de la Iglesia. La libertad de practicar los cultos religiosos y la libertad de propaganda antirreligiosa están reconocidas a todos los ciudadanos.

—Pero si ése no es ningún ciudadano, ¡es un cura! —exclamó, indignado, Scamoggia.

La Petrovna se echó a reír y, naturalmente, tuvo que explicar al camarada Oregov el porqué de su hilaridad, suscitando en el camarada Oregov una gran carcajada.

—Camarada: en la Unión Soviética, los sacerdotes tienen los mismos derechos que los demás ciudadanos. Con tal de que no hagan propaganda,

nadie les molesta. Si alguien quiere un pope, que lo pague y se acomode.

Scamoggia se volvió hacia don Camilo:

—Camarada, tenías razón. ¡Y a mí se me hacía larga la hora de llegar hasta aquí para no encontrarme con un solo cura!

—Los curas —estableció Peppone con voz feroz— son la raza más infame que existe en la tierra. Noé, cuando hizo subir al arca todos los animales, no quiso llevarse consigo a la víbora, pero el Padre Eterno le gritó: «Noé, ¿cómo podré vivir sin curas?»

El camarada Oregov, informado por la Petrovna, se rió a modo, y la frase le

agradó tanto que quiso anotarla en su bloc.

Rióse también, un poco forzadamente, don Camilo y, poniéndose a la altura de Peppone, quien iba en la cola, le dijo entre dientes:

—Eres un deshonesto, camarada. La historia que yo te conté ayer era muy diferente. Noé no quería llevarse al asno, y entonces Dios le dijo: «¿Cómo podría divertirse el mundo sin senadores comunistas?»

—Suena mejor así —respondió Peppone—. Pero tendré que pedirle disculpas a las víboras.

—Vil —silbó don Camilo—. Abusas porque soy jefe de célula.

Caminaron un rato en silencio hasta que Peppone arremetió:

—Yo había visto a aquel hombre. Todos lo habían visto, pero nadie le hizo caso. ¡Usted, en cambio, en seguida olfateó al cura! La voz de la sangre. Pero no se haga ilusiones; cuando mandemos nosotros, usted no podrá pasearse ni en carretela ni en coche ni a pie. Quien está muerto, no se mueve.

—No tiene gracia —replicó con calma don Camilo, encendiendo su medio toscano—. En un régimen comunista, quien se mueve, está muerto, por lo que un muerto vale por el otro.

Estaban entrando en la aldea y Scamoggia se volvió y le gritó a don

Camilo:

—Camarada, también tenías razón al decir que son los campesinos quienes les dan cuerda a los curas. ¡Fíjate!

El pope, en el huerto de una de las primeras casas, estaba hablando a un grupo de viejos y viejas.

Don Camilo miró y miró también al camarada Tavan, quien iba delante de él. Y las orejas de guardabarros del camarada aparcero se pusieron coloradas.

La camarada Nadia meneó la cabeza:

—Camarada —dijo a Scamoggia—, no te pongas nervioso. Sólo se trata de unos cuantos viejos. Así es en todas

partes. Muertos esos viejos, muerto también Dios, que tan sólo vive en sus mentes entenebrecidas por la superstición. Muerto Dios, terminados también los curas. La Unión Soviética dispone de tiempo por delante, y puede esperar.

Había hablado en voz alta y don Camilo también la oyó.

—Pues figúrate si no podrá esperar también Dios —murmuró don Camilo vuelto hacia Peppone.

Pero éste no hizo comentario alguno.

Luego, como el camarada Salvatore Capece, de Nápoles, de treinta años, y ojos ardientes, estaba allí al alcance de la mano, exclamó:

—¿Has oído, camarada Capece? ¿No te parece guapa la camarada?

—Guapísima —respondió con sincero entusiasmo el camarada Capece—. Me gusta mucho.

Don Camilo se echó a reír:

—Por la insistencia con que te mira continuamente —insinuó—, yo diría que también tú debes de gustarle a ella.

La camarada Nadia Petrovna no había ni soñado nunca en mirar con intención al camarada Capece: pero el camarada Capece, desdichadamente, se tomó la cosa en serio.

—Camarada, usted me comprende —respondió abriendo los brazos—: la mujer siempre sigue siendo mujer.

Luego, se fue caracoleando hacia la cabeza de la columna, donde se encontraba la camarada Nadia.

—¡Hasta de eso es usted capaz, con tal de sembrar cizaña! —rugió Peppone.

—Camarada —respondió don Camilo—, tengo que darme prisa mientras Dios viva todavía. Mañana quizá sea demasiado tarde.

AGENTE SECRETO DE CRISTO

En Grevinech se esperaba ya a los camaradas italianos: el dirigente de la Sección de agitación y propaganda los recogió a la entrada de la población y los condujo a la sede del soviet rural, donde el primer secretario del Comité de distrito del Partido y el presidente del koljós les recibieron con palabras

de circunstancias que la camarada Nadia Petrovna tradujo puntualmente. Peppone respondió recitando el discursito que se había aprendido diligentemente de memoria y, al final de su parlamento, aplaudió también, aplaudiendo a quienes le aplaudían.

Aparte de los peces gordos, había más gente. Se trataba, según resultó de las explicaciones con que la camarada Nadia adornó las presentaciones, de los responsables de varios sectores: cría bovina, cría porcina, cultivo, fruticultura, maquinaria y así sucesivamente.

El salón de las asambleas donde se desarrollaba la recepción daba sobre

todo la idea de un almacén, un poco porque el mueblaje estaba constituido por una rústica mesa central con bancos anexos, y por un retrato de Lenin colgado en una pared.

El Comité de festejos del koljós había procedido a adornar el retrato de Lenin con una rama verde que rodeaba el reluciente marco de purpurina dorada, pero ello no habría bastado para hacer cálido y hospitalario el ambiente, si la larga mesa no hubiese estado animada por un generosa decoración de vasos vacíos y de botellas llenas de vodka.

Un copazo de vodka, tragado como si fuese un vaso de mosto, calienta en seguida las orejas y Peppone, en pocos

segundos, se encontró con el motor al máximo de revoluciones. Por lo que, cuando la camarada Petrovna hubo explicado que el koljós de Grevinech era uno de los más eficientes y había alcanzado las máximas cimas en la producción de leche, de porcino y de cereales, pidió la palabra y, plantándose ante el camarada Oregov, dijo con voz firme, separando bien las frases para darle tiempo a la camarada Petrovna a que tradujese:

—Camarada, yo vengo de la Emilia; de esa región donde, hace exactamente cincuenta años, existían, únicas en Italia y entre las poquísimas del mundo, cooperativas proletarias perfectas. Una

región con agricultura intensamente mecanizada y con una producción de lácteos, salazones y cereales entre las primeras del mundo en calidad y cantidad. ¡En mi pueblo, mis camaradas y yo hemos fundado una cooperativa agrícola de braceros que ha tenido el alto honor de recibir de los camaradas de la Unión Soviética el más preciado don...!

Peppone sacó de su cartera de piel un fajo de fotografías que tendió al camarada Oregov. Las fotografías representaban la llegada triunfal, en el pueblo, de «Nikita», el tractor recibido en regalo de la URSS, el mismo tractor en acto de roturar las tierras de la

cooperativa agrícola «Nikita», y otras cosas por el estilo.

Las grandes fotografías pasaron de mano en mano y suscitaron en todos viva impresión, empezando por el camarada Oregov.

—Continúa la obra de desmantelamiento del capitalismo —prosiguió Peppone—, y, si aún no hemos llegado a la fase final, sin embargo estamos en un buen momento y, como os podrá decir mejor el camarada Tarocci, que pertenece a la misma región, es ya fatal que los privilegios de los propietarios y del clero sean borrados del encerado de la historia y comience la era de la libertad y del trabajo. Las

cooperativas agrícolas modeladas sobre el koljós, además de las explotaciones estatales del tipo sovjós, sustituirán, dentro de muy poco tiempo, la actual forma de conducción esclavista de los cometidos agrícolas y, como es fácil comprender, tiene para mí un grandísimo interés conocer todos los pormenores técnicos y de organización del koljós. Quisiera, pues, que tú, camarada Oregov, rogases a los camaradas dirigentes del koljós de Grevinech que me pusiesen detalladamente al corriente del exacto funcionamiento del koljós, incluso en sus más mínimos sectores.

El camarada Oregov hizo contestar que se daba cuenta de la importancia de

la petición y prometió hacer todo lo que pudiese para satisfacer el justificado deseo de Peppone.

Luego, parlamentó con los dirigentes del koljós y, al final, la camarada Nadia informó a Peppone:

—Camarada, tu interés particular por el aspecto técnico y de organización ha sido reconocido por todos. Pero, si yo me quedase aquí a disposición tuya y de los dirigentes del koljós, tus camaradas no podrían efectuar la visita completa al koljós, que está establecida por el programa. Por fortuna, entre los técnicos aquí presentes hay alguno que podrá explicártelo todo sin necesidad de intérprete.

La Petrovna se interrumpió e hizo un signo. Del grupo de dirigentes se destacó un hombre moreno, flaco, con mono de mecánico, de unos treinta y cinco o cuarenta años.

—El responsable de las secciones de mecanización, suministro y coordinación de trabajos —explicó la camarada Petrovna, presentando el hombre a Peppone—. Stephan Bordonny, italiano.

—Stephan Bordonny, ciudadano soviético —precisó el hombre flaco, tendiendo la mano a Peppone, pero mirando a la Petrovna—. Ciudadano soviético, como mis hijos.

La Petrovna sonrió para disimular su

apuro:

—Tienes razón, Stephan Bordonny —rectificó—. Debí haber dicho «de origen italiano». Mientras nosotros proseguimos la visita, tú te quedarás a la disposición del camarada senador Bottazzi.

La camarada Petrovna se fue para unirse al grupo y don Camilo hizo ademán de seguirla, pero Peppone le paró:

—Tú, camarada Tarocci, te quedarás conmigo y tomarás nota de todo lo que te diga.

—A la orden —farfulló don Camilo, entre dientes.

—¿Eres miembro del Partido? —se informó Peppone, al salir de la choza del soviet al lado del hombre flaco.

—Aún no me ha sido concedido ese honor —respondió el otro con voz impersonal.

Era de una fría cortesía; mientras don Camilo se atareaba en tomar notas en un cuaderno, el ciudadano Stephan Bordonny respondía con exactitud a todas las preguntas de Peppone, pero se notaba que hacía esfuerzos para procurar expresarse con el menor número de palabras posible. Conocía perfectamente el funcionamiento del koljós en sus menores detalles. Citaba fechas y datos con seguridad. Pero nunca

añadía nada más.

Peppone le ofreció un medio toscano y él lo rehusó cortésmente.

Con un simple «gracias» rehusó el cigarrillo «nacional» que le ofreció también don Camilo. Pero, como los demás fumaban, se sacó del bolsillo un trocito de papel de periódico, un pellizco de majorka y lió hábilmente un cigarrillo.

Visitaron los silos que albergaban el trigo, luego el cobertizo donde se guardaban los piensos especiales, los desinfectantes para el tratamiento de árboles frutales y los aperos de labranza para el trabajo manual.

Todo ordenado y catalogado

exactamente.

En un rincón había una extraña máquina nueva, flamante, y Peppone preguntó para qué servía.

—Para cardar algodón —respondió el ciudadano soviético Stephan Bordonny.

—¿Algodón? —se asombró don Camilo—. ¿Con este clima cultiváis algodón?

—No —respondió el hombre.

—¿Y cómo es que la tenéis aquí? —insistió don Camilo.

—Un error de distribución —explicó el hombre—. Llegó en lugar de una máquina cribadora para la selección de la semilla de trigo.

Peppone fulminó a don Camilo con una ojeada atómica, pero don Camilo, ahora que había encontrado un pretexto, le agarró a él:

—¿Y vosotros seleccionáis el grano con una máquina para cardar algodón?

—No —respondió fríamente el hombre flaco—. Usamos una máquina seleccionadora construida con medios propios en nuestro taller.

—Y los que recibieron la seleccionadora, ¿con qué cardan el algodón?

—Este es un asunto que no interesa al koljós de Grevinech —respondió el hombre.

—Errores de ese tipo no deberían

ocurrir —observó vilmente don Camilo.

—Vuestra patria tiene trescientos mil kilómetros cuadrados —comunicó el otro con voz oficial—. La Unión Soviética tiene más de veintidós millones de kilómetros cuadrados de superficie.

Peppone intervino.

—Stephan Bordonny —dijo arreando un pisotón al pie izquierdo de don Camilo—, ¿eres tú el encargado de este almacén?

—No, yo colaboro. ¿Os interesa la cría de ganado?

—Me interesa el parque de maquinaria agrícola —respondió Peppone.

El cobertizo de la maquinaria agrícola no se presentaba bien, porque ni siquiera parecía un cobertizo, sino que era un gran barracón con paredes de madera y paja y el techo de chapa ondulada, herrumbrosa.

Pero, una vez dentro, era para quedarse boquiabierto. En el piso de tierra apisonada no había ni una brizna de paja y las máquinas, perfectamente alineadas, relucían como para ser enviadas a una feria de muestras.

El ciudadano Stephan Bordonny conocía las máquinas una por una, de pe a pa: edad, horas de trabajo efectuado, consumo, rendimiento, potencia, como si tuviese, en el cerebro, un fichero

completo.

Al fondo de la barraca estaba el taller, la única parte construida con ladrillos. Un pobre taller con el mínimo indispensable de herramientas, pero tan ordenado como para arrancar lágrimas a Peppone.

Un gran tractor a oruga estaba en reparación y las piezas de su motor se alineaban sobre un banco. Peppone cogió una, la observó, y luego miró al ciudadano Stephan.

—¿Quién ha arreglado este chisme? —preguntó.

—Yo —respondió, siempre indiferente, Stephan.

—¿Con esa especie de torno? —

exclamó Peppone, indicando un viejo y deteriorado artefacto que podía recordar, precisamente, un torno.

—No —explicó el otro—. Con lima...

Peppone volvió a mirar la pieza. Luego, cogió otra del banco y la consideró con igual estupor.

Hincado en la pared, sobre el banco, había una barra de hierro de la que colgaba una biela, atada con cordeles.

Stephan cogió un taladro y golpeó la biela, que resonó como una campanita.

—Por el ruido que hace, se nota si está desequilibrada —explicó, dejando el taladro—. Es sólo cuestión de tener un poco de oído.

Peppone se quitó el sombrero y se secó el sudor:

—El mundo es un pañuelo —exclamó—. Yo hubiese jurado que aquel tío era el único en usar ese sistema y, en cambio, ¡me topo con otro, aquí, en el corazón de Rusia!

—¿Qué tío?-se informó don Camilo.

—El mecánico de Torricella —respondió Peppone—. Era un fenómeno; preparaba automóviles para los corredores. Hasta del extranjero acudían a él. Un hombrecillo que, al verle, no habrías dado ni cinco céntimos por él. Él segundo año de guerra, un asqueroso inglés que quería volar el puente del Stivone, bombardeó su casa. Se quedó

bajo los escombros, con la mujer y los dos hijos.

—Uno —protestó el ciudadano soviético Stephan—. El otro, por suerte suya, era soldado.

El ciudadano soviético Stephan Bordonny había hablado con voz diferente de la acostumbrada..

—Me agrada que alguien se acuerde todavía de mi padre —añadió.

Sin decir más salieron del taller. Fuera, encontraron un cielo lívido que amenazaba tormenta.

—Yo vivo en aquella casa —dijo Stephan—. Nos conviene llegar antes de que descargue el diluvio. Allí, en espera de que deje de llover, le podré

proporcionar todos los datos que aún le interesen.

Llegaron a la casa cuando empezaban a caer los primeros goterones. Era una casa rústica, pero limpia y acogedora, con una espaciosa cocina de vigas renegridas y la gran estufa.

Peppone aún no se había recobrado de la sorpresa.

Se sentaron a la larga mesa.

—La última vez que estuve en el taller de Torricella —dijo Peppone como hablando para sí mismo— fue en 1939. Había conseguido un «Balilla» de ocasión y no lograba comprender qué le pasaba al motor.

—Una biela desequilibrada —explicó Stephan—. La arreglé yo. Mi padre me daba a hacer aquellas cositas. Y, luego, ¿anduvo bien?

—Todavía anda —respondió Peppone—. Entonces, aquel muchacho flaco con el mechón negro siempre sobre los ojos...

—Tenía diecinueve años —murmuró Stephan—. Usted entonces, no llevaba bigote...

—No —intervino don Camilo—. Se lo dejó crecer cuando le metieron en la cárcel por borrachera molesta y repugnante y escándalo nocturno de contenido antifascista. Fue así como se ganó el certificado de perseguido

político, conquistando luego el derecho de llegar a senador comunista.

Peppone dio un puñetazo en la mesa.

—¡También he hecho otras cosas! —exclamó.

Stephan seguía mirando a don Camilo.

—Pero —murmuró al cabo—, su cara no me es desconocida. ¿Es usted también de aquellos parajes?

—No —contestó rápidamente Peppone—. Vive allí, pero es de importación. No puedes conocerle. Mejor dime cómo viniste a parar aquí.

Stephan abrió los brazos:

—¿Para qué recordar lo que los rusos han olvidado generosamente? —

dijo con voz vuelta fría de nuevo—. Si le apetecen más explicaciones sobre el koljós, estoy a su disposición.

Intervino don Camilo.

—Amigo —dijo—, no te preocupes porque él sea senador comunista. Hablamos de hombre a hombre. La política nada tiene que ver.

Stephan miró en los ojos a don Camilo y luego a Peppone.

—No tengo nada que ocultar —explicó—. Es una historia que todos saben, aquí en Grevinech, pero dado que nadie habla de ella, tampoco yo quisiera hablar.

Don Camilo le alargó el paquete de «nacionales».

Afuera había estallado el diluvio y el viento arrojaba chorros de agua contra los pequeños cristales de las dos ventanas.

—Hace diecisiete años que sueño con fumar un «nacional» —dijo Stephan, encendiendo un cigarrillo—. No puedo acostumbrarme a la majorka y al papel de periódico. Me hacen polvo el estómago.

Tragó ávidamente algunas bocanadas y luego observó el humo azulado que le salía despacio de la boca.

—¿La historia? —continuó—. Era soldado de transmisiones. Un día, los rusos nos cogieron. Era a fines del 42; nieve y frío como para dejarle a uno en

el sitio. Nos empujaban hacia delante como a un rebaño de ovejas. De vez en cuando, alguno caía: si no se incorporaba, lo dejaban en la nieve fangosa de la pista con un balazo en la frente. Llegó mi turno, y caí. Comprendía el ruso y sabía hacerme entender: cuando caí, un soldado ruso se me acercó y me zarandeó con el pie:

»—¡Levántate! —ordenó.

»—Tovarich —le respondí—, no puedo más. Déjame morir en paz.

»La cola de la columna (yo era uno de los últimos) estaba ya a unos diez metros y empezó a nevar. Me disparó un tiro a medio metro de la cabeza, rezongando:

»—Procura morir rápido y no me busques líos.

Stephan calló: en la cocina había entrado un gran bulto cubierto de tela de saco que chorreaba agua. Una vez caída la tela, se vio a una hermosa mujer que aparentaba tener poco más de treinta años.

—Mi mujer —explicó Stephan.

La mujer sonrió y luego dijo algo rápidamente, en una extraña lengua, y subió la escalenta de troncos que desaparecía en el techo.

—Me salvé de milagro —continuó Stephan—. Cuando recobré el conocimiento, estaba en una isba, junto a la lumbre. Había caído a medio

kilómetro de aquí, entre la aldea y el bosque, y una chica de diecisiete años, que volvía del bosque adonde había ido a buscar leña, oyó quejidos debajo de un montoncito de nieve. Era una chica robusta: me agarró de la solapa y, sin soltar la fajina que llevaba a cuestas, me arrastró hasta su isba, como un saco de patatas.

—Buena gente, los campesinos rusos —observó Peppone—. Bagó, del Molinneto, también se salvó así.

—Sí —reconoció Stephan—, salvaron a muchos desgraciados como yo. Pero aquella chica no era rusa, era polaca. La habían traído aquí con su padre y su madre porque hacía falta

gente que labrase la tierra. Me dieron de comer lo poco que tenían y me tuvieron escondido dos días. Luego, comprendí que aquello no podía durar y, como la chica y yo lográbamos entendernos chapurreando el ruso, le dije que fuese a ver al jefe de la aldea y le explicara que un soldado italiano perdido se había presentado en su casa unas horas antes. No le gustaba, pero fue. Al poco rato, volvió junto con un hombre armado de pistola y dos más armados de fusiles. Levanté las manos y me hicieron signo de salir. La choza de la chica polaca era la más distante del centro de la aldea y tuve que caminar un buen rato, siempre con las armas apuntadas a la espalda.

Por fin, llegamos a la explanada donde habéis visto el silo. Allí vimos un camión cargado de sacos de trigo, y a un bellaco que lo estaba asesinando para ponerlo en marcha. Me olvidé del resto y pensé solamente en el camión: me paré y me volví hacia el jefe:

»—Tovarich —le dije—, ése descargará las baterías y ya no podrá hacerlo arrancar. Mándale que lo deje y que primero limpie la bomba.

»El jefe, al oírme hablar ruso, se quedó boquiabierto, y luego exclamó duramente:

»—¿Y tú qué sabes de eso?

»Le respondí que aquél era mi oficio. El bellaco seguía asesinando las

baterías, que ya empezaban a dar las últimas boqueadas. El jefe me empujó adelante con el cañón de la pistola y, cuando llegamos junto al camión, se paró y le gritó al chófer que dejase aquello y que mirase la bomba. Por la ventanilla de la cabina asomó la cara estúpida de un jovenzuelo vestido de soldado. Ni siquiera sabía de qué bomba se trataba. Era la primera vez que conducía un «Diesel». Le dije que me diese el destornillador y, cuando lo tuve, levanté el capó y, en un santiamén, limpié la bomba de inyección. Luego, bajé el capó y le alargué el destornillador.

»—Ya está —le dije.

»Dos segundos después, el camión arrancaba.

»—Me llevaron a una pequeña habitación de la choza del soviet y me tuvieron allí encerrado. Pedí un cigarrillo y me lo dieron. Volvieron al cabo de diez minutos y me hicieron salir a empellones, siempre con la boca del fusil en la espalda, hasta un cobertizo donde de cualquier manera eran reparados tractores y máquinas agrícolas. El jefe me indicó un oruga y me preguntó por qué no funcionaba. Me hice traer agua hirviendo, llené el radiador y probé la puesta en marcha. Bajé en seguida:

»—Una bujía está fundida —

expliqué—. Habría que desmontarlo todo, reparar la bujía y volver a montarlo. Requiere tiempo.

»Con las cuatro miserables herramientas que pusieron a mi disposición, tuve que trabajar como un loco, pero cuarenta y ocho horas después terminé de montar de nuevo la última pieza. Entonces, llegó un oficial con dos soldados armados de «Parabellum». Estuvieron contemplándome y, cuando hube terminado y el radiador fue llenado de agua hirviendo, subí al tractor. Dios se había propuesto salvarme a toda costa: el motor arrancó en seguida y andaba como un reloj. Lo probé dando una

vueltecita por el cobertizo y luego volví a dejarlo en su sitio. Me limpié las manos con un trapo, me apeé y me presenté al oficial con los brazos en alto. Se me echaron a reír en la cara.

»—Te lo dejamos, camarada —dijo el oficial al jefe—. Bajo tu responsabilidad. Si se escapa, tú pagarás por él.

»Entonces, me eché a reír yo.

»—Mi capitán —respondí—, Rusia es grande y yo, todo lo más, podría escapar hasta aquella isba de allá, donde está una guapa chica que me gusta mucho, aunque me haya denunciado al secretario del Comité de distrito del Partido.

»El oficial me miró y dijo:

»—Tú eres un buen obrero italiano: ¿por qué has venido a combatir a los trabajadores soviéticos?

»Le respondí que había venido porque me lo habían mandado. De todos modos, yo era jefe mecánico del parque de automovilismo, y los únicos rusos que yo había matado eran dos pollos que se pusieron bajo las ruedas de mi camión...

Afuera, la lluvia se había convertido en una auténtica borrasca. Stephan se levantó y fue a hablar en ruso por un teléfono de campaña que estaba en un rincón. Volvió al poco:

—Dicen que podéis quedaros aquí:

los otros se han quedado bloqueados en el establo número tres, que está en la casa de Dios.

Volvió a sentarse.

—¿Y entonces? —preguntó don Camilo.

—Entonces, empecé un trabajo infernal, porque puse a punto todas las máquinas, organicé el taller y el garaje y, cuando pude empezar a pensar en mí mismo, hacía dos años que la guerra había terminado. El padre de la chica polaca murió y yo me casé con la chica. Luego, pasaron más años y nos fue concedida la ciudadanía soviética a mi mujer y a mí.

—¿Y nunca has pensado en volver a

casa? —insinuó don Camilo.

—¿Para hacer qué? ¿Para ver el montón de escombros bajo el cual se están pudriendo mi padre, mi madre v mi hermano? Aquí, ahora, me tratan como a uno de los suyos. Es más, mejor aún, porque soy trabajador y conozco mi oficio. ¿Quién se acuerda de mí, allá? He desaparecido en la nada, como uno de los muchos que están desperdigados por Rusia...

En aquel momento se produjo una gran confusión y la puerta se abrió de sopetón dejando entrar, junto con un chorro de agua, a una extraña bestia, una especie de ciempiés de piel oscura y viscosa.

Con un alarido, la mujer de Stephan, salida de quién sabe dónde, se precipitó hacia la puerta y la cerró. Entonces, la piel viscosa del monstruo cayó, y, liberados de la cuarteada lona encerada bajo la cual se habían resguardado de la lluvia, aparecieron seis niños, uno más guapo que el otro y en perfecta escala, de los seis a los doce años.

—Amigo, ¡lástima por lo que has desperdigado en Rusia! —exclamó don Camilo.

Stephan volvió a mirar a don Camilo:

—Y, sin embargo —repitió—, yo creo haberle visto a usted en algún sitio.

—Probablemente no —respondió

don Camilo—. De todos modos, aunque así fuese, olvídese de haberme visto.

Eran seis niños muy educados: cacareaban como seis gallinitas, pero bastaron tres palabras de la madre para hacerles callar. Se sentaron tranquilos en el banquillo en torno a la estufa, charlando en voz baja.

—Son pequeñitos —explicó la mujer en un italiano extraño pero claro —. Se habían olvidado de la abuela enferma.

Don Camilo se levantó:

—Quisiéramos saludarla —dijo.

—Estará muy contenta —exclamó sonriendo la mujer—. Nunca ve a nadie.

Subieron por la escalerilla de

madera y se encontraron en una pequeña estancia abuhardillada. Una viejecita muy arrugadita yacía en un camastro de sábanas blancas.

La mujer de Stephan le habló en polaco y la anciana le musitó algo.

—Ha dicho que el Señor bendiga a quien visita a los enfermos —explicó la mujer de Stephan—. Es una anciana y hay que perdonarle que su mentalidad permanezca en el pasado.

Sobre la cabecera del camastro, colgada de la pared, había una imagen y don Camilo se acercó, curioso.

—¡Es la Virgen Negra! —exclamó.

—Sí —explicó en voz baja la mujer de Stephan—. Es la protectora de

Polonia. Los polacos viejos son católicos. Hay que comprender a los viejos.

La mujer de Stephan se expresaba con mucha cautela y en sus ojos había un vago temor.

Peppone resolvió la situación:

—No hay nada que perdonar —afirmó—. En Italia, no sólo los viejos, sino también los jóvenes son católicos. Lo importante es que sean honrados. Nosotros sólo detestamos a los malditos curas que, en vez de ser ministros de Dios, son politicastros.

La vieja le susurró algo al oído y la mujer de Stephan, antes de hablar, lanzó una mirada interrogativa a su marido.

—No están aquí para hacerle daño —la tranquilizó Stephan.

—Quisiera saber... —balbució la mujer, ruborizándose—, quisiera saber cómo está... el Papa.

—¡Hasta demasiado bien! —respondió riendo Peppone.

Don Camilo, tras haber hurgado bajo su chaquetón, sacó una estampa y la tendió a la vieja, quien, tras haberla mirado con ojos desorbitados, sacó fatigosamente de las sábanas una pequeña mano, toda huesecitos, y la asió.

Luego habló animadamente al oído de su hija.

—Dice si verdaderamente es él —

tradujo la esposa con ansia en la voz.

—Él en persona —confirmó don Camilo—. El Papa Juan XXIII.

Peppone palideció y miró en torno, preocupado, encontrando los ojos asombrados de Stephan.

—Camarada —le intimó don Camilo, agarrándole de un brazo y empujándole hacia la puerta—. Baja con él e id a ver cómo llueve afuera.

Peppone intentó protestar, pero don Camilo le atajó:

—No te metas, camarada, si no quieres tener líos.

Se quedaron solos don Camilo, la esposa de Stephan y la viejecita.

—Dile que puede hablar porque yo

soy católico como ella —ordenó, perentorio, don Camilo.

Las dos mujeres hablaron largo rato y, luego, la esposa de Stephan refirió:

—Dice que le da las gracias y le bendice. Ahora, con esa imagen que le ha dado, se siente con más fuerza para esperar la muerte. Sufrió mucho cuando vio morir a mi padre sin la bendición de Dios.

—¡Pero si tenéis sacerdotes que se pasean libremente y llegan hasta aquí! —se asombró don Camilo.

La mujer movió la cabeza:

—Parecen sacerdotes, pero no dependen de Dios, sino del Partido —explicó—. No son buenos para nosotros,

los polacos.

Afuera, diluviaba.

Don Camilo se quitó el chaquetón, de la falsa estilográfica sacó el crucifijo de brazos plegables, lo metió en el gollete de una botella y lo puso en la mesita que había arrimada a la pared, junto al camastro de la vieja; también se sacó el vasito de aluminio que hacía las veces de cáliz.

Un cuarto de hora después, alarmados por el prolongado silencio, Peppone y Stephan subieron, se asomaron a la puerta del desván y se quedaron sin habla: don Camilo celebraba la Santa Misa.

La vieja, con las manos juntas, le

miraba con ojos llenos de lágrimas.

Cuando la viejecita pudo recibir la comunión, pareció que la vida le refluyese de improviso, impetuosa, en las venas exangües.

— *Ite, Missa est...*

La vieja habló, convulsa, al oído de su hija, quien, de un salto, se acercó al marido:

—Reverendo —dijo jadeante—, cásenos ante Dios. Ahora sólo somos esposos ante los hombres.

Afuera diluviaba: parecía como si todas las nubes de la inmensa Rusia se hubiesen concentrado en el cielo de Grevinech.

Faltaba ei anillo, pero la vieja

alargó la mano y la desgastada alianza matrimonial, un delgado aro de plata, se enfiló en el dedo de su hija.

—Señor —imploró don Camilo—, no hagas caso si me como alguna palabra o algún período.

Peppone parecía la clásica estatua de yeso: don Camilo interrumpió un momento el rito y le empujó hacia la puerta.

—¡Date prisa, trae aquí a toda la banda!

Ahora la lluvia iba remitiendo rápidamente, pero don Camilo estaba embalado y parecía una ametralladora: bautizó a los seis niños con una rapidez como para quedarse sin respiración.

Y no era porque, como había dicho, se comiese palabras o se saltase limpiamente períodos enteros. Decía todo lo que debía decir, de la primera a la última sílaba... Pero el aliento se lo daba Jesús.

Quizá todo había durado una hora. Quizás un minuto. Don Camilo no lo sabía: se encontró sentado a la mesa de la cocina, con Peppone al lado y Stephan enfrente.

El sol, ahora, fulguraba, y en el rincón medio a oscuras de la estufa fulguraban, aún más que el sol, unos ojos muy abiertos que buscaban los de don Camilo.

Don Camilo los contó, y eran diecisiés: doce de los niños, dos de la madre y dos de la viejecita. Pero éstos no se hallaban encajados en uno de los rostros velados en la penumbra de la estufa, sino que don Camilo los tenía en el cerebro, porque nunca había visto dos ojos mirarle así, y no podía quitárselos de la mente.

La camarada Nadia Petrovna apareció en la puerta.

—¿Todo bien? —se informó.

—Todo va perfectamente bien —respondió don Camilo.

—Agradecemos al camarada Oregov que haya puesto a nuestra disposición un técnico competente como el ciudadano

Stephan Bordonny —añadió Peppone, estrechando la mano a Stephan y encaminándose hacia la puerta.

Don Camilo fue el último en salir y, al llegar al umbral, se volvió y trazó una rápida señal de la cruz, susurrando: *Pax vobiscum.*

—Amén —respondieron los ojos de la viejecita.

MIENTRAS LLOVIA

Según estiba establecido taxativamente por el programa oficial, los koljosianos de Grevinech ofrecieron un almuerzo a los huéspedes italianos. Todos quedaron conmovidos por la espontaneidad del rasgo.

—Camarada —comunicó con discreción don Camilo á Peppone, quien, prudentemente, le había querido vecino de mesa—, detesto a quienes,

cuando van al extranjero, encuentran todas las cosas superiores a las de su propio país: pues bien, ante esta sana sopa de coles, no puedo evitar acordarme con asco de la burguesa pastasciutta de nuestro país.

—Camarada —le respondió entre dientes Peppone—, después de la que has organizado esta mañana, merecerías una sopa de clavos en caldo de arsénico.

—Bueno, ya casi la tenemos —murmuró don Camilo.

En compensación, el asado de cordero y el vodka fueron loables, hasta el punto de que, al final, Peppone sintió el deber de dar las gracias a los anfitriones.

Un discursito, en verdad, muy convencional, al que el camarada Oregov contestó con palabras no menos convencionales.

Afortunadamente, estaba el camarada don Camilo. La extraordinaria aventura vivida poco antes en casa de Stephan y un par de copazos de vodka le habían incendiado el corazón y calentado las orejas: tras haberse construido una formidable rampa de lanzamiento sobre graníticas citas de Marx, Lenin y Kruschev, salió como un sputnik y disparó un discurso como para cortar la respiración: la misma camarada Nadia Petrovna, que traducía puntualmente frase tras frase, delataba

su entusiasmo en la excitación de la voz. Y los ojos del camarada comisario Yenka Oregov brillaban doblemente como por la reverberación de una gran llama.

Habló del koljós de Grevinech como de una criatura viviente y, probablemente, los koljosianos de Grevinech se percataron de un detalle que nunca hasta entonces habían notado: es decir, de ser hombres importantes y felices.

Cuando concluyó, con un final verdiano que atrancó a Peppone dos lagrimones gordos como avellanas, estalló un aplauso atómico y el camarada Oregov se puso en pie de un

salto y fue a asir la mano de don Camilo, a la que estuvo sacudiendo como si accionase una bomba de incendios. Y, mientras le daba a la bomba, hablaba atropelladamente, en tono excitado.

—Dice el camarada Oregov —tradujo Nadia Petrovna— que el Partido necesita de hombres como tú para la propaganda rural y quisiera que te quedases. Tenemos escuelas especializadas y podrías aprender rápidamente la lengua rusa.

—Dale las gracias al camarada Oregov —respondió don Camilo—. Sólo le pido el tiempo de establecer a mi mujer y a mis hijitos. Volveré.

—Te concede todo el tiempo que te

haga falta —le explicó Nadia Petrovna, tras haber hablado con el camarada Oregov—. Si tuvieses alguna dificultad, ya sabes a dónde dirigirte.

Los koljosianos trajeron más vodka a la mesa y, cuando los «electos» emprendieron el camino de regreso, ya era avanzada la tarde.

El diluvio había transformado la carretera en una especie de riachuelo de fango y, para desatascar el autocar de aquel limo, hizo falta su tiempo.

Al cabo de unos diez kilómetros, llegaron a la embocadura de la calle que cortaba el sovjós «Bandera Roja»: las alcantarillas rebosaban y, sobre la calle, había sus treinta centímetros de agua.

El camarada chófer, con autorización del camarada Oregov, desvió a la izquierda hacia Tifiz y el autocar viajó durante un par de horas por una trocha angosta y tortuosa, pero que tenía un piso bastante consistente.

Por desgracia volvió a llover y comenzaron las pegas para el camarada chófer, porque el autocar se puso a patinar corriendo el peligro de salirse, repetidas veces, del camino. Así ocurrió que, tras haber blocado y desblocado el diferencial cincuenta veces, a la que hacía cincuenta y una el camarada chófer se olvidó de desblocarlo y, a la primera curva, la corona del diferencial se deshizo como si fuese de galleta.

Y llovía, y todo daba la impresión de que debiese seguir lloviendo hasta Dios sabe cuándo. La noche estaba al caer y hubo necesidad de decidir algo. La aldea de Tifiz estaba tan sólo a cinco kilómetros: el camarada chófer fue mandado allá con orden de volver con un camión o un oruga del koljós.

Volvió a pie: la única máquina del koljós de Tifiz en condiciones de funcionar era un elevador para forrajes, con motorcito autónomo.

Se decidió que un artefacto de aquel tipo podía servir para bien poco, y habida cuenta de que el elevador de Tifiz desgraciadamente formaba parte de los seis miserables koljós entre ciento

que todavía no contaban con teléfono, se encaminaron todos a pie hacia la aldea. Y fue una caminata inolvidable porque, a la lluvia, se había juntado el viento y se andaba con lodo hasta el tobillo.

Entraron en Tifiz cuando ya era de noche, y la aldea, por ser una de aquellas ocho entre cien que aún estaban desprovistas de luz eléctrica, no presentaba un aspecto muy acogedor.

El salón de asambleas del soviet rural estaba abarrotado de sacos de pienso, pero el camarada Oregov dio una voz como nunca se había oído, y, en media hora, los sacos desaparecieron.

Una escuadra de koljosianos armados de ramajes perfeccionó la obra

de despejo, y los «electos», que aguardaban, asustados, agrupados en un rincón del escuálido aposento, mal alumbrado por lámparas de petróleo, se encontraron sepultados por un nimbo de polvo.

El camarada aparcero Tavan estaba justo delante de él, y don Camilo lo aprovechó para continuar su acción de desmantelamiento moral.

—Camarada —comunicó con voz áspera a Peppone—, ¿recuerdas lo que te decía esta mañana a propósito de los campesinos? En Grevinech, donde los dirigentes son funcionarios enviados por el Partido, todo funciona maravillosamente. Aquí, donde los

koljosianos se autodirigen, no funciona nada. Camiones y tractores averiados y el salón del soviet transformado en almacén. ¿No ocurre igual en nuestro país? En las Pioppette, donde han sido reconstruidas las viviendas, ¿qué encuentras en las bañeras? Patatas. ¿Y en el cobertizo de la maquinaria? Leña, albaricoques, gallinas, pavos. Y las máquinas pudriéndose bajo los porches o, simplemente, al raso. Créeme, camarada: el campesino no tiene las cualidades necesarias para vivir libre en un mundo socialista. Debe, sencillamente, cumplir órdenes. ¡Nada de «La tierra para los campesinos»! La tierra, del primero al último centímetro,

para el Estado; sovjós estatales hasta y tanto el campesino no haya tomado conciencia de sus deberes y de su función.

—¡Ahí es nada! —se burló Scamoggia—. Harán falta siglos, antes de que entre un poco de cerebro en esas calabazas de cemento.

La luz era escasa, pero las orejas de guardabarros del camarada aparcero Tavan habían adquirido un rojo tan encendido como para hacerse notar en la completa oscuridad.

Don Camilo se dispuso a disparar la segunda ráfaga, pero el tacón del zapato derecho de Peppone se posó, amonestador, sobre la punta de su pie

izquierdo, allí donde precisamente tenía el callo más sensible. Con el cañón de una metralleta apoyado en el ombligo, don Camilo no se hubiese callado. Pero, con un tacón apoyado sobre un callo ya puesto a prueba duramente por la mala estación y por la aspereza del camino, insistir habría sido una locura. El ánimo puede superar el obstáculo: pero no el callo.

Don Camilo suspendió la ofensiva.

La polvareda se disipó: el camarada Oregov, plantado con las piernas separadas en mitad del local, distribuía órdenes rápidas, taxativas.

Llegaron caballetes y tablas de camión y se levantó una larga mesa.

Luego, el almacenero sacó un rollo de lona y la mesa tuvo mantel.

La enorme estufa comenzaba a dar calor. Llegaron más luces. Luego, escudillas, cubiertos, vasos.

El camarada Oregov volvió los ojos hacia el rincón donde se encontraban Peppone y camaradas y se dio cuenta fulminantemente de la situación. Una orden, y pocos minutos después llegaron tres chicas con vasos y botellas.

Dos rondas de vodka y he aquí completamente rehabilitada en el ánimo de los «electos» la fe en la victoria de la causa socialista. Excepción hecha para el camarada don Camilo, en cuyo ánimo el vodka no podía sino restablecer

amortiguados temores.

Dado el apetito verdaderamente comunista que llevaban en el cuerpo, cuando llegó a la mesa una gran olla humeante llena de sopa de coles y patatas, Peppone y camaradas soltaron un mugido de gozo y se lanzaron al abordaje. Y, cuando les hubo visto saciados, el camarada Oregov comunicó, a través de la intérprete, su aflicción por todos los vituperables contratiempos que se habían producido.

Aquel día, don Camilo estaba diabólico, y, sin vacilar un instante, afirmó:

—Nos alegramos muchísimo de todo cuanto ha acaecido porque ello nos ha

permitido recibir, del camarada Oregov, una estupenda lección práctica de cómo debe comportarse un dirigente comunista. En mi país un viejo proverbio dice que el ojo del amo engorda al caballo. ¡Hoy, en la era de la mecanización y de la igualdad social y, por lo tanto, liquidados el caballo y el amo, podemos decir que el ojo del Partido engorda al camarada!

Al camarada Oregov, la frase le gustó de un modo increíble y el brindis a su salud le conmovió.

Peppone, como parlamentario comunista, jefe de la misión y funcionario del Partido, llevaba siempre consigo una gran cartera de mano repleta

de documentos importantes y reservados. Mientras comía, tuvo la ingenuidad de dejar la cartera en el suelo, a su izquierda, de tal suerte que don Camilo, aprovechando el momento justo, pudo abrirla, llevar a cabo un sondeo y descubrir que, debajo de los papeles, dormitaban, acomodados en el fondo, una botella de coñac y un salchichón fuera de serie.

Peppone se percató de que algo no marchaba como debía cuando la camarada Nadia anunció en voz alta que el camarada Oregov daba las gracias de corazón al camarada senador y aceptaba el regalo, pero sólo a condición de compartirlo con todos los convidados.

Y el regalo, naturalmente, era la botella de coñac y el salchichón del camarada Peppone.

—Camarada —le dijo don Camilo, volviendo a su sitio—, ha sido un hermoso rasgo de tu parte. También la idea de ofrecer una ronda de vodka con los rublos que te quedaban de las diez mil liras cambiadas en el hotel ha sido verdaderamente de señor.

Peppone le miró con odio.

—No hemos terminado aún —le respondió, torciendo la boca—. Queda todavía mucho camino para llegar a Italia.

El camarada Oregov estaba sentado

a la cabecera de la larga mesa: a su derecha estaban el presidente y el secretario político del koljós, a su izquierda, la camarada Nadia Petrovna, y, a la izquierda de la camarada Nadia, se encontraba, apretujado, el camarada Salvatore Capece, quien, con una maniobra estudiada diligentemente, había logrado burlar al camarada Nanni Scamoggia, metiéndose entre éste y la chica.

El coñac y el salchichón despertaron muy aburguesadas tendencias sedentarias y allí se quedaron, porque se habían aficionado a Oregov y a sus vecinos, y allí acabaron sus días.

—Camarada —exclamó en un

momento dado el camarada Salvatore Capece, volviendo dos ojos languidísimos hacia la mujer—. Yo podría echar un discurso más hermoso que el del camarada Tarocci, si tuviese una guitarra.

La camarada Nadia habló con el presidente del koljós y nadie prestó atención al hecho de que el koljosiano se levantase y desapareciese, porque la confusión y el vocerío y el calor y el vodka y el coñac y el humo de los cigarrillos habían creado algo que se asemejaba mucho a una juerga romana. Pero cuando el hombrecillo reapareció, todos se percataron de ello, porque el alarido que lanzó el camarada Salvatore

Capece era inhumano.

—¡La guitarra!

El koljós de Tifiz no tenía un motor en buenas condiciones, pero sí una guitarra. Además, disponía también de un acordeón con tocador anexo.

Mientras el camarada Salvatore Capece, una vez agarrada la guitarra, la afinaba, el jovenzuelo llegado en seguimiento del jefe del koljós se sentó y atacó una pequeña marcha.

Algo penoso, un desgarramiento que, en un momento dado, hizo perder la reserva que le quedaba al duro y taciturno camarada Tavan, el aparcero con orejas de soplillo.

El camarada Tavan se puso en pie,

se acercó al muchacho, y le arrancó el acordeón disparando un acorde que hizo enmudecer a todos.

Luego, atacó el *Vuelo del moscardón*; después, la *Mazurka de Migliavacca*, y sus orejas hasta parecían pequeñas, de lo bien que tocaba.

Dos minutos después, la sala estaba repleta de gente; viejos y viejas, jovenzuelas y muchachas. No faltaba nadie.

El camarada Salvatore Capece estaba dispuesto. Con el acompañamiento del camarada Orejas, atacó *O solé mió* con una voz en la cual estaba todo: desde Vomero a Posillipo, desde *Zi'Teresa* a f*uniculi-funiculá*,

desde la luna marinera al problema del *Mezzogiorno*.

Si no hubiese concedido el bis, le habrían hecho trizas.

Volvió a cantar una, dos, tres, diez veces, y el camarada Scamoggia espumeaba de rabia, porque el camarada Salvatore Capece no quitaba ojo ni un segundo a la camarada Nadia Petrovna, que parecía como enloquecida.

Luego, el camarada Tavan salió en cuarta y atacó una polka infernal, y aquello fue el infierno. Mantel, mesas, caballetes, todo desapareció: quien quisiese beber, que se acomodase en el despacho de la administración del koljós, donde había un escritorio que

podía contener tantas botellas de vodka y vasos como se quisiera.

Todos bailaban, salvo don Camilo, quien, para no asistir a aquel horrendo espectáculo, se había retirado al despacho de la administración a hacer compañía al vodka y al escuálido Lenin colgado de la pared.

Dejada la guitarra, el camarada Salvatore Capece bailaba con la camarada Nadia y no la soltaba ni un segundo: tanto, que Peppone, debiendo comunicar algo importante a la camarada Nadia, tuvo que arrancársela de los brazos.

—Camarada —le dijo Peppone,

llevándosela a un rincón—, divertirse honestamente, después del trabajo, es lícito; y quien, como el camarada Tarocci, no participa de la diversión de la comunidad, no es un buen camarada y debe ser castigado.

—Estoy de acuerdo —respondió Nadia Petrovna.

—El camarada Tarocci —prosiguió Peppone— tiene madera de dirigente, pero en su casa quien lo dirige todo es su mujer. Una mujer tremenda, afligida por un cerebro reaccionario y por unos celos espantosos. Ahora él está aquí, a miles de kilómetros lejos de su mujer, pero le da miedo bailar. ¡Tiene que bailar!

—Camarada, yo me encargo de eso —respondió, riendo, la camarada Nadia.

Cinco minutos después, una pandilla de chicas desatadísimas invadió el despacho-vodka-administración: don Camilo fue levantado de su silla y arrastrado al local, y no tuvo más remedio que bailar.

Peppone la gozaba con la escena y, tan pronto como don Camilo fue enlazado por la más guapa y más desatada chica del grupo, hizo una señal y el flash del camarada Vittorio Peratto, fotógrafo turinés, se disparó.

Una, dos, tres, diez, veinte veces, porque todas las más alocadas y

endiabladas mujeres quisieron hacerse fotografiar abrazadas a don Camilo.

—Camarada —dijo Peppone al fotógrafo, una vez terminado el carrete—. De esas fotos, respondes con la vida.

Hubo un breve intervalo para liberar el aposento del humo y trajeron más bebida. Pero el ritmo de la barahúnda no menguó, porque el camarada Vittorio Peratto imitó a la perfección las voces de todos los animales domésticos, el camarada Li Friddi, siciliano, se manifestó con una armónica de seis o siete centímetros, el camarada Curullu, sardo, hizo la parodia del borrachín que intenta meter la llave en la cerradura, el

camarada Gibetti, toscano, ejecutó un trozo de ópera cantando en falsete. Por último, el camarada Bacciga, genovés, volvió locos a los koljosianos con increíbles ejercicios de prestidigitación.

—El descanso y la televisión han hecho mucho para el mejoramiento cultural de las masas trabajadoras —comunicó don Camilo a Peppone.

—Indudablemente— respondió Peppone—. Sin embargo, creo que, en vez de hacer carteles con ellas, será más conveniente sacar una serie de postales para vender a favor de las obras asistenciales del Partido.

—¿De qué cosa?

—De las fotos sacadas mientras el

reverendo arcipreste, disfrazado, estaba bailando alegremente.

—No hemos terminado aún —replicó sombríamente don Camilo—. Queda todavía mucho camino para llegar a Italia.

Las danzas se habían reanudado y he aquí que se acerca un koljosiano bajito y flaco, cuarentón.

—Camarada —le dijo en voz baja a don Camilo, expresándose en óptimo italiano—. ¿Eres tú el jefe?

—No —respondió don Camilo indicando a Peppone—. El jefe es esa vejiga de manteca. Yo sólo soy el jefe de célula.

—Os lo digo a ambos —continuó el

otro, hablando casi sin mover los labios —. Está por ocurrir una gorda. El camarada romano, si el camarada napolitano no suelta a la chica, se le echará encima y le romperá la cabeza.

Resultaba harto extraño que un koljosiano hablase así, pero era necesario evitar el lío y Peppone salió como un cohete.

Don Camilo empezó a gesticular vuelto hacia el extraño koljosiano, el cual, tras haberle mirado un poco, se echó a reír dando a entender que había comprendido.

—¡Vodka! ¡Vodka! —exclamó.

—Da! Da! —respondió don Camilo.

En el despacho-vodka-

administración pudieron hablar libremente.

—Señor —dijo el koljosiano—, yo soy rumano.

—¿Y cómo es que hablas italiano con acento napolitano?

—Porque soy de Napóles. Era marinero y, a los diecinueve años, en 1939, me topé con una chavala. Venía de Rumania y volvió a Rumania. Me embarqué en un mercante que iba a Costanza. Allí, desesmbarqué y empecé a buscar a la chavala.

El koljosiano abrió los brazos y suspiró moviendo la cabeza.

—¿No la encontraste? —preguntó don Camilo.

—La encontré, sí, pero no llegué en el buen momento.

—¡Demasiado tarde! ¿Casadaya?

—No, demasiado pronto, y soltera aún. Por lo que me casé con ella. Luego, por fortuna, estalló la guerra, llegaron los rusos y, como querían gente para trabajar en los koljós, me presenté voluntario y me fui...

Mientras el extraño koljosiano hacía su informe, Peppone estaba acechando a la camarada Nadia. Al terminar una mazurka, se la quitó al camarada Capece y se lanzó de cabeza al vals que el acordeón atacó pocos instantes después.

—Camarada —le dijo Peppone a la chica con voz grave—, trata de

comprenderme. El camarada Scamoggia es un óptimo activista y está bien preparado, pero aún no posee la suficiente madurez política. Por lo que todavía tiene sedimentos burgueses.

—También lo he notado yo—convino la camarada Petrovna—. Pero creo que puede librarse de ellos.

—De acuerdo. Lo malo es que, esta noche, también tiene esos sedimentos burgueses y, si tú no dejas de bailar con el camarada de la guitarra, lo agarrará del cuello y le dará un montón de puñetazos. Conozco a mis hombres y lo sé con seguridad. No quisiera que la fiesta terminase de manera tan antipática. De todos modos, mi deber

era avisarte.

Terminaron el baile sin hablar más y, al final, se separaron.

Peppone se encaminó decidido hacia el despacho-vodka y don Camilo le puso al corriente de toda la historia.

—Es un pobre muchacho que nunca se ha ocupado de política —concluyó— y pide que le ayudemos. Está en apuros.

Peppone se encogió de hombros:

—Se los ha buscado él —rezongó—. ¿Por qué no se quedó donde estaba?

—Porque también estaba mi mujer —explicó el hombre—. No tenía otro modo de huir de ella. Además, para un napolitano, es más fácil pasar por rumano en Rusia que en Rumania. Yo

estaría muy bien: sé mi oficio, soy el único barbero de la zona y voy de koljós en koljós afeitando y cortando el pelo. Pero mi especialidad es la permanente.

—¿La permanente?

—Comandante: las mujeres son iguales en todo el mundo y, cuando pueden ponerse guapas, renuncian hasta a la comida. Tan pronto las otras han visto a una chica con peinado de parisiense, todas quieren la ondulación. Y la voz ha cundido de koljós en koljós. ¡Me comprenden ustedes!

—Comprendo, sí —exclamó Peppone—. Lo que no comprendo es que pases apuros.

—Comandante, un hombre joven,

solo en la gran Rusia infinita... No se deje engañar usted también por el cuento del amor libre. En Rumania, mil veces me habían hablado del amor libre en Rusia. Trolas: también aquí, cuando un hombre ve que piropeas a su hija o a su esposa, hay bofetadas como para parar un tren. En el primer koljós, lo confieso, me pillaron y me echaron a patadas a otro koljós. Luego, también en el segundo me persiguió la mala pata y pasé, a puntapiés, al tercero. Y así sucesivamente.

—¿Y eso te preocupa? —dijo burlonamente Peppone—. La Unión Soviética tiene ochenta mil koljós.

—Lo malo es que yo sólo tengo un

trasero —explicó con tristeza el koljosiano.

Peppone se tronchaba de risa y don Camilo aprovechó el momento de bonanza:

—Jefe —dijo—, ese pobrecillo habla en broma, pero tiene unas ganas locas de ver de nuevo Nápoles. ¿Por qué no le ayudamos?

—¿Ayudarle? ¿De qué modo? No podemos, ni mucho menos, llevárnoslo a Italia en una maleta.

—No: pero el camarada Rondella ha sido repatriado y tu documento de viaje sigue valiendo para once personas, en tanto que, ahora, sólo somos diez.

—¡Qué locura! —estableció

Peppone—. Con el camarada Oregov que no nos suelta ni un segundo.

—Tendrá que soltarnos un momento u otro.

—No digamos tonterías —atajó Peppone—. Que se quede aquí haciendo su oficio y deje tranquilas a las mujeres de los demás.

—Comandante —protestó tímidamente el koljosiano—. ¿Qué clase de comunismo es ése?

—Sí, de acuerdo, es un tipo gracioso —estableció Peppone—, pero yo no quiero oír hablar más de ese asunto.

Peppone salió.

—Comandante, no me abandone —imploró el koljosiano volviéndose hacia

don Camilo—. Usted no tiene que hacer nada. Dígame tan sólo cuándo y desde dónde se van ustedes. Llegaré a patadas hasta allí: no hay quien pueda parar a un napolitano que quiere volver a ver Nápoles. Tan sólo Dios puede pararlo. Pero Kruschev no es Dios.

Don Camilo, que había sacado copia del programa, le dijo el lugar y el día de la salida.

—Es todo lo que puedo hacer por ti —concluyó—. Ahora, olvida que me has conocido. Yo lo he olvidado ya.

En la sala seguía desencadenado el infierno y Peppone intentaba, desesperadamente, localizar a la

camarada Nadia. Desesperadamente, porque no veía ya ni al camarada Salvatore Capece ni al camarada Nanni Scamoggia.

Por fin, la muchacha salió a flote y entonces la paró.

—¿Entonces?

—He llegado demasiado tarde —confesó la camarada Nadia Petrovna—. Ya habían salido los dos. Les he encontrado cuando todo había terminado.

—¿Dónde está ahora Capece?

—En el henil del establo número tres.

—¿Y Scamoggia?

—En el henil del establo número

tres. Le está poniendo compresas de agua fría en el ojo al camarada Capece.

—¿Nadie se ha enterado de lo que ha hecho Scamoggia?

—Nadie —respondió entre dientes la camarada Nadia Petrovna—. Nadie, excepto el camarada Capece, que se ha ganado un puñetazo en el ojo, y la camarada Nadia Petrovna, que se ha ganado una bofetada.

La camarada Nadia Petrovna se puso tiesa y apretó los puños.

—¿Comprendes? —dijo con voz en la que vibraba la indignación—. ¿Comprendes? ¡Ese bribón ha tenido el valor de abofetearme!

La cosa era grave, porque Nadia

Petrovna no era una ciudadana soviética cualquiera, sino un miembro autorizado del Partido y funcionario estatal.

—Comprendo —dijo Peppone con gravedad—. Y yo te pregunto: ¿quieres que le dé tantos puñetazos como para dejarle peor que un guiñapo, o prefieres que le denuncie al camarada Oregov?

La camarada Petrovna movió la cabeza.

—Por el buen nombre del Partido —respondió noblemente—, hay que saber sacrificar los propios resentimientos personales. Dejémoslo. Ahora está inflado de vodka: cuando se hayan disipado los vapores del alcohol, comprenderá la gravedad de su vulgar y

estúpido gesto.

Peppone balanceó la cabeza.

—Camarada —farfulló—, tal como quiere Lenin, te diré la verdad aunque sea desagradable: Scamoggia esta noche no ha bebido ni una gota de vodka o de coñac. El suyo no ha sido un estado inconsciente de borracho; tenía un motivo y un significado precisos.

La camarada Nadia Petrovna estaba guapísima y los ojos le brillaban como si estuviesen palpitantes de lágrimas. Su mejilla izquierda estaba un poco más colorada que la otra y se la cubrió con la mano.

—Camarada —confesó en voz baja —, es humillante tener que admitirlo,

pero creo que tampoco yo he alcanzado una suficiente madurez política.

Vino don Camilo.

—¿Hay algo que no va? —preguntó.

—No —respondió, perentorio, Peppone—. Todo en regla.

TRES TALLOS DE TRIGO

Por la noche, un viento furibundo, venido de Dios sabe dónde, se había desatado en la gran llanura y su hálito helado había endurecido la tierra empapada por la lluvia.

Don Camilo fue el primero en abrir los ojos al nuevo día. El despertador fueron los ronquidos de Peppone. Los carámbanos de hielo formaban una corteza en los cristales de las

ventanucas sacudidas por el viento: la desmesurada estufa emanaba una suave tibieza y, tumbados en yacijas improvisadas, los ocho «electos», deslomados por la juerga y ahitos de vodka, dormían con sueño de plomo.

También don Camilo, como todos los demás, se había echado vestido en sp jergón, después de quitarse sólo los zapatos, y Peppone estaba en la yacija contigua.

«Si no roncase de ese modo inverecundo —pensó don Camilo, tras haberle contemplado unos instantes—, casi me desagradaría haberle organizado tantos líos.»

Don Camilo efectuó un rápido

control: excepto el camarada Oregov y la camarada Nadia Petrovna, estaban todos presentes, y el camarada Salvatore Capece llevaba una buena compresa en el ojo izquierdo.

«Jesús —imploró don Camilo—, ten piedad de esa pobre gente y trata de iluminar sus mentes llenas de tinieblas.»

Sacó las piernas del catre para ponerse los zapatos, pero cuando se hubo calzado el izquierdo, sin ninguna dificultad particular, al coger el derecho del suelo halló un inesperado impedimento. El cordón debía de haberse enganchado en alguna grieta del suelo de madera y trató de sacarlo de un tirón.

Inmediatamente, el ronquido de Peppone cesó. No fue por causalidad, sino porque el zapato derecho de don Camilo estaba atado con un cordel a un tobillo de Peppone.

—Camarada —comentó con amargura don Camilo, mientras recuperaba su zapato—, no comprendo tu desconfianza.

—Después de la que me ha organizado ante mis ojos —rezongó Peppone, sentándose—, figúrese usted la que puede organizarme cuando duermo.

Salieron del local del soviet y fueron a lavarse la cara en una bomba: soplaba un viento sutil y frío que cortaba

la respiración y mantenía a la gente agazapada en las chozas de techos de paja y madera. Apenas don Camilo v Peppone hubieron terminado más o menos de asearse, el koljós se animó de improviso. En efecto, llegó un camión, y el camarada Oregov y un grupo de koljosianos desembocaron de alguna parte.

Cuando el camión se paró en mitad de la explanada, frente al barracón del soviet, todos lo rodearon, y hasta don Camilo y Peppone fueron a engrosar el corro.

El primero en apearse del camión fue un jovenzuelo, y los demás le ayudaron a descargar una motocicleta;

luego, bajó el chófer, quien fue a recibir instrucciones del camarada Oregov y, al bajarse el cuello de la pelliza, mostró la conocida cara de Stephan Bordonny.

Habían llegado los socorros que el jovenzuelo de la moto había ido a pedir al koljós de Grevinech.

Acudieron el chófer del autocar y la camarada Nadia Petrovna.

—No os preocupéis —explicó a don Camilo y a Peppone la camarada Nadia, tras haber escuchado la discusión entre Stephan y el camarada Oregov—, en el *artel* de Grevinech había la pieza de recambio y todo irá bien.

—Habrá que remolcar el autocar hasta aquí —observó Peppone.

Stephan movió la cabeza y dijo algo en ruso que la camarada Nadia tradujo:

—No es posible. La carretera está helada y el camión es ligero y no tiene bastante potencia. Hace falta efectuar la reparación allí mismo.

—Mi oficio es el de mecánico —se brindó generosamente Peppone—. Si me dais un mono, estaré muy contento de colaborar.

El camarada Oregov encontró la propuesta de su completo agrado. Respondió que apreciaba en su justo valor la oferta de Peppone. La camarada Nadia tradujo y concluyó:

—En seguida tendrás el mono que necesitas, camarada senador.

—Dos —precisó Peppone indicando a don Camilo—. Nos hace falta un ayudante robusto y competente, y el camarada Tarocci, que también es un mecánico experto, es el hombre que nos conviene.

El camarada Oregov aprobó el plan de trabajo y salió en motocicleta hacia Drewinka, donde había teléfono, y desde donde podría avisar a la autoridad competente de la necesaria variación que hubo de sufrir su programa.

—Camarada —dijo Peppone a la Petrovna—, ahora el mando de nuestros hombres te corresponde. Si alguno faltase a sus deberes, actúa sin compasión. Te señalo al camarada

Scamoggia; vigílale porque es peligroso.

—He reflexionado toda la noche sobre la afrenta que me hizo ayer —confesó la camarada Petrovna—. Es algo inconcebible y deberá darme razón de ella.

En los ojos de la camarada Petrovna había una fría determinación. Además, y esto era lo grave, el koljosiano napolitano había aprovechado su despecho para hacerle una ondulación que parecía pintada.

Los mozos ya habían llegado: don Camilo y Peppone subieron a la cabina y el camión arrancó.

La mirada amenazadora de la

camarada Nadia había preocupado profundamente a Peppone.

—Esa mujer —comunicó con cautela a don Camilo— está en un estado de ánimo peligroso. Creo que, si tuviese lo que hace falta, no vacilaría en pintarse los labios y en esmaltarse las uñas.

—Estoy de acuerdo, camarada —respondió don Camilo—. En política, las mujeres siempre son extremistas.

Durante el trayecto, Stephan no abrió la boca y se comportó como si no comprendiese lo que Peppone y don Camilo decían. El camarada chófer del autocar había subido atrás y estaba acostado bajo el toldo que cubría la caja

del camión: pero Stephan, prudentemente, no quería correr riesgos.

Stephan traía consigo todas las herramientas necesarias, y, cuando llegaron junto al autocar abandonado en la solitaria carreterita, en seguida se atareó. La parte trasera del autocar fue levantada rápidamente, pero en seguida se vio que, para colocar las cosas para que los puntales no corriesen el riesgo de resbalar sobre el terreno helado, hacía falta un trozo de viga.

El camarada chófer, invitado a meterse debajo del autocar para iniciar la labor de desmontaje del diferencial, se negó a hacerlo. Tenía razón de sobra,

y Peppone se asombró de que Stephan porfiara y entablase con el jovenzuelo una gran discusión.

Probó a objetar algo, pero el otro no le hizo caso y siguió vociferando; el camarada chófer no aflojó y, en un momento dado, le volvió la espalda y emprendió el camino del koljós.

—Vete al infierno —rezongó Stephan, tan pronto el jovenzuelo hubo desaparecido.

—No se equivocaba —observó amablemente Peppone—. Es peligroso meterse ahí debajo.

—Era el único medio de quitárselo de encima —explicó Stephan.

Las tablas del camión sirvieron

estupendamente para afianzar el apuntalamiento, y el trabajo comenzó.

Mientras, ayudado por Peppone y don Camilo, Stephan se daba maña en aflojar tuercas y quitar tornillos, hablaba en voz baja.

—Aquí —contó—, en estos mismos parajes, se libró la famosa batalla de Navidad de 1941. Los rusos parecían hormigas de tantos como eran, y los italianos tuvieron que replegarse dejando un montón de muertos. Un grupo de unos treinta entre cazadores y artilleros fue cercado y cayó prisionero. Muchos estaban heridos o enfermos: los llevaron a un almacén del koljós vecino del de Tifiz y los encerraron allí. El 26

de diciembre, los italianos reconquistaron la localidad y los encontraron muertos a todos. Los rusos les habían ametrallado. Yo los vi. Era un espectáculo horrendo.

Don Camilo y Peppone seguían trabajando y el viento seco les helaba los dedos.

—Recogimos a todos los muertos y los enterramos —continuó Stephan—. Si camináis mil quinientos metros hacia el Norte, encontraréis una trocha que parte de esta carretera y gira a la derecha. Cien metros antes de llegar a la trocha, siempre a la izquierda, empieza una acequia que en la margen izquierda tiene un gran seto espinoso. Caminando a lo

largo del seto, a unos cien pasos, se encuentra una gran encina, con el tronco cubierto de yedra. El cementerio de los soldados italianos está allí; en aquel recuadro que tiene por lados cien metros de esta carretera, cien metros de trocha, cien metros de foso y la línea, paralela a la carretera, que parte de la encina y se junta con la trocha.

Los tres trabajaron febrilmente durante media hora, sin hablar más.

—Ahora —dijo en un momento dado Stephan—, puedo seguir solo. En caso de peligro, daré un claxonazo. Si apartáis la hiedra, encontraréis algo.

Don Camilo partió hacia el Norte sin un instante de indecisión y Peppone tuvo

que seguirle.

El cielo estaba encapotado y el viento continuaba recorriendo la inmensa llanura desierta.

—Si el viento remite —observó don Camilo de sopetón—, nevará.

—¡Ojalá cayese un alud que le sepultase! —respondió Peppone, jadeando.

Ahora corrían y, de pronto, a su derecha, encontraron la acequia y el gran seto. En el fondo de la acequia, el agua estaba helada y el hielo era espeso. Don Camilo se deslizó dentro de la acequia y prosiguió su carrera hacia la gran encina que alzaba al cielo la

maraña de sus ramas despojadas. Cuando llegaron al pie de la encina, remontaron la margen de la acequia y se abrieron paso en el seto. Y he aquí que, delante de ellos, se les apareció un gran campo y, sobre la tierra parda, la pelusa verde del trigo.

Ambos se quedaron asustados mirando aquella escualidez desesperada, y, luego, don Camilo se rehizo, se dirigió hacia el gran tronco de la encina y removió con mano trémula la hiedra que trepaba por ella.

Había algo grabado en la corteza dieciocho años antes: una cruz y una fecha, «27 XII 1941». Y una simple palabra: «Italia.»

Recompuso las ramas de hiedra.

Peppone, que se había quitado despacio el gorro, se quedó contemplando aquel trigal, acordándose de las rústicas cruces que ya no estaban y de los huesos triturados por la tierra fría, y el hielo del viento le penetraba en el corazón.

Requiem aeternam dona eis Domine et lux perpetua luceat ets...

Se recobró y se volvió: al pie de la encina secular, don Camilo celebraba la Misa de Difuntos.

Una misa bajo la cruz que, dieciocho años antes, la mano de Stephan había grabado en la corteza de la vieja encina.

Deus, cuius miseratione animae

fidelium requiescunt: famulis et famulabus tuis, e ómnibus hic et ubique in Christo quiescentibus, da propitiam veniam peccatorum; ut a cunctis reatibus absoluti, tecum sine fine laetentur. Per eumdem Dominum...

El viento corría por el gran llano desierto y los tiernos planteles de trigo palpitaban.

Peppone recordó un mísero periodicucho que había visto por ahí, y la desesperada invocación de su encabezamiento.

Hijo mío, ¿dónde estás...?

Stephan trabajaba con furor, pero tenía el oído presto a escuchar cualquier

ruido y no le cogerían de sorpresa. Alguien estaba llegando del koljós: aún se hallaba a media milla de distancia, pero en seguida un claxonazo avisó a don Camilo y a Peppone del peligro.

No era el camarada chófer, como había temido Stephan, sino uno de los camaradas italianos. El de las grandes orejas como soplillos. Caminaba despacio y, en cuanto estuvo a su lado, Stephan le dijo:

—Echeme una mano, camarada, mientras vuelven los otros.

El camarada Tavan se quitó el abrigo y se afanó en seguida sin discutir: entretanto, Peppone y don Camilo volvían a la base a todo correr.

Al cabo de un cuarto de hora, estuvieron allí y Peppone se acercó con aplomo:

—Trae eso —intimó, brusco, al camarada Tavan.

El camarada Tavan se limpió las manos con un trapo y se puso el gabán. Giró un poco en torno a don Camilo, que estaba fumándose su medio toscano; luego se armó de valor y le afrontó.

—Camarada —le dijo en voz baja —, si no tienes nada que hacer, quisiera hablarte.

—Ahora tienen que trabajar los técnicos —respondió don Camilo—. Hablemos, camarada.

Se encaminaron despacio hacia el

Norte.

—Camarada —empezó el camarada Tavan, muy cohibido—, tú dices cosas justas y te doy la razón. Pero yerras cuando criticas en bloque a la clase campesina. En la ciudad, los obreros trabajan juntos, están en contacto con el progreso y con la vida política. En el campo, los labradores trabajan aislados y no pueden tener el sentido de la comunidad. Hacerles comprender ciertas cosas resulta duro y no siempre pueden comprender. Pero hay quien ha comprendido y lucha.

El camarada Tavan, con su cara huesuda y morena y aquellas orejas como soplillos, daba un poco de pena y

don Camilo se sintió desarmado.

—Sé que eres un camarada muy eficiente —respondió—. Quizás he hablado imprudentemente, sin pensar que podía ofender tu orgullo de clase.

—Has hablado bien —estableció el camarada Tavan—. La clase campesina es como tú dices, pero cambiará. Ahora es imposible, porque todavía están los viejos. Y los viejos, en el campo, cuentan mucho. Tienen el cerebro lleno de ideas equivocadas, pero, ¿cómo se puede contradecir a gente que se ha pasado la vida matándose a trabajar? El Partido tiene razón, pero los viejos mandan. El Partido habla al cerebro, los viejos hablan al corazón y, muchas

veces, aunque se tengan ideas claras, el corazón hace callar al cerebro.

—Camarada, soy hijo de campesinos y te comprendo —respondió don Camilo—. Ese es el verdadero problema del campo. Y por esto hace falta intensificar la propaganda.

Caminaron un trecho en silencio.

—Camarada —dijo de pronto el camarada Tavan—, yo, mi mujer y mis hijos vivimos con mi padre, que tiene setenta y cinco años, y mi madre, que tiene setenta y tres, en un predio perdido en plena llanura, que nuestra familia conduce en aparcería hace ciento cincuenta años. Mi madre y mi padre van al pueblo una vez por año y sólo

estuvieron una vez en la ciudad. ¿Qué puedo explicarles? ¿Y después de lo que ha pasado?

Don Camilo le miró interrogativamente.

—Camarada —le alentó—, si tienes algo que decir, dilo. Quien te escucha es un hombre, no el Partido.

El camarada Tavan movió la cabeza.

—Tenía un hermano de cinco años menos que yo —explicó—. La guerra se lo llevó. Mi padre se ha resignado, pero mi madre no. Cuando supo que iba a venir aquí, no me dejó en paz. Y hube de jurarle diez veces que haría lo que ella me pedía.

—¿Dónde murió? —preguntó don

Camilo.

—Fue adonde le mandaron, pobre chico. Murió aquí. En la batalla de Navidad del 41.

El camarada Tavan tenía un gato vivo en el estómago y se libró de él.

—Mi madre me obligó a jurarle que haría todo lo que pudiera para encontrar su tumba y para poner esto ante su cruz.

Don Camilo vio agitarse ante sus ojos una candelita.

—Te comprendo, camarada —dijo —. Pero ¿cómo puedes encontrar, en los veintidós millones de kilómetros cuadrados de la Unión Soviética, el trocito de tierra donde está sepultado tu hermano?

El camarada Tavan se sacó del bolsillo una cartera deteriorada y buscó dentro con ansia.

—Ahí está —jadeó, tendiendo a don Camilo una descolorida fotografía—. El cura castrense se la dio a mi madre. Está la cruz con el nombre de mi hermano. Al dorso, está el nombre del pueblo y una planta de la localidad exacta.

Don Camilo miró la fotografía y luego se la devolvió al camarada Tavan.

—¿Comprendes, camarada? —jadeó el otro—. ¡Está precisamente aquí, en esta zona, y yo debo hacer lo posible para encontrarle! Pero ¿cómo puedo preguntarles a esas gentes dónde está el cementerio de los soldados italianos?

Hablando así, habían recorrido un buen trecho de carretera y ya se veía el seto y la gran encina.

—Eso es —explicó, indicando el trigal verde—, ahí está sepultado tu hermano.

Apartó la cortina de hiedra y mostró la cruz y la fecha y la palabra grabada en la corteza.

El camarada Tavan contemplaba el trigal y la mano que apretaba la candelita temblaba.

Don Camilo avanzó unos cuantos pasos por el trigal y, agachándose, hizo un hoyo en la tierra. El otro comprendió y, acercándosele, puso la candelita en el hoyo y la encendió. Se incorporó y se

quedó contemplándola, con el gorro en la mano.

Don Camilo se sacó del bolsillo su navajita y recortó de la tierra parda un terrón con tres tiernos tallos de trigo.

En el bolsillo llevaba el vasito de aluminio que le servía de cáliz. «Encontraré otro», pensó, mientras lo llenaba con el terrón.

—Llévalo a casa de tu madre —le dijo al camarada Tavan, mientras le ponía el vaso en la mano.

Volvieron al ribazo del campo, bajo la encina.

—Puedes persignarte, camarada —dijo don Camilo al camarada Tavan—. Yo también me persigno.

Se persignaron; y, en su hornacina, defendida del viento, la llamita de la candela palpitaba.

Un claxonazo les hizo volver al camino de regreso.

Poco antes de llegar al autocar, don Camilo se detuvo:

—Camarada —dijo con voz grave —, tu madre estará contenta, pero el Partido jamás podría aprobar lo que hemos hecho.

—No me importa un pito —respondió con voz segura el camarada Tavan.

Y movía el vasito que contenía el terrón y los planteles de trigo con infinita delicadeza, como si entre sus


gruesos dedos tuviese algo tierno y viviente.

LA CÉLULA SE CONFIESA

Había poca gente en el tren de Moscú, y don Camilo se encontró muy pronto solo en el compartimiento, porque Peppone, al ver que sacaba el famoso librito rojo de las Máximas de Lenin, se había ido a charlar con la camarada Nadia Petrovna y el camarada Yenka Oregov, quienes habían instalado su oficina en el primer compartimiento del vagón.

Don Camilo dejó el breviario camuflado y se sacó la agenda del bolsillo para completar sus apuntes de viaje: *Jueves, a las ocho horas, Koljós Tifiz-Stephan-Cementerio-Misa Difuntos-Camarada Tavan-A las quince horas: salida en ferrocarril...*

¿Jueves? ¿Solamente jueves?

Le parecía imposible, pero, hojeando la agenda, comprobó y hubo de convencerse de que estaba en Rusia hacía nada más setenta y nueve horas.

Estaba anocheciendo: ni un árbol, ni una casa rompían la monotonía de la inmensa llanura recorrida por el viento. Tan sólo trigales que se perseguían hasta el infinito, y no era difícil imaginarlos

transformados en un palpitante océano de espigas doradas, pero ni siquiera el más deslumbrante sol de la fantasía lograba calentar el corazón helado por aquella tristeza.

Don Camilo pensó en la Baja: en la niebla, en los campos impregnados de lluvia, en las veredas fangosas.

Era otro género de tristeza. Ningún viento, ningún hielo —allá en la Baja— lograban apagar ese calor humano que emanaba de todas las cosas tocadas por el hombre.

Aunque perdido en medio del campo y sepultado por la niebla más densa, un hombre —allá en la Baja— nunca se siente apartado del mundo. Un invisible

hilo le liga siempre a los demás hombres y a la vida y le transmite calor y esperanza.

Aquí, ningún hilo liga el hombre a los demás hombres. Aquí, un hombre es como un ladrillo: junto con los demás ladrillos forma un muro, es parte necesaria de un sólido complejo. Sacado del muro y arrojado en medio de un campo, ya no es nada, se torna una cosa inútil.

Aquí, el hombre aislado se encuentra desesperadamente solo.

Don Camilo se estremeció: «¡Dónde habrá ido a meterse ese desgraciado!», dijo para sus adentros pensando en Peppone.

La portezuela del compartimiento chirrió y entró el camarada Tavan.

—¿Estorbo? —se informó.

—Siéntate, camarada —le respondió don Camilo.

Se sentó enfrente de él: llevaba en la mano un cucurucho de cartulina y, tras unos instantes de vacilación, se lo mostró.

—Faltan sólo dos o tres días —explicó— y es preciso que no padezcan.

Quienes no debían padecer eran tres tallos de trigo colocados, junto con su vasito, en el tubo de cartulina.

—Pueden respirar —añadió el camarada Tavan—. Arriba, el tubo está abierto. ¿Crees que es necesario hacer

algún agujero también en la cartulina?

—No me parece necesario —respondió don Camilo—. Lo importante es que no lo tengas demasiado al calor.

El camarada Tavan dejó con cautela el cucurucho en el asiento, arrimado al respaldo, de modo que quedase derecho.

—¿Y después?-preguntó.

—¿Después de qué?

—Cuando haya vuelto a casa.

Don Camilo se encogió de hombros.

—Camarada, no veo qué dificultad haya en transplantar tres tallos de trigo.

—La dificultad está en mi madre —murmuró—. ¿Qué le diré? Debo decirle: «Este es el trigo que...»

Se interrumpió y miró fuera de la

ventanilla:

—Con veintidós millones de kilómetros cuadrados de tierra —dijo entre dientes—, ¿precisamente necesitaban ese pedacito para sembrar trigo?

Don Camilo meneó la cabeza.

—Camarada —respondió—, quien ha tenido veinte millones de muertos en la guerra no puede fijarse demasiado en los cincuenta o cien mil que le ha dejado en casa el enemigo.

—No es un discurso lo que le puedo hacer a mi madre.

—No debes hacérselo. Deja que tu madre piense en la cruz de madera que ha visto en la fotografía. Dile que has

encendido la candela ante esa cruz. Y de esos tres planteles, haz lo que tu corazón te diga. Si los mantienes vivos y extraes de ellos, con la semilla que te darán, la vida, será como si tuvieses vivo a tu hermano.

El camarada Tavan escuchaba, sombrío.

—Camarada —le preguntó don Camilo cambiando de tono—, ¿por qué me obligas a hacer esos discursos llenos de sentimentalismo burgués?

—Porque me gusta oírlos —respondió el camarada Tavan, recogiendo su cucurucho y levantándose.

Antes de salir del compartimiento, volvió a mirar afuera por la ventanilla.

—Veintidós millones de kilómetros cuadrados de tierra —murmuró—. Y precisamente tenían necesidad de aquel pañuelo de tierra...

Don Camilo no estuvo solo mucho rato: a los cinco minutos, la portezuela volvió a abrirse y apareció el camarada Bacciga.

Se sentó enfrente de don Camilo y, dado que era un tipo duro y expedito, entró en seguida en materia.

—Camarada —dijo—, lo he reflexionado y reconozco que tú tenías razón. Este no era el sitio idóneo para hacer un tráfico de aquel género. Siento también haberte dicho aquellas estupideces en la escalera.

—Debería responderte que también yo me equivoqué llevando la cuestión a la célula, cuando hubiese podido hablarte personalmente, de hombre a hombre. El hecho es que, en los Almacenes, el camarada Oregov te había visto traficar y tuve que intervenir para que él no tomase la iniciativa.

El camarada Bacciga masculló algo incomprensible y luego observó:

—Mientras tanto él se ha apropiado de mi estola, pese a que provenía de una transacción ilícita.

—En compensación, el asunto quedó muerto allí —le consoló don Camilo.

El camarada Bacciga era genovés y, para él, la fe era una cosa y los negocios

otra totalmente distinta.

—Pero ¿quién se ha quedado sin plumas? El camarada Bacciga.

—Quien la hace, la paga, camarada —le amonestó don Camilo.

—Justo; pero ¿quién convence ahora a la persona que me dio las medias para que le trajese la estola de pieles?

El camarada Bacciga rezongó un poco por cuenta propia y luego desembuchó:

—Camarada, hablemos claro, de hombre a hombre. Durante la fiesta de ayer noche, vi la broma que te gastó el jefe y oí decir que tenías una mujer tremenda. Pues bien: si tu mujer es tremenda, mi mujer lo es diez veces

más. Ella me obligó a rellenarme de medias porque es ella quien quiere la estola. Si no le llevo la estola, no me salva ni Togliatti. Camarada: si tu mujer ve las fotos de anoche, pondrá unos ojos así. Pues bien, si yo no le llevo la estola, mi mujer me amorata cuatro ojos, aunque sólo tengo dos. Y ni siquiera puedo hacerla llamar al grupo de barriada, porque es una sucia fascista. Y tiene de su parte a las dos hijas, que son más desquiciadas aún.

—¿También son fascistas? —se informó don Camilo.

—¡Peor! —rugió el camarada Bacciga—. ¡De la «Udi»! Pero de esas «udinas» de asalto capaces de poner los

pelos de punta a un calvo.

—Te comprendo —dijo don Camilo —. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Camarada, yo frecuento a la gente del puerto, porque trabajo en el puerto, y uno que trafica allí siempre se encuentra con algunos dólares en la cartera. Me he traído unos cuantos porque, si América da asco, los dólares funcionan en todas partes. ¿Me explico?

—Hasta cierto punto.

—Camarada, yo, para poder volver a casa tranquilo, estoy dispuesto a sacrificar mis dólares. ¿Puedo hacerlo, o cometo otra inconveniencia?

—No. Si pagas en dólares, no, porque la Unión Soviética tiene

necesidad de dólares para sus compras en el extranjero.

—Me lo imaginaba —exclamó el camarada Bacciga—. Y ya que estamos en el asunto: ¿tienes una idea del cambio?

Don Camilo estaba perfectamente informado.

—Al cambio oficial, por un dólar te dan cuatro rublos. Al cambio turístico, por un dólar te dan diez. La Prensa reaccionaria insiste en afirmar que también existe un mercado negro del dólar y que, por un dólar, te darían hasta veinte rublos: pero, como puedes comprender, se trata de la acostumbrada sucia propaganda antisoviética.

—Naturalmente —aprobó el camarada Bacciga—. Entonces, una vez en Moscú, ¿puedo obrar tranquilamente?

—Estás en tu pleno derecho, camarada.

El camarada Bacciga salió satisfecho, pero don Camilo no consiguió, como hubiese querido, sacar la agenda para tomar nota de los últimos acontecimientos, porque apareció el camarada Salvatore Capece.

Las compresas frías habían surtido efecto y el círculo en torno a su ojo izquierdo era, simplemente, de un azul muy esfumado.

—Camarada —dijo sentándose frente a don Camilo—, el vodka es una

cosa que tú tragas como si fuese grappa y, en cambio, es vodka. Después, pasa lo que pasa, pero cuando ha pasado, ha pasado. ¿Me explico?

Don Camilo hizo signo de que sí.

—Camarada —continuó el otro—, el jefe me ha dicho que, más adelante, ajustaríamos cuentas. Me he ganado un morrón en el ojo y tengo, aquí, detrás de la cabeza, un chichón como una nuez: ¿por qué me queréis fastidiar a mí también? Mi mujer es del Partido y frecuenta la célula: si en la célula se habla de esa tontería, ella se enterará, seguro. Es joven, celosa... Tú puedes comprenderme, camarada, porque, por lo que dice el jefe, tampoco tu señora

está para bromas.

—Vete tranquilo, camarada —le tranquilizó don Camilo—. Yo lo arreglaré todo con el jefe.

El otro se puso en pie de un salto y su rostro se iluminó.

—¡Salvatore Capece! —exclamó, asiéndole la mano y sacudiéndosela—. Si pasas por Nápoles, pregunta por Salvatore Capece. Todos me conocen.

Las cosas, en pocos momentos, se habían puesto ya tan complicadas, que don Camilo necesitaba tomar algunas notas para acordarse de todos los detalles: pero estaba escrito que no lograría sacarse del bolsillo la bendita agenda.

Y, en efecto, apenas hubo salido el camarada Salvatore Capece, cuando entró el camarada Peratto.

Era un piamontés positivo y en seguida fue al grano:

—Camarada —exclamó, en cuanto hubo tomado asiento frente a don Camilo—, anoche se hizo un poco de broma. Cuando se beben cosas fuertes, siempre pasa lo mismo. Pero, ahora, los vapores del vodka han desaparecido. El jefe puede decir lo que quiera: yo soy fotógrafo de profesión y conozco mis deberes: ahí tienes el carrete con todas las fotos que te saqué ayer por la noche mientras bailabas. Haz lo que quieras con ellas.

Don Camilo tomó el carrete que el otro le tendía.

—Te lo agradezco, camarada —respondió—. Es un rasgo muy simpático.

Él camarada Peratto se levantó.

—Es una cuestión de ética profesional —barbotó—. Y de solidaridad: yo también tengo una mujer que, cuanto más vieja se hace, más celosa e irrazonable se vuelve. Le diré, por tanto, al jefe que el carrete se ha velado.

Se fue y, cuando hubo salido, don Camilo alzó los ojos al cielo.

—Señor —dijo—, después de lo que ha ocurrido, casi me avergüenzo de

no tener de veras una mujer vieja y celosa.

Luego, sacó rápidamente su agenda y escribió: La mujer es el opio de los pueblos. No pudo añadir nada más porque, en aquel preciso instante, se presentó el camarada Scamoggia.

Se retrepó en el asiento que estaba enfrente del de don Camilo, encendió un cigarrillo y lo mandó en destacamento a un extremo de la comisura de los labios.

Estaba terriblemente serio y era visible que profundos y angustiosos pensamientos ocupaban su mente.

Don Camilo le estuvo mirando largo rato, hasta que, como el otro no salía de su reserva, sacó la agenda del bolsillo y

se dispuso a completar sus anotaciones.

—¡Camarada!

Don Camilo dejó la agenda.

—¿Alguna pega? —le alentó.

—Camarada, tú sabes lo que ocurrió anoche.

—No te preocupes —le tranquilizó don Camilo—. El camarada Capece ha estado aquí hace un minuto. Todo arreglado.

—¿Capece? ¿Qué tiene que ver Capece? —preguntó, estupefacto, el camarada Scamoggia.

—Tiene que ver, porque el puñetazo en el ojo se lo ganó él —exclamó don Camilo.

—¡Ah! —barbotó Scamoggia. Ya no

se acordaba, y añadió—: No es de eso de lo que quiero hablarte.

—Entonces, no sé nada de nada —explicó don Camilo, quien, la verdad, estaba completamente a oscuras del resto.

Scamoggia echó unas cuantas bocanadas de humo.

—Anoche —confesó— tuve un momento de debilidad y se me escapó un bofetón.

—¿A quién?

—A ella.

Una cosa así, don Camilo no se la esperaba, y, al pronto, no supo qué contestar.

—¡Abofeteaste a la camarada

Petrovna! —farfulló por fin—. ¿Y eso por qué?

Scamoggia abrió los brazos, desolado.

—La camarada Petrovna es una mujer inteligente y comprenderá que habías bebido mucho vodka...

—No había bebido —precisó Scamoggia—. Y ella lo sabe perfectamente. Ahí está lo malo.

Scamoggia tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó. Estaba profundamente deprimido y a don Camilo le dio pena.

—¡No dramatices, camarada! Debe de ser una buena chica...

—¡Lo es! —afirmó Scamoggia, excitándose—. Es guapa, buena y

valiente, y yo no puedo tratarla como a una arrastrada cualquiera. Yo no puedo desilusionarla.

Rusia está tremendamente distante de Roma y don Camilo, pobre y sencillo cura de la Baja, no podía comprender el modo particular de razonar de un chulo del Trastevere.

—¿Desilusionarla? —balbució—. ¿Y por qué?

—¡Amigo! —gritó Scamoggia—. ¿Estás bromeando? Cuando Nanni Scamoggia da un bofetón a una chica, no se lo da, ni mucho menos, porque sí, a humo de pajas. ¿Crees que Nanni Scamoggia es uno de esos bribones que se divierten maltratando a las mujeres?

Don Camilo balanceó gravemente la cabeza.

—Ahora comprendo: tú, en suma, tienes miedo de que la chica se crea que te interesa.

—Eso.

—Mientras que, en realidad, la chica no te interesa por nada. Pero tú no tienes el valor de desilusionarla.

—Precisamente.

—Pues entonces, es sencillo: la dejas con su ilusión en el cuerpo y cuando, dentro de pocos días, te vea marchar, se resignará.

—¡Ella sí! Pero yo no me resignaré.

Don Camilo se dio perfecta cuenta de la gravedad de la situación.

—Amigo —exclamó—, si las cosas están así, yo no puedo darte ningún consejo.

—Por el contrario, me lo puedes dar —replicó Scamoggia—. Tú tienes ideas claras y me puedes encarrilar por el camino justo. Ella y yo hablamos extensamente, anoche, después del baile... ¡No podía dejarla así, sin una explicación!

—Justo.

—Ella, dentro de algunos meses, irá a Roma, donde debe acompañar, como intérprete, a un equipo de funcionarios en gira de instrucción. Y entonces...

Scamoggia titubeó.

—Amigo —dijo mirando a don

Camilo en los ojos—, ¿puedo fiarme de ti?

—Como si hablases al confesor.

—¡Yo nunca iría a contarle a un cura mis asuntos! —se carcajeó Scamoggia.

—Haces bien, camarada. Pero ha habido curas que, antes que revelar lo que alguien les había confiado en el confesionario, se hicieron matar. Si yo fuese cura, sería uno de ésos. ¡Habla!

—Ella irá a Roma —continuó en voz baja Scamoggia—, y estaría dispuesta a no volver nunca a su país, con tal de quedarse conmigo. ¿Podría hacerse una cosa así?

Don Camilo movió la cabeza.

—No —respondió, perentorio—.

Sería una vil traición y el camarada Scamoggia no puede comportarse como un traidor. Tanto más cuanto que existe una solución mucho más natural y limpia.

—¿Cuál es?

—La chica está bien situada y, sin duda, tendrá apoyos importantes en el Partido. Mañana por la mañana estaremos en Moscú y no costará ningún trabajo conseguirte autorización para quedarte aquí y encontrarte ocupación... Muchos lo han hecho así: la Unión Soviética necesita técnicos eficientes y camaradas de fe segura. Una vez te hayas colocado aquí, todo el resto se volverá fácil. Y tú estarás en regla con

tu corazón y con tu conciencia. Y no habrás arrastrado a una loca aventura a una pobre y buena chica enamorada.

El rostro de Scamoggia se iluminó.

—Mi cerebro ya no razonaba y tú me has devuelto al camino justo, ¡que era el más sencillo! —exclamó—. No me arrepiento de haber confiado en ti. ¡Muchas gracias, camarada!

Se fue tras haberle estrechado vigorosamente la mano.

—Señor —susurró don Camilo, volviendo los ojos hacia arriba—, el cometido del camarada buen Pastor es encontrar a la camarada ovejita descarriada para devolverla al redil del Partido.

—Te equivocas —respondió la voz del Cristo—. Ese es el cometido del camarada Demonio.

Pero, tal vez, no era la voz del Cristo: tal vez era el viento que recorría la llanura desierta y afligida.

Don Camilo no indagó y dejó la cuestión en suspenso. Además, en aquel momento llegó Peppone.

—En vez de estarse aquí mirando afuera por la ventanilla, ¿por qué no ha venido usted a hablar un poco con nosotros? —preguntó Peppone.

—Camarada —respondió don Camilo—, un jefe de célula siempre tiene muchas cosas que hacer, si quiere estar a la altura del cometido que le ha

encomendado el Partido.

Peppone le miró con recelo y luego se encogió de hombros. Caray, aunque se tratase del Demonio en persona, ¿qué líos podría armar un cura aislado, encerrado en un compartimiento de un tren que circula por el corazón de la Rusia Soviética?

EN LA ANTESALA DEL INFIERNO

Y he aquí, finalmente, la gran jornada del camarada Peppone.

Habían visitado una colosal fábrica de tractores y un bien provisto koljós. Después, durante veinte horas seguidas, navegaron a bordo del tren, a través de un infinito océano de fértiles campos bien cultivados, formándose una idea de

la inmensa riqueza agrícola y de la eficiencia organizadora de la Unión Soviética: pero aquélla no era la Rusia que podía asombrar a Occidente.

Hasta aquel momento, el Occidente, vergonzosamente favorecido por la casualidad, había tenido buenas cartas, pero ahora la cucaña estaba acabada. Ahora, a Occidente sólo le quedaba abrir mucho los ojos de maravilla y tener cerrada su archimaldita boca.

El moderno, confortable y majestuoso pullman que les transportaba por las amplias y limpísimas calles de Moscú no se parecía ni de lejos al cacharro en el cual habían viajado a lo largo de las fangosas y angostas

carreteras ucranianas. Y, a través de los tersos cristales, no se veían isbas con techo de paja, sino rascacielos de ciento cincuenta y hasta doscientos metros de altura.

Occidente miraba sin hablar y, de vez en cuando, tragaba saliva.

—¡No debéis dejaros sugestionar! —susurró Peppone al oído de Occidente—: ¡Todo es propaganda! Como fuere, si os apetece respirar un poco, podéis daros una vueltecita en torno al Kremlin. Apenas tiene cinco kilómetros de perímetro.

Peppone, excitadísimo, repetía puntualmente a don Camilo las explicaciones de la camarada Nadia, y

en su voz vibraba tanto orgullo como para inducir a creer que Moscú lo hubiese construido él.

El camarada Yenka Oregov, a cada mugido de admiración soltado por Peppone y camaradas, se sobresaltaba de contento. El camarada Oregov no era un frío e indiferente burócrata y, por mil miserables rublos que percibía mensualmente del Estado, daba a la causa fe y entusiasmo por, al menos, diez mil rublos. Se sentía humilde, pero necesario como uno de los cien mil ladrillos que componen el gran edificio de muros macizos.

«Hacen falta cien copecas para hacer un rublo y mil veces mil rublos

para hacer un millón de rublos: la copeca es sólo la cienmillonésima parte del millón, pero, si falta mi copeca, nunca se podrá llegar al millón de rublos.» Así razonaba el camarada Oregov y su razonamiento no era peregrino porque, pese a haber invertido el humilde capital de una copeca, él se sentía millonario.

El camarada Copeca se estremecía, por esto, de justificado orgullo cada vez que Peppone y camaradas emitían un mugido de admiración, y cuando comprendió que los huéspedes estaban ya saciados de cosas bellas, les comunicó, por mediación de la camarada Nadia, que la primera parte de

la visita a la ciudad debía darse por cumplida.

—El camarada Oregov —explicó la Petrovna —dice que, para desentumeceros las piernas, será aconsejable volver a pie al hotel. Son unos pocos centenares de metros.

Bajaron del pullman en una plaza rodeada de majestuosos edificios y echaron a andar.

Como si se acordase en el último minuto de un detalle de importancia secundaria que se le había escapado, el camarada Copeca exclamó de repente:

—¡Ah!

Y luego, tras una rápida media vuelta, fue a meterse por la puerta de

una especie de grande y bajo quiosco que se alzaba en pleno centro de la plaza.

Los demás le siguieron; una escalera mecánica les acogió y les llevó abajo, en las entrañas de la tierra.

—Esto es el Metro —explicó la camarada Nadia, cuando todos hubieron desembarcado de la escalera mecánica...

El Metro de Moscú es el orgullo de la Unión Soviética y, para tener una idea de lo que es, hace falta pensar en una pesadilla asirio-babilónica. Mármoles, cristales, lámparas, porcelanas, mosaicos, estucados, frescos, altorrelieves, bajorrelieves, estatuas, cuadros, cincelados, bronces, platas,

oros: asombra que las alfombras no sean de visón.

Peppone y camaradas se quedaron como fulgurados y el camarada Copeca los contemplaba feliz.

El primero en rehacerse de la sorpresa fue el camarada Scamoggia.

—Camarada —confió en voz queda a la Petrovna—, después de ti, ésta es la cosa más bella que he visto en la Unión Soviética.

La camarada Petrovna, pillada desprevenida, se quedó un tanto perpleja, pero en seguida se rehízo:

—Camarada —amonestó—, no se debe bromear ante esta colosal obra del trabajo y del arte soviéticos.

—Camarada —respondió, formal, Scamoggia—, yo no bromeo.

Por el modo como lo dijo, se comprendía que Scamoggia hablaba en serio, y la camarada Nadia olvidó un instante sus precisos deberes de funcionario del Partido y sonrió como una burguesota cualquiera.

Mientras tanto, Peppone se había pegado a las costillas de don Camilo:

—Camarada —exclamó burlón—, ¿te imaginas qué diría, si estuviese aquí, ese reverendo que conocemos?

El Metro, ahora, rebosaba de gente: los acostumbrados hombres y las acostumbradas mujeres embutidos en ropas ajadas y mal cortadas. Y las

acostumbradas caras tristes.

—Si estuviese aquí —respondió don Camilo—, diría que es mejor comer un bistec en un plato de barro que una cebolla en un plato de oro.

—Eso es bajo materialismo —estableció Peppone perentoriamente.

Pero pensaba en el bistec.

Eran los días del relajamiento; la Unión Soviética no reparaba en gastos y había escogido, para los huéspedes, el hotel más importante de la capital. Una cosa como el Metro, con más de mil habitaciones y grandes salas y salones y saloncitos y ascensores como para no acabar.

Tras el almuerzo, don Camilo fue a retreparse en una poltrona del *hall* y disfrutar del espectáculo de la gente que iba y venía. Un espectáculo extraordinario, porque parecía que todas las razas del mundo se hubiesen dado cita allí, y se veían caras amarillas, negras, marrones, grises, verdosas y blancuzcas con todos los matices intermedios, y se oía hablar en cien lenguas.

Naturalmente, Peppone no dejó solo a don Camilo mucho rato y fue a sentarse a su lado.

—Es una verdadera Babel —observó en determinado momento don Camilo.

—Lo parece —respondió Peppone —. Pese a tener hablas diversas, esos hombres se entienden perfectamente, porque todos razonan de igual modo. Y ésta es la fuerza del comunismo. Esta mañana, usted ha visto el mausoleo de Lenin con toda la gente que aguardaba turno. Una fila que no acaba nunca y que siempre está así, cada día, desde la mañana hasta la noche, porque quienquiera que venga a Moscú, siente la necesidad de rendir homenaje al hombre que ha traído la luz al mundo de las tinieblas, y todos los hombres, desde el congoleño al chino, desde el italiano al groenlandés, han tenido la revelación.

Don Camilo miró a Peppone,

sinceramente admirado:

—Camarada —le dijo—, cuando eras alcalde, ésas cosas no las sabías.

—Las sabía como las sé ahora: el hecho es que no sabía que las sabía. Después, ha venido la introspección y, entonces, las he hallado y puntualizado. En suma, con Lenin sucede lo que sucedía cuando estaba de moda Cristo. Con la diferencia de que, mientras en el caso de Cristo se trataba de superstición, aquí se trata de razonamiento. La verdad estaba en la naturaleza, pero oculta por la oscuridad. Lenin encendió la antorcha que la puso a la luz y todos han podido verla. Por esto, quien viene a Moscú, siente la

necesidad de pagar su tributo de reconocimiento a Lenin.

—Pero, en el mausoleo, junto con Lenin —se informó don Camilo—, ¿no está también otro tío?

—Está y no está —respondió Peppone—. Como fuere, la gente hace cola ante el mausoleo para rendir homenaje a Lenin. Por lo demás, ya lo verá usted.

—No lo veré —dijo don Camilo moviendo la cabeza.

—Dentro de poco, iremos todos al mausoleo —replicó Peppone—. Lo hemos decidido con el camarada Oregov.

—Yo no tengo ninguna deuda de

agradecimiento que pagar —explicó don Camilo—. Yo no sigo la moda y, para mí, todavía es válida la revelación de Cristo.

Peppone se burló:

—Un jefe de célula tiene deberes precisos a los que no puede sustraerse.

—Pero un párroco los tiene más precisos aún —replicó don Camilo.

Acordándose precisamente de aquellos deberes, se sacó del bolsillo una postal y, acercándose una mesita, se dispuso a escribir en ella.

—¡Espero que no me organizará bribonadas! —barbotó, preocupado, Peppone.

—¿Acaso un camaráda, en su

ciudad, no puede tener un amigo que habita en la plaza del Obispado?

—¡Pero si en la plaza del Obispado sólo está el Obispado! —exclamó Peppone.

Don Camilo le tendió la postal:

—Como ves —explicó—, he aprovechado el hecho de que en la plaza del Obispado está sólo el Obispado para dirigir la postal a un no menos calificado «señor» que tiene el mismo nombre y apellido del obispo.

Peppone echó una ojeada a las señas y devolvió la postal a don Camilo.

—¡No quiero saber nada de sus trapícheos personales!

—Camarada —le aconsejó don

Camilo—, yo, en tu lugar, la firmaría.

—¡Usted está loco! —respondió Peppone.

—¿Y si, mañana, se volviese a poner de moda Cristo? —insinuó arteramente don Camilo.

Peppone agarró la pluma, garabateó su nombre debajo del de don Camilo y devolvió la postal.

—Lo hago porque, aunque sea un cura, nuestro obispo es un hombre simpático —explicó—. Por nada más.

Don Camilo se levantó y fue a meter la postal en el buzón que estaba colgado de una columna del hall. Cuando volvió a la base, se encontró con todo el equipo completo.

—Según vuestro deseo —explicó la camarada Nadia—, visitaremos el mausoleo de Lenin.

Don Camilo se encaminó junto con los demás, pero ni siquiera llegó fuera del hotel, porque tropezó y se torció un pie.

Trató de seguir al equipo pero, si Peppone no le llega a sujetar, se hubiese caído cuan largo era.

—Quédese y llame al médico del hotel —le dijo la camarada Nadia—. Debe de tratarse de una leve distorsión.

Don Camilo demostró ser presa de una tan angustiosa humillación, que el camarada Oregov se vio obligado a hacerle, por mediación de la intérprete,

un largo y afectuoso discurso para consolarle.

—Tendrás posibilidad de visitar el mausoleo cuando vuelvas —hizo decirle al final.

Entonces don Camilo se resignó y, cojeando, volvió a sentarse en su poltrona.

Luego, se hizo un ligero masaje en el tobillo y, como simplemente había fingido tropezar, en seguida se sintió mejor y, sacándose del bolsillo el famoso librito de las *Máximas* de Lenin, se sumió en la lectura.

Así transcurrió una buena media hora, y, absorto como estaba en sus

pensamientos, don Camilo olvidó por un instante que era el camarada Tarocci.

En aquel preciso, exacto momento, una voz le llamó discretamente:

—Reverendo...

Había caído en la trampa como un mirlo y ni siquiera intentó remendar el estropicio.

En el sillón contiguo al suyo, donde poco antes se sentara Peppone, estaba un hombre flaco y moreno de unos cuarenta años. No era una cara nueva, y el nombre le vino en seguida a los labios:

—¡Comassi!

El hombre había desplegado ante sí la *Pravda*. Se inclinó hacia don Camilo y fingió traducirle y comentarle un

artículo de la primera plana. Lo hacía con gran naturalidad y don Camilo le secundó en la comedia.

—Tan pronto entré —dijo el hombre —, le reconocí, aunque vista de paisano.

—Me interesaba ver Moscú —explicó don Camilo—, pero no podía, ni mucho menos, venir vestido de cura.

—Ah —barbotó el hombre—, ¡todavía es usted cura!

—¡Claro! ¿Qué podría ser, si no?

—En estos últimos tiempos se ha visto a tanta gente cambiar de camisa...

—Mi camisa es de una tela que no se puede sustituir. Y tú, ¿cómo es que te encuentras aquí?

—Estoy de paso, con una comisión

de camaradas checoslovacos. Trabajo en Praga. Me voy mañana.

—Tras haberme denunciado como espía del Vaticano, ¿verdad?

El hombre sacudió la cabeza:

—Don Camilo, usted sabe que yo no soy ningún bellaco.

Los Comassi del Castelletto eran buena gente y de iglesia: sólo el joven Athos se había descarriado.

La historia del joven Comassi se parecía a mil otras: el 8 de septiembre del 43, una vez tirado a un lado el uniforme militar, volvió a su casa. Tenía veintidós años y, cuando vino la orden de presentarse de nuevo al cuartel, el chico se echó al monte.

No se supo nada más de él; reapareció en abril del 45, cuando los guerrilleros bajaban de las montañas, y muchos que se habían quedado en el llano, pero que habían tenido el tino de dejarse crecer la barba, se mezclaron con ellos.

El joven Comassi volvió al pueblo con un gran pañuelo rojo al cuello y, como se había convertido en un jefe, tomó el mando de las operaciones que, sobre todo, consistían en ir a sacar de sus madrigueras a los agrarios y a hacerles escupir dos o tres billetes de a mil por cada hectárea de su propiedad.

Hubo peleas y faltó poco para que no ocurriesen estropicios irreparables.

En un viejo caserón perdido en plena llanura del Castelletto habitaban los condes De Mossoni: llevaban vida retirada desde hacía años y, en total, eran cuatro: el conde, de setenta y cinco años, la condesa, de setenta, una doncella de cincuenta y un chucho de edad imprecisa.

Una mañana, el aparcero que traía la acostumbrada cántara de leche al caserón de los Mossoni tiró vanamente del cordón de la campanilla. Como la puerta estaba entornada, entró. No encontró alma viviente.

En la gran cocina estaba sólo el chucho, que aullaba acurrucado en un rincón y no se movía de allí ni

arrastrado a la fuerza. Llegó más gente y se descubrió que el chucho defendía la tapa de un antiguo pozo a flor de tierra.

El conde, la condesa y la doncella estaban dentro del pozo. Alguien, durante la noche, había vaciado la caja de caudales escondida detrás del gran cuadro del salón y había liquidado a señores y servidumbre.

Por lo menos diez personas habían visto al joven Comassi salir del pueblo, de noche cerrada, junto con tres de sus perdonavidas en un «mil cien» negro conducido por un forastero.

Alguien les había visto llegar al caserón de los condes De Mossoni: los tres perdonavidas se habían quedado de

guardia fuera del caserón y no se movieron de allí; sólo entraron Comassi y el chófer.

No perdieron mucho tiempo. Al cabo de veinte minutos, toda la partida montó en el coche y abandonó el caserón.

Después, a la mañana siguiente, se descubrió lo ya relatado.

Soplaban feos aires, en la Baja, y quien había visto olvidó haber visto y el triste suceso quedó enterrado. Pero, de improviso, en enero de 1948, cuando comenzó el bombardeo propagandístico para las elecciones de abril, en las esquinas del pueblo aparecieron grandes carteles que explicaban, con pelos y

señales, la historia de los condes De Mossoni, con una pila de nombres, para demostrar qué clase de gente eran los rojos que querían subir al poder.

Los tres perdonavidas no sabían nada de nada y demostraron con testimonios que ni siquiera habían entrado en el caserón. Ninguno de ellos conocía al chófer, un tío venido de fuera. En cuanto al jefe de la banda, por mucho que se le buscó, no pudo ser hallado.

Desaparecido, como borrado de la faz de la tierra.

Y ahora, al cabo de once años, allí estaba, sentado al lado de don Camilo.

Don Camilo miró a Comassi.

—¿Qué haces en Praga? —preguntó.

—Parece ser que tengo buena voz y me hacen leer las noticias en la radio, en la emisión para Italia.

—¡Bonito oficio! —barbotó don Camilo—. ¿Lo saben los tuyos?

—No lo sabe nadie y me gustaría que mi madre y mi padre oyesen mi voz —dijo el hombre.

—Bonito consuelo para aquellos pobrecitos. Deja, al menos, que te crean muerto.

El hombre movió la cabeza:

—Deben saber que estoy vivo —exclamó—. Por esto, en cuanto le he visto, me he acercado a usted. Es Dios quien le envía.

—Dios. Ahora te acuerdas de Dios.

Cuando mataste a aquellos pobrecitos no te acordabas de Dios.

El hombre se volvió bruscamente, como si quisiese decir algo.

Luego lo pensó mejor:

—Comprendo —dijo—. No puedo pretender que me crea. Pero usted es un sacerdote y no puede negarse a escuchar a un cristiano que pide confesarse.

El gran hall del hotel rebosaba de gente de todas las razas y lenguas. Rostros amarillos, rostros negros, rostros color chocolate iban y venían hablando en voz alta. Parecía la antesala del infierno, pero Dios también estaba allí. Sobre todo, allí.

Tan verdad es que la voz del Cristo

resonó al oído de don Camilo:

— *Púlsate et aperietur vobis*...

Don Camilo se persignó y también se persignó Comassi: se persignaron con estudiada lentitud, porque cien ojos infieles estaban al acecho, al otro lado de la cortina de la Pravda.

—Oh Dios de infinita Majestad, he aquí a tus pies al traidor que ha vuelto a ofenderte..., pero ahora, humillado, te pide perdón... Señor, no me rechaces. No desprecies a un corazón que se humilla... *Cor contritum et humiliatum non despides*.

A medida que don Camilo le recordaba la plegaria, Comassi repetía con un hilo de voz las palabras que le

susurraba don Camilo.

Luego, dijo lo que debía decir y parecía que sacase las palabras del periódico, cuando las sacaba de su corazón.

—...entramos y les amenazamos con la pistola. No querían decir dónde estaba el escondrijo, pero después lo dijeron. El otro me dijo que fuese al salón, en el piso de arriba, a coger el dinero y el oro mientras el vigilaba a las dos mujeres y al viejo. Cuando bajé, el otro estaba solo. Se quedó con todo. El dinero servía a la Causa... Después, cuando el asunto salió a relucir, me hicieron escapar...

—¿Por qué no te justificaste?

—No podía; el otro era un pez gordo del Partido.

—¿Por que no te justificas ahora?

—No puedo: aún se ha vuelto más importante. Para el Partido sería un escándalo enorme.

—Y tú, después de lo ocurrido, ¿aún tienes consideración para tu condenado Partido?

—No: tengo miedo. Si abriese la boca, me liquidarían.

—¡Su nombre!

Comassi titubeó, pero luego dijo el nombre, y se trataba de un nombre tan importante que le cortó la respiración a don Camilo.

—Nadie debe saber nada de cuanto

le he dicho, pero quiero que mi madre y mi padre sepan que no soy un asesino. Usted puede convencerlos. Que me escuchen: no por las cosas que digo, sino para oír mi voz. Me parecerá estar vivo porque, ahora, me parece ser un muerto que clama en el desierto.

Buscó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre lacrado que metió cautamente en el bolsillo de don Camilo.

—Aquí está toda la historia, firmada por mí —dijo—. No debe usted abrir el sobre: ¡actúe de modo que el otro sepa que lo tiene usted y que yo quiero volver a casa!

Comassi había palidecido y la

desesperación vibraba en su voz.

— *Ego teabsolvo...*

Comassi había recobrado su calma.

Dobló el periódico cuidadosamente y se lo tendió a don Camilo.

—Guárdelo como recuerdo. Jamás un sacerdote tuvo confesionario más extraño... Olvide lo que le he dicho a propósito de la carta: ha sido un momento de debilidad. No hay nada que hacer. Nadie puede volver atrás.

—Nada está dicho, camarada —respondió don Camilo—. Dios, si no me equivoco, también tiene sucursal en Praga. Dios está bien organizado. Tu padre y tu madre te escucharán. Yo también te escucharé. No por las

estupideces que dirás, sino por oír tu voz.

Comassi se levantó:

—Dios —susurró—. ¿Quién podía haber pensado nunca que alguien me hablaría de Dios en este infierno?

—Dios tiene sucursales en todas partes, camarada —repitió don Camilo—. Hasta en Moscú. Dios está bien organizado, es una vieja empresa, pero siempre eficiente.

EL DULCE CAFÉ DE LA CAMARADA NADIA

—Camarada, estoy en apuros —dijo Scamoggia.

—Cada cual tiene los suyos y se aguanta —le respondió don Camilo.

—No se trata de apuros míos —explicó Scamoggia—. Es una pega que

me han endosado a mí y que yo debo pasártela a ti, que eres mi inmediato superior. Luego, tú se la pasas al jefe y el jefe a quien crea mejor, según la vía jerárquica.

Don Camilo, que, aburrido de la Babilonia del hall, se había retirado a su habitación y echado en la cama, se levantó:

—Si se trata de una cuestión oficial —dijo—, siéntate y habla.

Scamoggia se encogió de hombros:

—Yo te cuento cómo están las cosas. Tú, luego, establecerás si se trata de un asunto oficial o no. ¿Conoces al camarada Gibetti?

—Claro que le conozco —exclamó

don Camilo.

En verdad, don Camilo, del camarada Gibetti sólo sabía lo que había leído en la hoja de ruta de Peppone: toscano, cuarenta años, electrotécnico, jefe de formaciones guerrilleras con muchas acciones importantes en su haber, activista preparadísimo, muy eficiente, más que seguro.

Mucho y nada, en definitiva, pues el camarada Gibetti era uno de los tres «electos» que jamás habían puesto las cartas boca arriba. Como el siciliano Li Friddi y el sardo Curullu, el camarada Gibetti siempre se había comportado muy herméticamente, controlando con

suma diligencia todos sus gestos y palabras.

—Gibetti me gusta —continuó Scamoggia—. Es un duro, como tú y yo, un hombre de acción que habla poco. En la montaña hizo cosas grandes, arriesgando mil veces el pellejo.

—Lo sé —afirmó don Camilo.

—¿Sabes, también, que durante la guerra combatió aquí, en los parajes de Stalin?

—Visto como se comportó desde septiembre del 43 en adelante —exclamó don Camilo—, eso no significa nada.

—De acuerdo, camarada —replicó Scamoggia—, no significa nada. Pero,

en el caso de Gibetti, significa algo.

—¿Por ejemplo? —preguntó don Camilo.

—Por ejemplo que él, en aquellos tiempos, tenía veintitrés años y, por lo tanto, pese a la propaganda, se sentía inclinado a confraternizar con el enemigo. Y cuando el enemigo es un magnífico ejemplar de muchacha con diecisiete años, comprenderás que sólo es cuestión de un momento exagerar en la confraternización... Total, que exageraron ambos, y luego vino la retirada, y usted lo pase bien...

Don Camilo abrió los brazos.

—Camarada, no es una bonita historia, pero la guerra está llena de

tristes historias como ésa. En todas las partes del mundo hay chicas que, por una razón u otra, han confraternizado un poco demasiado con soldados extranjeros de paso.

—Sí —adimitió Scamoggia—, pero es difícil encontrar a uno de esos ex soldados de paso que, al cabo de diecisiete años, piense todavía desesperadamente en la chica extranjera con la cual confraternizó en la guerra. Y Gibetti es uno de esos fenómenos.

El camarada Scamoggia contempló en silencio el humo de su cigarrillo, y luego prosiguió:

—Me lo ha contado todo. Quería llevarse a la chica. La hizo disfrazar de

soldado y, con la ayuda de los compañeros, lograron recorrer un buen puñado de kilómetros. Luego tuvo que mandarla atrás, porque su unidad estaba a punto de ser copada por los rusos y él no quería que la chica corriese el riesgo de recibir un balazo. Le dio toda la galleta y las latas de carne que pudo espigar entre los compañeros y la dejó en una isba desmantelada, ordenándole que se escondiese allí y aguardase. Si hubiesen conseguido liberarse de la bolsa, habría ido a recogerla. «Si, en cambio, ves que nos rechazan o nos capturan —le dijo—, espera a que todo esté en calma y vuélvete a casa. Si te descubren, explica que unos soldados

italianos te raptaron.»

»La batalla duró tres días y fue muy dura, pero, al final, los rusos tuvieron que retirarse para no quedar copados a su vez. Gibetti encontró la isba, pero no a la chica. Regresó a Italia con la espina de la chica clavada en el corazón. Después del 8 de septiembre, se echó al monte, donde hizo lo que sabemos, siempre con el recuerdo de la chica en la cabeza y con la idea de volver y de encontrarla. Después de la guerra, el asunto era delicado, aunque él no había armado la guerra con Rusia. Sólo logró hacer expedir cuatro o cinco cartas desde Moscú aprovechando el viaje de algún camarada a Rusia. Quizá las

cartas no fueron echadas al correo, quizá no llegaron a destino: el hecho es que nunca tuvo respuesta. Por fin, después de diecisiete años, se le ha presentado la ocasión de venir personalmente a Rusia, y en el momento más favorable.

»En el primer programa, iba incluida una visita a Stalino: la chica habita en una aldea cercana a Stalino y Gibetti, cuando partimos, estaba seguro de salirse con la suya. Después, al cambiarse el programa, se ha encontrado apurado hasta los ojos y se ha confiado a mí. Me ha contado toda la historia. "Tú tienes confianza con la camarada Nadia —me ha dicho por fin—, mira a ver si puede recomendarme. Yo quiero

quedarme aquí: estoy decidido a todo, con tal de encontrar a la chica."

»He contestado que eso corría de mi cuenta, y después me habría comido la lengua. Lo he contado todo a la camarada Nadia, de pe a pa. Tiene una mente clara y ha establecido que, antes que nada, era necesario saber la situación de la chica. Le he dado el nombre y la dirección de la chica, y ella ha escrito inmediatamente a un amigo que es un pez gordo en Stalino.

Scamoggia se interrumpió. Se sacó del bolsillo una cuartilla escrita a máquina y la tendió a don Camilo, explicando:

—Hoy ha llegado la respuesta.

Don Camilo dio unas vueltas a la cuartilla, moviendo la cabeza.

—Para mí es como si no fuese nada —barbotó—. No sé ruso.

—Hay también una traducción italiana —añadió Scamoggia, alargándole otra cuartilla escrita con lápiz.

Decía poco: la chica había sido descubierta en una isba cerca de las líneas enemigas por un destacamento soviético motorizado. Vestía capote militar italiano: dijo que había conseguido escapar de los italianos, quienes se la llevaron consigo al retirarse de la aldea de K. Trasladada a K. y entregada al jefe local, la chica fue

acusada de haber seguido voluntariamente al enemigo. Fue procesada, acusada de colaboracionismo, y fusilada.

—Yo —afirmó rotundamente Scamoggia—, a Gibetti no me atrevo a decírselo. Tú haz lo que te parezca, camarada. Si consideras oportuno hacerle saber que los rusos le mataron a su chica, díselo. Si no se lo dices, ten presente que él está dispuesto a todo, hasta a huir, con tal de quedarse aquí. Yo me lavo las manos.

El camarada Scamoggia se fue, dejando, solo a don Camilo.

¡Podéis figuraros si, precisamente en la Unión Soviética, no habrá dando

vueltas pequeños emisarios del demonio!

Don Camilo se encontró en seguida con uno de ellos entre las piernas, que le tiraba del borde de la sotana que él, espiritualmente, siempre llevaba puesta: un maldito diablillo que se afanaba en sugerirle:

—¡Ánimo, reverendo, liquida también al camarada Gibetti!

Don Camilo se libró con un puntapié del pequeño Satanás y, como en aquel momento Peppone entraba en la habitación, se encaró con él:

—Camarada —le dijo, poniéndole en las manos las dos cuartillas, *ubi maior, minor cessat*—. Como me lo han

dado, te paso el paquete.

Luego, dado que las dos cuartillas no bastaban para esclarecer el asunto, don Camilo explicó a Peppone toda la historia con pelos y señales, y, al final, Peppone cerró con dos vueltas de llave la puerta y se desahogó:

—¡Diez! —rugió—. ¡Diez que debían ser los mejores de los mejores! Rondella viene a Rusia, arma líos y se hace reexpedir a casa; Scamoggia viene aquí con perfume en el bolsillo para hacer el Casanova. Capece, para hacerle la competencia; Bacciga, para hacer estraperlo; Tavan, para poner una candelita sobre la tumba de su hermano; Peratto, para sacar fotografías que

entregar a *l'Unitá* y hacer otras para vender a los puercos periódicos capitalistas (¡él cree que me la está dando con queso, pero yo me he dado cuenta!), y, ahora, también Gibetti, ese que parecía el camarada modelo, descubre las baterías. Pero ¿será posible que ninguno de los diez haya venido aquí sólo porque le interesaba ver la Unión Soviética? ¿Todos, entonces, tienen malditos intereses personales?

Don Camilo trató de consolarle:

—Eres injusto, camarada: Curullu y Li Friddi parecen camaradas llenos de fe sincera y desinteresados.

—¡Vaya unos! Dos macacos que no

abren nunca la boca y ni siquiera te dan los buenos días para no comprometerse.

—Te olvidas del camarada Tarocci —insistió, despiadado, don Camilo.

—¿Tarocci? —farfulló, perplejo, Peppone—. ¿Qué Tarocci?

Luego se acordó y, plantándose con las piernas abiertas ante don Camilo, le agitó ante la nariz un índice trémulo de indignación:

—Usted —jadeó—, usted quiere hacerme volver a casa con el corazón enfermo.

Le faltó el aliento y se desplomó sobre la cama.

Había perdido toda su agresividad y le costaba hablar con ilación.

—Me ha chantajeado —dijo—, me ha metido en un feo asunto que, si llegase a saberse, me pondría en ridículo ante todo el mundo. Desde que le encontré en el tranvía, en Roma, estoy viviendo las peores horas de mi vida. Desde aquel momento, todas las veces que le veo abrir la boca, se me para el corazón. La comida se me atasca en el estómago como si fuese cemento. De noche, paso de una pesadilla a otra, y, por la mañana, me levanto con todos los huesos molidos.

Peppone hizo una pausa para secar el sudor que le empapaba la frente:

—Si quiere arrojarme al suelo para divertirse, diviértase: estoy en el suelo.

Don Camilo nunca había visto a Peppone con aquel triste aspecto. Tampoco había pensado nunca en que Peppone pudiese llegar a aquel extremo y sintió una pena como nunca había sentido.

—Dios es testigo de que nunca he pensado en hacerte daño —exclamó.

Peppone volvió a secarse el sudor.

—Pues, entonces, ¿por qué me ha obligado a representar esa sucia comedia? ¡Ahora ya no hay telón de acero! Ha visto usted por ahí forasteros de todas las razas. ¿No podía haberse disfrazado de hombre y venir aquí por su cuenta, como turista? ¿El dinero? Se lo habría dado yo: de esta manera, aun

sin haber desembolsado ni un céntimo, el chantaje me ha costado cien mil veces más. Y aún no se ha acabado... ¿O es que quería usted tener la satisfacción de venir a curiosear malignamente a expensas de la Unión Soviética?

Don Camilo movió la cabeza:

—No: yo no quería ver Rusia con los ojos del turista. Me interesaba verla con tus ojos. Con vuestros ojos. Una cosa es ver la ópera desde un palco o la platea, y otra es verla entre los comparsas del coro. Camarada, una de dos: o, al hacerte senador, volcaste el cerebro en el montón del Partido, o bien debes admitir que yo he obrado así por una razón honesta, no por maldad.

Peppone se levantó, y se acercó al escabel en el que estaba su maleta y alargó la mano para abrirla, pero en seguida la apartó, volviendo, desconsolado, a la base de partida.

—¡Hasta me ha privado del consuelo del coñac! —exclamó con amargura—. ¿Qué cree haber ganado regalándoselo al camarada Oregov?

—Nada —reconoció don Camilo—. Al revés, he perdido, porque ahora me toca darte del mío.

Una botella de coñac añejo salió de la maleta de don Camilo y, tras haber tragado un buen copazo, Peppone superó su crisis.

—¿Entonces? —se informó don

Camilo, mostrándole las dos cuartillas —. ¿Qué has decidido hacer?

—Apáñeselas como pueda —respondió Peppone—. Yo no sé nada y no quiero saber nada.

Don Camilo salió y encontró al camarada Gibetti en su habitación. Estaba solo. No se anduvo por las ramas:

—El camarada Scamoggia tenía que traerte una mala noticia y no se ha sentido capaz. Te la traigo yo.

Gibetti, que estaba tumbado en la cama, se levantó de un salto.

—Olvida a aquella chica —le dijo don Camilo—. Está casada y tiene cinco hijos.

—Es imposible —exclamó Gibetti.

—Camarada, tú sabes ruso, ¿ verdad?

—No.

—Pues ¿cómo te las arreglabas para... confraternizar con la muchacha?

—Nos comprendíamos sin hablar.

—¿Y cómo te las arreglaste para mandarle las cartas?

—Sabía cómo se escribe su nombre y el de su pueblo y aprendí a escribir: «Te recuerdo siempre. Volveré. Contéstame.» Ella tenía mi dirección.

Don Camilo se sacó la cuartilla escrita a máquina del bolsillo y se la tendió.

—Ahí está el informe que mandaron

de allí —explicó—. Puedes hacértelo traducir y encontrarás lo que te he dicho.

Gibetti recorrió ávidamente las pocas líneas:

—El nombre es el suyo, y también es exacto el del pueblo —exclamó.

—También es exacto el resto que te he dicho yo. De todos modos, si no lo crees, una vez en casa, te será fácil comprobar.

Gibetti dobló cuidadosamente la cuartilla y se la metió en la cartera.

—No haré comprobar nada —exclamó—. Me fío de ti. Es imposible, pero cuando una mujer me trastorne el cerebro, miraré ese papel y todo se me pasará.

Sonrió con tristeza.

—Camarada —continuó, tras un instante de vacilación—, ¿tú conoces mi hoja de servicios?

—Sí.

—Pues bien, quiero decirte una cosa en confianza. He hecho todo lo que he hecho (y muchas cosas no debía haberlas hecho), sobre todo por ganarme el derecho a volver aquí y encontrar a la chica. Ahora, según tú, ¿cómo debería conducirme?

—Continúa combatiendo por la Causa.

—Mi causa se llamaba Sonia y ya no es mía, sino de otro.

Don Camilo se encogió de hombros:

—Reflexiónalo con más calma, camarada —le aconsejó—. A fin de cuentas, yo, ahora, he hablado como amigo, no como camarada. El camarada no sabe nada de este asunto.

—Lo malo es que lo sé yo —barbotó Gibetti, tumbándose de nuevo en la cama.

Se reunieron en torno a la mesa, para cenar, y estaban todos, excepto Gibetti, quien mandó decir que le dolía el estómago.

El camarada Oregov estaba particularmente satisfecho porque todo había funcionado de la mejor manera.

El camarada Bacciga, que se sentaba

al lado de don Camilo, en un momento determinado halló el modo de comunicarle con cara reservadísima:

—Hecho, camarada.

—¿Y cómo lograrás pasar la aduana, una vez en Italia? —se informó, con pareja discreción, don Camilo—. Resulta difícil hacer pasar una estola de visón por un indumento masculino.

—La coseré en la solapa del paleto. Un millón de paletos masculinos tienen solapas de pieles. Los periódicos reaccionarios, como de costumbre, cuentan mentiras.

—No lo pongo en duda —respondió don Camilo—. Sin embargo, no comprendo qué tienen que ver con tu

caso.

—Tú me dijiste que, según la Prensa reaccionaria, en Moscú pueden conseguirse veinte rublos por un dólar. Pues bien, es mentira. Por un dólar me han dado veintiséis.

El vodka comenzaba a circular y la conversación iba haciéndose cada vez más animada.

—Camarada Tarocci —dijo, en un momento determinado, Scamoggia a don Camilo—, te has perdido mucho no viniendo con nosotros. La visita al mausoleo de Lenin ha sido algo inolvidable.

—Tiene razón —aprobó el camarada Curullu, quien se sentaba en

los parajes inmediatos—. Encontrarse allí, donde reposa Stalin, causa cierto efecto.

No hay que hablar de Stalin en casa del destalinizado, y don Camilo intervino con mucha diplomacia:

—Forzosamente —exclamó—. Recuerdo la impresión que tuve en París al ver la tumba de Napoleón. Y Napoleón no era más que un pobre hombrecillo comparado con un coloso como Lenin.

El camarada Curullu, espoleado por la camarada vodka, no estaba dispuesto a renunciar a nada:

—Stalin —afirmó sombríamente—, Stalin: ése es un coloso.

—Bien dicho, camarada —exclamó, más sombrío aún, el camarada Li Friddi —. Un coloso. Stalin hizo la grandeza de la Unión Soviética. Stalin ganó la guerra.

—Hoy, entre los trabajadores que aguardaban para entrar en el mausoleo —comunicó el camarada Curullu, tras haber trasegado un vaso de vodka—, había también turistas americanas, vestidas como en carnaval. Parecía que esperasen para asistir a un estreno de Marilyn Monroe. Cretinas charlatanas...

—Bien dicho, camarada —le aprobó Li Friddi—. Me dieron asco. Moscú no es Montecarlo. No se va a Moscú como quien va a Capri.

—Con Stalin, aquellas cornejas no habrían venido a graznar aquí —estableció el camarada Curullu—. Con Stalin, los capitalistas temblaban de miedo.

Por mucho que Peppone, loablemente ayudado por la camarada Nadia, tratase de distraer al camarada Oregov, llegó un momento en que el camarada Oregov enderezó las orejas y la camarada Petrovna tuvo que explicarle de qué estaban discutiendo los camaradas de la otra vertiente. Entonces, el camarada Oregov apretó las mandíbulas, prestó atención y la camarada Nadia se vio obligada a traducirle todo, palabra por palabra.

Peppone lanzó con los ojos un angustioso SOS a don Camilo.

—Camaradas —intervino con calma don Camilo, dirigiéndose a los dos isleños—, nadie pone en duda los méritos del hombre. Si acaso, se pone en duda la oportunidad de hablar de él en este momento.

—¡Siempre es oportuno decir la verdad! —exclamó, terco, el camarada Curullu—.Y la verdad es que hoy, aunque la Unión Soviética haya conquistado la Luna, en nuestro Partido no existe ya aquel ímpetu revolucionario que había antes y, por ello, hemos perdido doscientos cincuenta mil afiliados.

—La política debe adecuarse a la situación particular del momento —intentó objetar tímidamente don Camilo—. Es preciso contemplar el resultado final.

—El resultado final es que Stalin obtenía lo que quería sin molestarse en salir de la Unión Soviética —afirmó el camarada Curullu.

Don Camilo se retiró: ahora era el vodka el que hablaba, y no los camaradas, y el vodka no razona. Y encima, además de Curullu y Li Friddi, la nostalgia de Stalin había ido haciendo presa sucesivamente en los demás, excepto en Peppone, quien, con las mandíbulas apretadas y los nervios

tensos, esperaba el estallido de la bomba.

Y la bomba, de repente, estalló.

Tras haber parlamentado excitadamente con la camarada Nadia, el camarada Oregov dio un fuerte puñetazo en la mesa y se levantó de un salto. Los ojos le echaban chispas. Estaba pálido como un muerto y daba miedo.

Todos callaron, helados, y, en el silencio, el camarada Oregov dijo en un italiano dificultoso, pero hasta demasiado comprensible:

—¡Viva el gran Stalin!

Levantó el vaso colmado de vodka y todos se pusieron en pie de un salto,

levantando el vaso.

—¡Viva! —respondieron todos al unísono.

El camarada Oregov engulló el vodka de un trago y los demás le imitaron.

Luego, rompió el vaso arrojándolo al suelo y los demás hicieron lo mismo. Seguidamente, la camarada Nadia dijo:

—El camarada Oregov desea buenas noches a los camaradas italianos.

Fue todo, y la asamblea se disolvió en seguida sin decir palabra.

Mientras se encaminaban hacia la escalera, don Camilo y Peppone, que eran los últimos de la banda, fueron parados por la Petrovna.

—Camaradas— dijo—, ¿puedo tener el honor de ofreceros un café?

La miraron, perplejos.

—Intentaré hacer un café a la italiana —explicó, sonriendo, la camarada Nadia—. Mi casa no queda lejos de aquí.

Detrás de los palacios imperiales y de los rascacielos a la americana, estaba el Moscú proletario, y la camarada Nadia habitaba en el tercer piso de un edificio escuálido, con las escaleras medio a oscuras, oliendo a coles y a fritura.

La vivienda consistía en un aposento con dos camas turcas, una mesa, cuatro

sillas, un armario y una mesita sobre la cual campeaba un aparato de radio.

Algún visillo, alguna pantalla con flecos y una alfombra se esforzaban en elevar el tono general de la estancia, pero no lo conseguían.

—Esta es la camarada que vive conmigo —explicó Nadia, presentando a Peppone y a don Camilo la chica que había abierto la puerta y que, aunque de más edad, más robusta y más rústica que la Petrovna, parecía fabricada en el mismo molde.

—Es intérprete de lengua francesa —añadió—, pero comprende también el italiano y lo habla discretamente bien.

La cafetera estaba ya dispuesta

sobre un infernillo en el centro de la mesa.

—Lo hacemos aquí —explicó la camarada Nadia— porque la cocina es común con otra familia y, para llegar a ella, hay que atravesar el descansillo.

El café resultó inesperadamente bueno y la camarada Nadia pareció muy sensible a los elogios de Peppone y don Camilo.

—Espero que os haya gustado nuestra Gran Rusia —dijo la camarada Nadia cuando el tema del café quedó agotado.

Peppone, excitadísimo, se puso a explicarle todas las maravillas que habían visto, y llegó un momento en que

la amiga de Nadia le interrumpió riendo:

—Nosotras ya conocemos eso —exclamó—. ¿Por qué no nos habláis de Italia?

Peppone abrió los brazos:

—Camaradas —dijo—, Italia es un pequeño país que sería hermoso si no estuviese infestado de curas y capitalistas.

—Pero ¿de veras no hay libertad? —se informó la camarada Nadia.

—Aparentemente, es un país libre —explicó Peppone—. Pero todo está controlado por los curas. Los curas tienen espías en todas partes. Cuando regresemos, los curas sabrán con pelos y señales todo lo que hemos hecho y dicho

aquí.

—¿Será posible? —se asombró la amiga de la camarada Nadia.

—Explícaselo tú, camarada —dijo Peppone, volviéndose hacia don Camilo.

—Es la pura verdad —admitió honradamente don Camilo—, lo juro.

—Es terrible —exclamó la camarada Nadia—. ¿Y cómo vive el trabajador medio? Por ejemplo: un trabajador del tipo del camarada Scamoggia, ¿cuánto gana?

—A Scamoggia no se le puede considerar un trabajador medio —precisó Peppone—. El camarada Scamoggia es un mecánico

especializado, tiene un pequeño taller propio, con extensa clientela, y gana bastante.

—¿Más o menos? —preguntó con indiferencia la camarada Nadia.

Peppone hizo sus cálculos mentalmente y respondió:

—Calculando el rublo a treinta liras, casi siete mil rublos al mes.

Las dos chicas parlotearon un poco en ruso entre sí y luego la camarada Nadia dijo a Peppone:

—Todo depende del poder adquisitivo de la lira. ¿Cuánto costaría, en rublos, un traje de hombre? ¿Cuánto, un par de zapatos?

—Depende de la calidad —explicó

don Camilo—. Un par de zapatos, de setenta a trecientos cincuenta rublos. Un traje, de setecientos a mil cuatrocientos.

Peppone lucía un fabuloso traje azul cruzado de senador y la amiga de la camarada Nadia tocó la mórbida tela de una manga.

—¿Este, por ejemplo? —preguntó.

—Cuarenta mil —contestó Peppone.

—Casi mil trescientos cincuenta rublos —tradujo don Camilo.

—Pero Scamoggia —insistió Peppone— es un caso particular. Scamoggia no es un simple obrero. Scamoggia...

—¡Scamoggia, Scamoggia! —gritó riendo la amiga de la camarada Nadia

—. ¡Siempre Scamoggia! ¿Será, por casualidad, ese horrible individuo que tan mal se comportó en el koljós de Tifiz? No comprendo cómo un hombre tan malvado puede pertenecer al Partido.

—¡No es malvado! —protestó Peppone—. Es un camarada inteligente, eficiente y de fe segura. Es su manera de proceder lo que engaña.

—Una mala educación recibida en una mala familia, entonces —insistió la amiga de la camarada Nadia.

—No —estableció, categórico, Peppone—. Su familia está formada por gente bonísima. Vosotras no podéis comprenderlo, porque no habéis vivido

en Roma. Los hombres romanos, fuera de casa, se dan aires archimalditos. Luego, en casa, no abren la boca, porque les tienen un miedo tremendo a la esposa.

—¿Scamoggia también le tiene miedo a su mujer? —preguntó la amiga de la camarada Nadia.

—No —se burló Peppone—. Todavía no, porque no está casado. Después, una vez casado, hará como todos los demás.

Intervino la camarada Nadia y pidió datos acerca de la industria pesada y la producción italianas. Peppone estaba preparadísimo y disparó ráfagas de cifras.

La camarada Nadia le escuchó con suma atención y quiso preparar otro café. Por último, se ofreció a acompañanles al hotel, pero ellos rehusaron y volvieron a la base solos.

Durante el trayecto, Peppone afirmó que, en Italia, difícilmente se hubiesen podido encontrar mujeres de tanta madurez política como la camarada Nadia y su amiga.

—¿Qué les importa a las mujeres italianas la industria pesada y la producción cítrica de la URSS? —exclamó Peppone.

—Nada —respondió don Camilo—. A las mujeres italianas les interesa simplemente saber quién es el

jovenzuelo que las corteja, y si está casado o no, y qué hace, y cuánto gana, y qué carácter tiene, y de qué familia proviene y estupideces por el estilo.

Peppone se detuvo como asaltado por una sospecha:

—Acaso quiere usted insinuar que...

—¡Ni lo pienso siquiera! —le interrumpió don Camilo—. ¡Figúrate si puedo pensar que un senador comunista venga a Moscú para hacer de casamentero! Está aquí para servir a la causa, no a camaradas por merecer.

—Sí —rugió Peppone—, bien puede usted decirlo. ¡Ni a las camaradas por merecer ni a las casadas, aunque, según mi mujer, yo debería aprovechar la

ocasión para llevarle a casa un abrigo de pieles como el de la camarada Nilde Jotti!

Era algo que lo tenía clavado en el vientre y, ahora que lo había desembuchado, se sintió más ligero.

Eran las diez de la noche: un viento helado barría las calles despobladas y Moscú parecía la capital de la tristeza soviética.

EL NAUFRAGIO DEL CAMARADA OREGOV

Dejaron Moscú al amanecer, y, al salir de la ciudad en el autocar directamente hacia el aeropuerto, sólo encontraron a las mujeres empleadas en

la limpieza de las calles. Lavaban el asfalto con grandes chorros de agua y perfeccionaban, con las escobas, la obra de las modernas máquinas barredoras que, asimismo, eran manejadas por muchachas y madres de familia.

Don Camilo hizo notar discretamente a Peppone que aquellas mujeres revelaban, en todos sus gestos, la íntima satisfacción de haber conquistado derechos parejos a los de los hombres.

—Es un espectáculo confortante —concluyó don Camilo—, del que sólo se puede disfrutar en la Unión Soviética.

—¡Más confortante será el que podrá disfrutarse en casa cuando asignemos ese trabajo a los curas! —

replicó Peppone, confidencialmente.

Un viento helado que olía a Siberia corría, prepotente, por las grandes calles desiertas, pero, en la inmensa Plaza Roja, hallaba pan para sus dientes de lobo.

De momento, se tenía la impresión de paquetes de harapos puestos allí, en fila, en espera del camión de los barrenderos: en cambio, se trataba de peregrinos en espera de la apertura del «santuario».

Llegados del Uzbekistán, de Georgia, de Irkutsk o de Dios sabe dónde, y reagrupados "en la estación de Moscú en plena noche, ciudadanos de todas las repúblicas soviéticas habían

acudido a acampar frente al mausoleo de Lenin y Stalin, y aguardaban con paciencia, sentados en sus bártulos de viaje, apretujándose entre sí como ovejas obligadas a pernoctar en la majada.

—Camarada —le confió don Camilo a Peppone—, cuán diferente es todo a los execrables tiempos en que los pobres mujiks, llegados de todas las partes de Rusia en sus toscas y lentas carretas, vivaqueaban en los aledaños del palacio imperial esperando días enteros para ver al zar y a la nueva zarina.

—Es diferente el esclavo que viene a hacer acto de sumisión al tirano —

precisó Peppone, con la boca medio cerrada—, del ciudadano libre que viene a dar las gracias a quien le ha liberado.

—Sin contar —añadió don Camilo — que, tal vez, muchos vienen aquí para cerciorarse de que Lenin y Stalin han muerto de veras...

Peppone se volvió sonriendo y explicó en voz baja a don Camilo.

—Cuando pienso que, hacia la medianoche del domingo, le descargaré a usted en la estación de Milán, me tengo que pellizcar para convencerme de que no se trata de un sueño. Conque diviértase, que le quedan sólo pocas horas.

La aventura había terminado ya: a las nueve, el avión les desembarcaría en S. Allí, una vez visitados los astilleros, a mediodía subirían en un barco para llegar, en tres horas, a la ciudad de O., desde donde, a las diecisiete, despegaría el avión para Berlín.

La idea de la excursión en barco era del camarada Oregov; los camaradas italianos habían viajado en avión, en tren, en coche, en tranvía, en autobús, en el Metro: para darse cuenta de la eficiencia de los transportes soviéticos, faltaba un viajecito por mar. La proposición había sido aprobada por la autoridad competente, lo cual había henchido de justificada complacencia al

camarada Oregov.

A las nueve en punto, el avión aterrizaba en el campo S. Un campo adecuado a la escasa importancia de S., pequeña ciudad cuya existencia se justificaba sólo por el astillero.

En el puerto, que, amplio y bien defendido, servía de refugio a los buques en espera de reparación, fondeaban embarcaciones de todo tipo, y el camarada Bacciga, genovés y marinero, al encontrarse en su elemento, adquirió una soltura en el habla que nunca había demostrado poseer.

Entre los barcos de todas las edades, descollaba un petrolero nuevo, flamante:

el camarada Bacciga estableció su tonelaje y detalles técnicos con tanta seguridad como para convencer al camarada Oregov de que los huéspedes podían arreglárselas muy bien sin él. Por lo que los dejó bajo la vigilancia de la camarada Nadia y se fue al astillero para ultimar los detalles de la visita.

El camarada Bacciga era formidable: tenía una respuesta precisa para cada pregunta de los camaradas y, de vez en cuando, exclamaba:

—¡Construir embarcaciones es nuestro oficio, pero lo que es ellos, caray, qué bien saben hacerlo!

Don Camilo le acechaba y, llegado el momento, cuando el camarada

Bacciga volvió con la copla, intervino:

—Saben hacerlo, sí —afirmó—. Y no porque hayan aprendido ahora: fijaos en aquel tres palos, allá a la derecha. ¿No es un primor?

Los camaradas, siguiendo a don Camilo, anduvieron a lo largo del muelle hasta encontrar el punto desde el cual podía verse todo el velero, y allí se detuvieron, reconociendo que don Camilo tenía mil veces razón.

La nave parecía sacada de una nítida y preciosa estampa del ochocientos.

Estaba recién pintada, y tan reluciente, pulcra y retocada en los menores detalles, que daba la impresión de ser nueva, flamante.

—Es admirable ese amor de los soviéticos por todo cuanto testimonia el noble pasado de la gran Rusia —se entusiasmó don Camilo—. Camaradas, ¿acaso no basta este velero para demostrar la gloriosa tradición rusa en el campo de las construcciones navales?

Don Camilo permaneció silencioso unos instantes, contemplando aquella joya resplandeciente, y luego se volvió hacia el camarada Bacciga.

—Camarada marinero, hace siglos que somos maestros en el arte de construir naves: pero es preciso reconocer honradamente que, para ver una obra maestra semejante, teníamos que venir a la Unión Soviética.

Comprendió la camarada Nadia, quien había conseguido informaciones de un obrero que pasaba por allí:

—Se llama Tovarich —explicó—, y es un buque escuela de la Marina soviética. Cuatro mil toneladas.

—Tres mil toneladas —precisó el camarada Bacciga, volviéndose bruscamente y mirando a la Petrovna con expresión dura—. Se llamaba Cristoforo Colombo y era un buque escuela de los cadetes de la Marina italiana.

La camarada Nadia se puso colorada.

—Dispensa, camarada —balbució.

Luego, como el camarada Oregov se

acercaba en compañía de un funcionario del astillero, se alejó para ir a recibir instrucciones.

Peppone agarró por un codo a don Camilo y se lo llevó aparte.

—¿Será posible? —le dijo entre dientes— que no consiga usted nunca tener cerrada su sacrílega boca? ¡Bonita plancha se ha tirado!

—No ha sido una plancha, ni mucho menos —respondió con calma don Camilo—. Yo sabía perfectamente que ese buque es nuestro Cristoforo Colombo. Cuando se lo llevaron junto con el Giulio Cesare, sentí como si me diera un patatús.

Por fortuna, el camarada Bacciga

estaba allí al lado y Peppone se desahogó con él:

—¿No podías haberte callado? —le reprendió en voz queda.

—Jefe, ¿cómo podía? ¡Lo había reconocido!

—Un buen camarada habría evitado reconocerlo —afirmó, categórico, Peppone.

—Además de ser un camarada, también soy un marinero —explicó Bacciga.

—¿Y eso qué?

—Todo es agua, camarada —barbotó Bacciga—, pero el mar no es lo mismo que el Po, y yo no puedo contemplar el Colombo como tú

contemplas una chalana desde el puente de Viadana.

—Los marineros del acorazado Potemkin razonaban de distinta manera —observó Peppone, con sarcasmo.

—Los marineros del acorazado Potemkin no eran genoveses —replicó el camarada Bacciga.

A las once, con la cabeza llena de datos estadísticos, Peppone y camaradas dejaban el astillero. Faltaba una hora para la salida del barco y, mientras la banda, guiada por la camarada Nadia, efectuaba el recorrido turístico de la ciudad, el camarada Oregov, el camarada Peppone y el camarada don

Camilo se retiraban en el humoso local de una «cantina» obrera del puerto: el primero, para poner al día su informe; los otros dos, a prepararse espiritualmente para la travesía que, con aquella ventolera venida de improviso de Dios sabe dónde y aquel cielo, en el que iban adensándose preocupantes nubes, no prometía nada bueno.

La «cantina» era cochambrosa, pero el aguardiente excelente, y, a la segunda ronda, Peppone se confió:

—Tengo miedo de marearme. ¿Y usted?

—Ni siquiera lo pienso —respondió don Camilo—. Hace casi dos mil años que los sacerdotes navegan en medio de

las más tremendas tempestades y siempre han salido bastante bien de apuros.

—Me gustará ver si se hace usted el gracioso cuando esté embarcado —replicó sombríamente Peppone.

Don Camilo se sacó del bolsillo el librito de las Máximas de Lenin:

—Aquí hay de todo —explicó—. Hasta la receta contra el miedo.

Al poco rato, el viento frío trajo el rebaño al redil: no ponían cara de gente que se hubiese divertido mucho, pero el más negro de todos era el camarada Curullu.

Se sentaron todos a la mesa de Peppone y don Camilo y, una vez

recuperado en el fondo de un respetable vaso de vodka el uso del habla, el camarada Curullu desembuchó:

—Camarada —dijo a don Camilo—, ¿sabes de dónde venimos?

Don Camilo dejó su breviario...

—¡De una iglesia! —explicó el camarada Curullu—. ¿Y sabes qué estaban haciendo en aquella iglesia?

Don Camilo se encogió de hombros.

—¡Dos desgraciados se estaban casando! —gritó, excitado, el camarada —. ¡Se estaban casando con muchos curas y las porquerías correspondientes!

Se volvió hacia el camarada Scamoggia:

—¡Y tú —se burló—, que habías

venido aquí para tener el consuelo de no encontrarte con ningún cura! ¡Ni cura ni nada! Guapo y gordo era, y mejor ataviado que los nuestros. ¿Y los novios? ¡Emperifollados, con las manitas juntas y la sonrisa angelical, como dos macacos de la Acción Católica! ¡Como para daros arcadas!

—¡En la Unión Soviética, una asquerosidad así! —rugió, indignado, el camarada Li Friddi—. ¡Como si estuviémos en el último poblacho siciliano!

Querían una respuesta de don Camilo y éste respondió:

—Camaradas —dijo—, la Constitución soviética permite al

ciudadano profesar la religión que prefiera. Y los rusos, con tal de que no echen a perder, con enseñanzas religiosas, a la juventud hasta los dieciocho años, son libres de hacer su oficio. Esta no es una novedad: ha sido el Vaticano el que ha puesto en circulación el cuento de la lucha contra la religión y otras invenciones por el estilo.

El camarada Oregov había enderezado las orejas y, con la ayuda de la camarada Nadia, seguía atentamente la discusión.

Don Camilo se volvió hacia él, lanzándole una mirada implorante.

—El camarada Tarocci —explicó la

camarada Nadia, tras haber parlamentado con el camarada Oregov — tiene razón. El artículo 124 de la Constitución es plenamente respetado. El Consejo para los asuntos de la Iglesia Ortodoxa y el Consejo para los asuntos de los Cultos religiosos controlan la regular aplicación de las leyes sobre la libertad de conciencia y ayudan a las organizaciones religiosas a resolver sus problemas.

—Está claro —concluyó, oída la aclaración oficial, don Camilo—, los curas no hacen, como en nuestro país, lo que quieren, sino lo que la Constitución les permite hacer. La situación es bien distinta.

—La sustancia es igual —barbotó el camarada Li Friddi—. Los curas siempre son curas.

Don Camilo se echó a reír:

—Camarada, en un país inmenso como la Unión Soviética —le tranquilizó—, ¡sólo hay veintiséis mil iglesias y unos treinta y cinco mil curas!

—¡Demasiados! —gritó el camarada Curullu—. ¡Demasiadas iglesias y demasiados curas!

—Si piensas que, en 1917, en Rusia existían más de cuarenta y seis mil iglesias con cincuenta mil curas y que, en 1935, las iglesias quedaron reducidas a cuatro mil y los curas a cinco mil...

El camarada Curullu se volvió,

incrédulo, hacia el camarada Oregov:

—¿Es verdad? —preguntó.

Tras el habitual parloteo, la camarada Nadia respondió:

—En sustancia, los datos corresponden a la realidad. Curas e iglesias viven exclusivamente del óbolo de los fieles. Durante la guerra, la Iglesia ortodoxa demostró su espíritu patriótico respaldando el esfuerzo del país. El Partido lleva a cabo, no con la violencia, sino con la persuasión, una fuerte campaña contra la superstición.

El camarada Curullu experimentaba una decepción que el vodka hacía más punzante aún.

—Camarada —dijo, disgustado, a la

Petrovna—, si durante veinticuatro años los curas han pasado de ser cinco mil a treinta y cinco mil, ¿de qué fuerte campaña se puede hablar?

La camarada Nadia vaciló, luego tradujo y el camarada Oregov la escuchaba con la cabeza baja, como si el responsable de la traición fuese él. Después, tras haber meditado unos instantes, levantó la cabeza y miró al camarada Curullu abriendo desoladamente los brazos.

Y la camarada Nadia, esta vez, no se vio obligada a traducir.

La discusión terminó aquí: el camarada Oregov prosiguió trabajando en su informe y los otros cambiaron de

disco.

El local estaba lleno de humo y don Camilo sintió necesidad de un poco de aire limpio. Salió y Peppone le siguió.

El viento se había calmado: caminaron arriba y abajo, juntos, en silencio, hasta que Peppone se paró:

—¡Treinta y cinco mil curas! —rugió—. ¡Después de una revolución que ha costado ríos de sangre y después de cuarenta y dos años de tremendos sacrificios!

—No te sulfures, camarada —le tranquilizó don Camilo—. No te tomes en serio el número de curas. Esos no son curas: son funcionarios soviéticos que hablan del Papa como de un enemigo de

la paz, y su viejo jefe, cortado con el mismo patrón que el actual, es aquel patriarca Alejo que llamó a Stalin *bogom dannych*, enviado de Dios. En el campo de la religión, el comunismo ha perdido la guerra: pero no la de los curas. Ha perdido la guerra contra Dios. El comunismo puede eliminar a los curas o, peor aún, controlarlos, pero no puede eliminar o controlar a Dios. El régimen soviético ha perdido tres guerras importantes: la de Dios, la de los campesinos y la de la burguesía. Al cabo de cuarenta y dos años de luchas sangrientas, el régimen soviético ha conquistado la Luna y la primacía atómica mundial, acabando, con la

demostración científica de todos los fenómenos naturales y sobrenaturales, con la superstición; se ha vuelto dueño absoluto de Rusia, de los rusos y de no sé cuantos países satélites; ha efectuado la reforma agraria eliminando a diez millones de campesinos rebeldes; ha exterminado a la burguesía. Y, hoy, los rusos buscan a Dios y sacrifican sus rublos ganados fatigosamente para abrir iglesias y hacerlas funcionar, y, mientras, la agricultura no ha logrado alcanzar todavía la producción de antes de la reforma, y para hacer trabajar a los campesinos es menester concederles un trozo de tierra personal y un mercado libre de los productos de esa tierra; una

nueva burguesía está ocupando los puestos de la vieja y se hace cada vez más vasta y poderosa. No te sulfures, camarada proletario: con ese deslumbrante traje cruzado azul y con tu doble paga de senador y de funcionario del Partido, ¿acaso no eres un burgués con cuenta corriente en el Banco y un reluciente «mil ochocientos» a la vista?

—¡Un «mil ochocientos» de qué! —protestó Peppone—. A lo sumo, un vulgar «mil cien» de segunda mano.

Don Camilo movió la cabeza:

—Camarada —dijo severamente—, lo que cuenta no es la cilindrada, sino el principio.

En aquel punto, Peppone se sacó del

bolsillo de la chaqueta una petaca de piel, la abrió y extrajo de ella un estupendo cigarro toscano. Don Camilo, que llevaba dos días soñando con los ojos abiertos en un cigarro toscano, los puso así de grandes y, exhalando un suspiro que semejaba un tornado, exclamó con amargura:

—¡Y mientras la burguesía derrocha, el pueblo sufre!

Peppone partió rabiosamente el cigarro y alargó a regañadientes la mitad a don Camilo.

—¡Treinta y cinco mil curas no bastaban! —rugió—. ¡Además, hacía falta usted!

Se oyó la sirena del barco.

El *Partisan* era un barquito ligero, pero moderno, robusto y magníficamente marinero, por lo que la primera hora de navegación transcurrió de la mejor manera. Desgraciadamente, el diablo entremetió su rabo y, de improviso, el cielo se ensombreció y el viento se tornó huracanado.

Olas cada vez más fuertes empezaron a agitar el mar.

El asunto se ponía feo y el capitán, para evitar el peligro de que el barco fuese arrojado a la costa por la marejada, se hizo mar adentro en busca de aguas más quietas.

No las encontró y, al aumentar la

intensidad del huracán, perdió el control del barco.

Cuestión de minutos: de repente, llegó al entrepuente un marinero cargado con unos trastos que tiró al suelo gritando algo.

—El capitán dice que nos pongamos los salvavidas y que subamos a cubierta —tradujo la camarada Nadia.

En cubierta se había desencadenado el infierno: del cielo, rachas de lluvia, y, del mar, los embates salvajes de las olas contra los costados del barco.

Por si fuese poco, el ulular feroz del viento y el aire negro como la pez.

La rueda del timón giraba a su arbitrio y una oleada se llevó las dos

chalupas de salvamento.

Todos volvieron los ojos arriba, hacia el capitán aferrado a la barandilla del puente de mando: el hombre sintió sobre sí aquellos ojos angustiados, pero fingió no darse cuenta y siguió escrutando las aguas tempestuosas. Era el fin.

¿Dentro de cuántos minutos, dentro de cuántos segundos, vendría el estruendo que trituraría al barquito?

Un golpe de mar se hincó bajo la popa, levantándola, y pareció que el barco se hundía.

El agua barrió el barco de popa a proa y, cuando el agua hubo pasado y el barquito se enderezó, cada cual miró en

torno contando los camaradas.

Todavía estaban todos: Peppone, los nueve «electos», la camarada Nadia, el camarada Oregov, el capitán y los seis hombres de la tripulación.

Aferrados desesperadamente a todo posible asidero, apretujados entre sí, habían resistido milagrosamente aquel primer tremendo asalto. ¿Resistirían el segundo?

El barco, deslizándose a lo largo del flanco en una ola altísima, se abismó en la vorágine. Parecía destinado a quedarse en ella. En cambio, volvió a remontar, pero, entonces, la tapa de una escotilla se partió y la nave empezó a hacer agua.

Ya no quedaban esperanzas y Peppone se inclinó hacia don Camilo.

—¡Usted! ¡Usted! ¡Haga algo, en nombre de Dios! —le gritó con rabia y desesperación.

Don Camilo se estremeció:

—Señor —dijo—, te agradezco haberme concedido la gracia de morir como un humilde y fiel soldado de Dios.

Olvidó el mar y la tempestad y ni siquiera pensó en que, para toda aquella gente, excepto Peppone, él era sólo el camarada Tarocci; se quitó el gorro y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, buscando su falsa pluma. Estaba todavía y, sacando de ella el pequeño crucifijo, lo alzó.

Todos, ahora, estaban de rodillas, con la cabeza descubierta, ante don Camilo. Incluso la camarada Nadia, incluso el capitán y los seis hombres de la tripulación.

Todos, excepto el camarada Oregov, quien, agarrado a la escalerilla del puente de mando y con el gorro calado hasta las orejas, contemplaba, con ojos desencajados de estupor, aquel increíble espectáculo.

—Señor —imploró don Camilo—, ten piedad de estos infelices...

Un embate sacudió el costado del barco y otro se acercaba.

— *Ego vos absolvo a peccatis vestris, in nomine Patris et Filii et*

Spiritus Sancti...

Trazó una amplia cruz en el aire tempestuoso. Y todos se persignaron y todos besaron el pequeño crucifijo.

Todos, salvo el camarada Oregov, quien parecía haberse convertido en un pedazo de hierro colado.

Una montaña de agua se derrumbó sobre el puente como si quisiera aplastar a aquellos pequeños hombres: pero Dios había dispuesto las cosas de otro modo. El baile infernal continuó, pero las olas ya no azotaban los costados del buque con la violencia de antes.

Se encontraron todos en pie y, de pronto, tuvieron la sensación de que lo

peor había pasado.

Todos vieron que el camarada Oregov no se había arrodillado ni quitado el gorro, pero sólo ahora pensaron en él y en su actitud.

Echaron una ojeada a la escalerilla y el camarada Oregov seguía allí: tenía la mandíbula apretada, y lo que no decía con la boca lo decía con los ojos.

La camarada Nadia, el camarada capitán y los camaradas de la tripulación notaron la luz amenazadora que ardía en aquellos ojos y sintieron escalofríos. Peppone y los otros, no: estaban demasiado contentos de encontrarse vivos para preocuparse de la amenaza que se leía en los ojos del

camarada Oregov.

El mar continuaba zarandeando al barco: pero, ahora, los hombres de la tripulación podían afanarse en torno a las máquinas y las bombas de achique. Y los pasajeros podían pensar en escurrir sus ropas empapadas. El camarada Oregov quedó olvidado.

A medida que el mar se encalmaba, la vida a bordo volvía a la normalidad. Dos horas después, cada cual había recobrado la acostumbrada expresión de todos los días.

No había ocurrido nada extraño. Un poco de mar gruesa, algunas rociadas de agua, una escotilla deteriorada, dos

chalupas perdidas: las cosas que suelen ocurrir a quien navega.

El camarada Oregov había sido olvidado: volvió a la memoria de todos cuando el barco llegó al puerto de O., y fue la camarada Nadia quien lo recordó a los demás.

La escalerilla había sido echada y Peppone, seguido por los camaradas, ya se disponía a bajar, cuando la camarada Nadia se le plantó delante.

—Hay que esperar al camarada Oregov —explicó.

Estaba pálida y su voz temblaba de angustia.

Vino el capitán, quien parlamentó con Nadia, y ambos bajaron al

entrepuente.

Regresó con la chica pocos minutos después y, sonriendo, se despidió de Peppone y los demás «electos».

— *Kak trevoga, tak do Boga* -dijo a don Camilo, mientras le estrechaba la mano.

—Podemos bajar —dijo la camarada Nadia—. Desgraciadamente, durante la tempestad, una ola ha arrastrado al mar al camarada Oregov. El Partido ha perdido a un funcionario leal; la URSS, un valeroso soldado.

Bajaron y, cuando estuvieron en tierra, don Camilo se volvió hacia el mar, buscando, sobre las olas aún tempestuosas y en el cielo negro y

amenazador, el fantasma del camarada Oregov.

—Que Dios perdone también tus pecados —susurró.

La angustia le oprimía el corazón. Y trataba desesperadamente de convencerse de que era necesario creer al camarada capitán. Si el camarada capitán había escrito en el Diario de a bordo que la tempestad se había llevado dos chalupas y al camarada Oregov, no había ninguna razón para dudar del camarada capitán.

La tempestad había retrasado la salida del avión para Berlín y, en el autocar que les llevaba al aeropuerto,

don Camilo se encontró sentado frente al camarada Scamoggia.

—Entonces, camarada —le dijo—, ¡nos despedimos! Nosotros nos vamos y tú te quedas.

—No —respondió Scamoggia—. Yo también me voy.

—¿No ha logrado hacer que te quedases, la camarada Nadia?

—Ni siquiera le he hablado de ello —explicó Scamoggia—. He pensado que el Partido comunista italiano todavía me necesita.

—Bravo, camarada —se alegró don Camilo—. Quien sabe acallar el corazón para escuchar la voz del deber, es un buen soldado de la Causa.

El camarada Scamoggia suspiró y se puso a mirar por la ventanilla.

Y he aquí el aeropuerto.

El autocar se detuvo frente a la verja y todos se apearon. La camarada Nadia entró en la oficina junto con el camarada Peppone y presentó los documentos de viaje. El oficial que mandaba el puesto de policía controló los papeles y, luego, pasó la lista de los «electos» a un suboficial intérprete quien empezó en voz alta la retahila:

—Bacciga, Pietro...

Entró Bacciga: el oficial miró a Peppone, quien hizo un signo afirmativo, y luego a la camarada Nadia, quien dijo Da.

—Capece, Salvatore...

La historia se repitió cuando le tocó el turno al camarada Capece, a Gibetti, Li Friddi, Peratto.

—Rondella, Walter...

Peppone, absorto, no se acordó de que el camarada Rondella había sido reexpedido a la base con hoja de ruta obligatoria. Cuando lo recordó, era demasiado tarde: el condenado napolitano-rumano encontrado en el koljós de Tifiz estaba ya delante de él con una caradura extraordinaria.

Y Peppone hizo signo afirmativo con la cabeza.

—Da —dijo, sin vacilar, la camarada Nadia.

Llegado el turno del camarada Tarocci, a Peppone le entraron unas ganas locas de decir «¡No»!, pero sólo fue cuestión de una décima de segundo.

—¡Once llegados, once que se van! —exclamó, riéndose, el intérprete, devolviendo los documentos a Peppone.

Al encaminarse hacia el avión, don Camilo se acercó a Nadia y le preguntó qué significaba la frase del capitán.

—Lo has visto con tus ojos, camarada: «Cuando estamos en peligro, nos acordamos de Dios.»

—Viejos proverbios de tiempos superados —barbotó don Camilo.

Había llegado el momento de embarcarse y la camarada Nadia, a

medida que los «electos» subían la escalerilla, les estrechaba la mano. Estrechó también la mano al rumano de Nápoles y casi reventaba de risa. Pero, detrás de él, venía el camarada Scamoggia y la sonrisa se le heló en los labios.

El último en subir fue don Camilo.

—Adiós, camarada —dijo don Camilo.

—Ruega por mí, camarada —respondió en un soplo de voz la camarada Nadia, mientras dos lagrimones le resbalaban de los ojos.

Durante un buen rato, en pleno vuelo, don Camilo sólo vio aquellos ojos llenos de desesperada tristeza.

Luego, miró a través de la ventanilla los campos interminables velados por la niebla y le vino a la mente una frase que había leído en alguna parte y que anotara en el librito de las *Máximas* de Lenin: *Spasitjel mira, spai Rossiu...*

«¡Salvador del mundo, salva a Rusia!»

FIN DE UNA HISTORIA QUE NO ACABA NUNCA

—Señor —se confesó don Camilo dirigiéndose al Crucifijo del altar mayor—, hace ya dos semanas que he vuelto a la sombra de mi campanario, y todavía siento que me pesa en el corazón aquella angustia que me acompañó durante todo

el viaje... Angustia, Señor, no miedo. No había motivo de tener miedo. Tenía motivo sólo de avergonzarme de mí mismo. Sentía la humillación del viejo soldado que, acostumbrado a combatir dando la cara, viste el uniforme del enemigo y se infiltra en sus filas para espiar sus movimientos y urdir maquinaciones. ¡Qué pena!: el crucifijo de aspas plegables, escondido en la pluma estilográfica, el breviario disfrazado de Máximas de Lenin, las misas clandestinas celebradas ante la mesita de mi habitación del hotel. ¡Qué pena...!

—Don Camilo, no te angusties —respondió con dulzura el Cristo—. Tú

no has obrado así por vileza, o para atacar a tu prójimo por la espalda, sino para ayudar a tu prójimo. Si tu prójimo muere de sed, ¿acaso renunciarás a procurarle el sorbo de agua que le devolverá la vida sólo porque, para hacerlo, tengas que mentir a tu esencia y ponerte en ridículo ante ti mismo? El heroísmo del soldado de Cristo es la humildad, y su verdadero enemigo es el orgullo. Bienaventurados los humildes.

—Señor —replicó don Camilo—. Vos habláis desde lo alto de la cruz, que es el más orgulloso trono del universo y que has conquistado combatiendo de frente. Pero Vos habéis celado vuestro ser. Nunca os habéis presentado a las

multitudes bajo las vestiduras del demonio.

—Don Camilo, ¿acaso no es humildad, para el hijo de Dios, venir como un hombre y morir clavado en la cruz, entre dos ladrones? Don Camilo, mira a tu Dios. Mira sus míseras desnudas carnes martirizadas y la ultrajante corona de espinas que lleva en la cabeza. ¿No es, acaso, un pobre Cristo?

—Señor —insistió don Camilo alzando los ojos hacia el Cristo crucificado—, yo os miro, pero mis ojos sólo ven la divina luz de vuestro sublime sacrificio. Ninguna luz, ni siquiera la tenue llama de un fósforo,

ilumina, en cambio, la triste figura del «camarada don Camilo».

El Cristo respondió:

—¿Y la llama que tú has encendido en los ojos de la anciana de Grevinech? ¿Y la otra que tú has encendido en los ojos del soldado perdido, de su esposa y de sus hijitos? Don Camilo, ¿cómo fue que, en el barco, cuando la tempestad arreciaba y tú sacaste el pequeño crucifijo y lo mostraste a aquellos infelices que creían haber llegado al umbral de la muerte y pediste a Dios la remisión de sus pecados, cómo fue que ninguno encontró ridículo que el camarada Tarocci se comportase como un ministro de Dios y que todos, en

cambio, se arrodillasen y se persignasen y quisiesen besar aquel mísero Cristo de brazos plegables? ¿No te has preguntado nunca cómo pudo ocurrir aquello?

Don Camilo se quedó perplejo:

—Yo —balbució— me comporté como se habría comportado cualquier ministro de Dios.

—Sí, don Camilo: pero, excepto Peppone, ninguno sabía que tú fueses un ministro de Dios. Para los demás, tú eras sólo el camarada Tarocci. ¿Entonces?

Don Camilo abrió los brazos: ahora sólo pensaba en aquel extraño suceso y le parecía increíble.

—Entonces —prosiguió con dulzura

el Cristo—, eso significa que un poco de luz emanaba también del camarada don Camilo.

Hacía dos semanas que don Camilo estaba de vuelta en la base y llevaba diez días tratando de poner en el papel todo aquello que había hecho y dicho y visto y oído durante su viaje. Quería que el obispo lo supiese todo, con pelos y señales, y la empresa no se presentaba fácil, porque el obispo era viejo y la memoria, a menudo, le fallaba, pero la Gramática la recordaba perfectamente.

Desde que se separaron en la estación de Milán, don Camilo no había vuelto a tener noticias de Peppone.

Apenas hubieron salido del aeropuerto de Berlín, el rumano-napolitano desapareció; en Verona, se apeó el camarada Tavan con sus tres tallos de trigo; y, en Milán, junto con don Camilo, abandonaron a la compañía el camarada Bacciga y el camarada Peratto.

—¿No te conviene llegar con nosotros hasta Parma o Reggio-Emilia? —había preguntado Scamoggia a don Camilo.

Y don Camilo le explicó que se detenía en Milán por un asunto importante: la pura verdad, pues don Camilo había dejado su negra corteza en Milán y allí había de recuperarla.

Peppone había hecho las cuentas rápidamente. Luego, mientras don Camilo se disponía a dejar el vagón, entregó dinero a Scamoggia gritándole alegremente:

—Quedamos seis: coge seis botellas de vino, una por barba. ¡Pago yo!

La carcajada de Peppone se le había quedado en los oídos a don Camilo y, a menudo, durante aquellas dos semanas, se había preguntado el porqué de aquella repentina y fragorosa alegría.

Fue el propio Peppone quien se lo explicó, y ello ocurrió precisamente la noche del decimocuarto día.

Don Camilo, en el comedor de la rectoría, estaba luchando con su reseña,

cuando alguien llamó a la puerta de la calle. Se trataba de Peppone.

De momento, don Camilo no le reconoció: había dejado a un Peppone senatorial, con sombrero, corbata de seda gris, camisa clara de fino popelín y majestuoso traje cruzado azul, y ahora se encontraba frente al Peppone pueblerino de los tiempos pasados, con los calzones con rodilleras, la chaqueta de pana, la boina, pañuelo al cuello y tabardo al hombro.

Le miró con asombro y luego movió la cabeza:

—Huy, esa pobre memoria mía —exclamó—, me olvidaba de que el pueblo trabajador, cuando está en Roma,

padece en uniforme de senador y de que, cuando regresa al pueblo, padece en uniforme de alcalde. Siéntese. Pero debe de ser una lata, para usted, tener que viajar sólo de noche. Por favor, siéntese.

—Por lo que he de decirle, puedo quedarme de pie —respondió sombríamente Peppone—. Vengo a pagar mi deuda.

Se sacó del tabardo un cirio y lo dejó sobre la mesa:

—Esto es para darle las gracias al Padre Eterno de haberme salvado de la tempestad.

Don Camilo sonrió:

—«Cuando estamos en peligro, nos acordamos de Dios», me dijo el capitán

del barco. Por desgracia, cuando el peligro ha pasado, nos olvidamos fácilmente de Dios. Usted tiene buena memoria, me alegro sinceramente de ello.

—Y esto es para agradecer al Padre Eterno haberme salvado de cierto cura que el diablo me había cargado en las costillas —explicó, lúgubre, Peppone, sacando de debajo del tabardo otro cirio y dejándolo asimismo sobre la mesa.

Un cirio muy decorado, de metro y veinte de largo y quince centímetros de diámetro.

Don Camilo puso unos ojos así de grandes.

—He tenido que mandarlo fabricar

adrede —explicó Peppone—. Es un cirio de buen calibre, mas para estar proporcionado al peligro que representaba aquel cura para mí, debería tener dieciséis metros de altura y un diámetro de tres metros.

—Me hace usted demasiado honor —replicó don Camilo—. Un pequeño cura rural no merece tanta consideración.

—Hay pequeños curas rurales que son más dañinos que un gran Papa —estableció Peppone.

Luego, echó, sobre la mesa un voluminoso pliego y dos cartas.

—Eso me lo mandan a mí para que se lo entregue al camarada Tarocci —

dijo Peppone—. Esa historia no me gusta. Le advierto que, si llegan más, las quemaré.

Don Camilo abrió el pliego: contenía un fajo de grandes fotografías y una carta que recorrió rápidamente.

—Se trata...

Peppone le interrumpió:

—No me interesan sus asuntos, reverendo.

—No son asuntos del reverendo, sino del camarada Tarocci. Y el jefe de célula Tarocci tiene la obligación de informar a su inmediato superior que es el camarada Peratto quien me manda una serie de fotos para que disponga de ellas como mejor me parezca. Fíjese en ese

grupo en el que estamos usted y yo en primer término. ¿No es interesante?

Peppone agarró la foto, la miró y luego dijo entre dientes:

—¡Quiero esperar que no me armará usted más líos!

Don Camilo repuso:

—Esté tranquilo, senador. El camarada Peratto me manda también una serie de fotos no oficiales y me pide que vea dónde puedo colocarlas, sin mencionar al fotógrafo. El pobre hombre necesita ganarse unas perras: al parecer, el Partido le paga bastante mal. Trataré de contentarle.

—¿Haría usted una bribonada semejante? —aulló Peppone.

—Como le parezca —respondió don Camilo, tendiéndole el paquete de fotografías—. ¿Y si no le complacemos, y luego él manda a los diarios del Partido las fotos en que también estoy yo, y los diarios las publican?

Peppone se dejó caer en la silla y se secó el sudor que le bañaba la frente.

—Camarada, ya le he dicho que no quiero fastidiarle. Usted escoja las fotos que hay que enviar a los diarios del Partido y deje que el camarada Tarocci haga el resto.

Don Camilo, mientras Peppone, tranquilizado, miraba las fotografías, leyó la segunda carta y luego explicó:

—Es del camarada Tavan. Da las

gracias porque hizo lo que yo le aconsejé y su madre está contenta. Los tres tallos de trigo han llegado sanos y salvos e, inmediatamente, los ha plantado. Dice que todos los días va a contemplarlos, incluso dos veces al día... Si se muriesen —escribe— me parecería que mi hermano está más muerto aún. Me ruega que salude y dé gracias al camarada senador.

Peppone gruñó y siguió mirando las fotos.

La tercera carta contenía un pliego con unas cuantas líneas y dinero.

—Es del camarada Gibetti —refirió don Camilo—. En casa le asaltó una sospecha y se hizo traducir la página.

Nos da las gracias. Manda mil liras para que yo diga una misa por el alma de la muchacha. Le volveré las mil liras y todos los meses diré una misa por aquella pobrecita.

Peppone movió la cabeza.

—No lo entiendo —exclamó—, ¿quién les dijo a aquellos desgraciados que era usted cura?

—Nadie. Lo comprendieron.

—¿Y cómo pudieron comprenderlo?

—Es una cuestión de iluminación —farfulló don Camilo—. No soy perito en electricidad y me costaría mucho explicarlo.

Peppone movió la cabeza.

—Quizá la culpa sea mía —exclamó

—. Quizás, allí, en el barco, en vez de llamarle a usted «camarada», le llamé «reverendo».

—No lo creo —respondió don Camilo.

Peppone le puso delante una foto. En primerísimo plano estaba el difunto Yenka Oregov.

—Cuando le vi por última vez —dijo Peppone con la cabeza gacha—, la tempestad había remitido. ¿Cómo pudo ser que un embate le arrastrase al mar? ¿Qué pasó en cubierta cuando nosotros volvimos al entrepuente?

—¡Sólo Dios lo sabe! —exclamó don Camilo—. Y sólo Él sabe cuántas veces me he acordado de aquel hombre

y de cómo sigo acordándome de él.

Peppone exhaló un suspiro interminable y, luego, se puso en pie.

—Tomará usted ésas —dijo indicando un montoncito de fotografías.

—Asunto concluido —respondió don Camilo—. Y con esos dos cirios, ¿qué hacemos?

Peppone se encogió de hombros:

—El gordo lo enciende usted por habernos salvado del naufragio —consintió.

—Los dos, en suma, por el naufragio evitado —concluyó don Camilo.

—¡No! —gritó Peppone—, ¡El pequeño arderá por el cura salvado!

Peppone se fue sin despedirse y don

Camilo corrió a la iglesia.

No pudo encontrar ningún candelabro capaz de contener el cirio gigantesco, pero, en la sacristía, halló un grande y pesado jarrón de bronce que podía servir al objeto.

Dispuestos los cirios en el altar, don Camilo los encendió y luego dijo:

—Señor, Peppone se ha acordado de Vos.

—Y de ti también, si no me equivoco —respondió, sonriendo, el Cristo.

Cuando hubo leído la extensa relación, el anciano obispo mandó llamar a don Camilo.

—Ahora —le dijo cuando él acudió— cuéntame todo lo que has escrito y también lo que has dejado de escribir.

Don Camilo siguió hablando media jornada y, al final, el obispo exclamó:

—¡No es posible! Conversión del camarada Tavan, conversión del camarada Gibetti, liberación del camarada Rondella, liberación del rumano de Nápoles, misa y comunión para la anciana polaca, consagración del matrimonio de su hija y del huido, bautismo de sus seis hijos, confesión del expatriado y su rehabilitación, Misa de Difuntos en el camposanto. Además, dieciocho absoluciones in articulo mortis. ¡Y no contento con ello, hasta

eres jefe de célula! ¡Total en sólo seis días y en el país del Anticristo! No es posible.

—Excelencia, si mi palabra no basta, si no bastan las fotografías y las cartas, existe el testimonio del senador...

—¡Encima el testimonio de un senador! —gimió el anciano obispo—. ¡Entonces, la desdicha es irreparable!

Don Camilo miró al obispo con los ojos desorbitados.

—¿No comprendes, hijo mío —continuó el anciano obispo—, que, estando así las cosas, me veré obligado a nombrarte Monseñor?

Don Camilo se arrodilló:

— *Domine, non sum dignus!* —

exclamó, alzando la mirada al cielo.

El anciano obispo movió la cabeza:

—Lo mismo dije yo, hace muchos años. Pero nadie me hizo caso. Que Dios te proteja, hijo mío...

Transcurrió otro mes y don Camilo pensaba cada vez menos en su increíble aventura, cuando, una mañana, al salir de la iglesia, se topó con *el Flaco*, quien, con gran diligencia, estaba pegando un cartel en la fachada de la rectoría.

Don Camilo dejó que terminase y luego, cuando *el Flaco* hubo bajado de la escalera y al volverse se encontró frente a él, se informó:

—Camarada, ¿y si alguien, aprovechando que el engrudo aún está fresco, despegase ese cartel de la pared y te lo hiciese comer?

El Flaco se echó a reír.

—Reverendo, aún no ha nacido el hombre capaz de hacer eso.

—Pon por caso que, por una condenada hipótesis, ese hombre, en cambio, hubiese nacido hace un montón de años ya y que, en este momento, estuviese delante de ti.

Don Camilo había agarrado a *el Flaco* de las ropas y daba la impresión de no quererle soltar.

—Entonces —admitió *el Flaco*—, la situación sería distinta.

Don Camilo cambió bruscamente de tono:

—¿Acaso voy yo alguna vez a pegar carteles en la fachada de la «Casa del Pueblo»? —preguntó, amenazador—. Entonces, ¿por qué venís a ensuciar la pared de mi casa con vuestras necedades políticas?

—No se trata de política —precisó *el Flaco*—. Es un cartel que atañe a una manifestación cultural independiente.

Don Camilo, sin soltar la presa, echó un vistazo hacia arriba y se enteró de que, la noche siguiente, en la sala del teatro municipal, el senador Giuseppe Bottazi, al regreso de una visita a la Unión Soviética, hablaría de su viaje y

contestaría a todas las preguntas que los ciudadanos le dirigiesen.

Don Camilo abrió el puño.

—El caso varía —admitió—. Tienes razón: aquí se trata de una manifestación cultural sin ninguna finalidad política. ¿Dónde se pueden recoger las invitaciones?

—Entrada libre para todo el mundo —explicó *el Flaco*, arreglándose la chaqueta y las costillas—. Cualquiera puede intervenir y pedir aclaraciones.

—¿Yo también?

—Hasta el obispo con toda la curia —respondió *el Flaco* dando prudentemente algunos pasos atrás—. Nosotros, ante todo, trabajamos para

que los curas se formen una cultura.

El Flaco ya estaba fuera de tiro pero, como fuese, don Camilo pensaba en otra cosa que en *el Flaco* y se metió, sin responder, en la rectoría.

Media hora después, un chiquillo entregaba a la mujer de Peppone una carta que decía textualmente: *Querido camarada senador, como la manifestación cultural de mañana por la noche me interesa mucho, acudiré sin falta a ella. Entretanto, me permito hacerte la siguiente pregunta: ¿por qué te buscas líos? Saludos del camarada Tarocci*.

Sucedió que, aquella misma noche, Peppone tuvo que irse de improviso a

Roma y, a la mañana siguiente, *el Flaco* se vio obligado a recorrer el pueblo para pegar una tira sobre los carteles: Por imprevistos e importantes compromisos del orador, la manifestación cultural queda aplazada indefinidamente.

También esta vez, al bajar de la escalera que había apoyado bajo el cartel pegado en la pared de la rectoría, *el Flaco* se encontró con don Camilo.

—Lástima —se dolió don Camilo—. ¿Quién sabe cuánto tiempo tendrá el clero todavía que quedarse sumido en las tinieblas del oscurantismo medieval?

El Flaco, una vez recuperada la escala y ganada la zona de seguridad, le

respondió:

—No se preocupe, reverendo: ¡cuando llegue el momento propicio, nosotros le esclareceremos las ideas!

Al final, resultó que la fecha de la manifestación cultural no volvió a fijarse. La lluvia cuidó de despegar los carteles y nadie volvió a hablar del asunto.

Seis meses después, por no haber podido hablar nunca de su aventura con ningún alma viviente, don Camilo empezó a dudar de haberla realmente vivido. Quizás había sido un sueño.

Pero una mañana, mientras estaba ordenando papeles en el comedor de la rectoría, el campanero fue a decirle que

un forastero quería hablar con él y, tras haberle dicho que le hiciese pasar, se encontró ante el camarada Nanni Scamoggia.

Un suceso semejante jamás lo habría esperado y se quedó un buen rato sin hablar...

—¿Cómo te encuentras aquí? —balbució al fin.

—Porque los trenes también funcionan desde Roma para arriba —respondió Scamoggia—. Su dirección se la he sonsacado al camarada Bottazzi.

—Comprendo —barbotó don Camilo, que no había comprendido nada —. ¿Y por qué has venido a verme?

El camarada Scamoggia seguía

siendo el chulo de siempre y lo demostró en el modo como encendió el cigarrillo y se retrepó en el sillón, junto a la chimenea. Pero su desfachatez ya no le hacía gracia a don Camilo, quien no olvidaba los ojos llenos de lágrimas de la camarada Nadia Petrovna.

—Estoy metido en un lío, camarada... reverendo —explicó Scamoggia—. Se trata de aquella chica...

—¿Qué le ha pasado?

—Ha llegado a Roma hace dos meses, con una delegación de mujeres soviéticas. Ha quemado las naves y se ha quedado.

—¿Y tú?

Scamoggia se encogió de hombros:

—Como comunista militante y jefe de célula, no podía entenderme ni por asomo con una camarada que ha traicionado a la patria soviética y al Partido.

—¿Entonces? —apremió don Camilo.

—Entonces, para poderme casar, he tenido que presentar la dimisión en el Partido —explicó Scamoggia, tirando la colilla al fuego.

—¿Ese es el lío?

—No —respondió Scamoggia—. Desde que, hace un mes, me casé con ella, no me deja respirar, porque el matrimonio civil ya no le basta. Quiere

también el de la iglesia. Este es el lío.

Don Camilo le miró tranquilizado:

—Si todo el mal es éste, el lío no es muy grande.

—¡Para usted no lo será! ¡Muchas gracias! Mas para uno como yo que, cuando oye hablar de curas, le da arcadas y los colgaría a todos, del primero al último, el lío es gordo.

—Comprendo, camarada —exclamó don Camilo—. Cada cual es libre de pensar como le parezca. Pero, si piensas así, ¿por qué has venido a decírmelo a mí, precisamente?

—Porque, si tengo que hacerme fastidiar por un cura, al menos que sea un cura con atenuantes. Al fin y al cabo,

usted es un excamarada, como yo, en cierto sentido. Y, en cierto sentido, también es usted mi exjefe de célula.

—No puedo negártelo —reconoció honradamente don Camilo.

Entonces, Scamoggia se volvió hacia la puerta y vociferó:

— *A Na'!*

Y compareció la camarada Nadia Petrovna quien, tan pronto vio a don Camilo, corrió a besarle la mano.

Scamoggia la miró con una mueca de desagrado:

—¡Qué asco! —barbotó—. Hace dos meses que está en Italia y ya conoce las reglas del juego como si hubiese nacido aquí.

Tenían todos los papeles en regla, por lo que organizar el matrimonio fue un asunto expedito, liquidado sin estruendo. Naturalmente, Peppone tuvo que tragar también la píldora de actuar de testigo de la novia. Pero no fue una píldora demasiado amarga, y la tragó sonriendo.

Antes de que la pareja se fuese, don Camilo se llevó aparte a la excamarada Nadia Petrovna y le preguntó qué había sido del camarada Oregov.

—Una fea historia —respondió la chica—. Cuando bajamos al entrepuente, el camarada Oregov ordenó al capitán que nos detuviese a todos y les pusiese grilletes a usted y al camarada Bottazzi.

Hablaba de indagaciones, de traición, de espías del Vaticano. Estaba como loco: insultó y amenazó también al camarada capitán. Por lo que llegaron a las manos y un puñetazo del capitán arrojó al camarada Oregov contra la borda. En aquel momento, una ola barrió la cubierta y se llevó al camarada Oregov. Esta es la verdad, y la sabemos sólo el capitán, usted y yo. Una triste historia...

El matrimonio se fue y don Camilo y Peppone se quedaron a calentarse cerca de la lumbre que ardía en la chimenea del comedor.

No abrieron la boca durante un buen rato. Luego don Camilo exclamó:

—¡Tomemos nota, antes de que se

me olvide!

Se sacó del bolsillo su famosa agenda y explicó:

—Es preciso que añada a la lista dos conversiones más y otro matrimonio.

—¡Escríbalo ya! —rugió Peppone—. Todo se lo encontrará cargado en su cuenta cuando llegue el momento de la insurrección proletaria. ¡Y lo pagará todo!

—¿No me haréis ni un pequeño descuento? ¿Ni siquiera un poco de consideración para un excamarada?

—Claro que sí —se burló Peppone—. Le dejaremos escoger dónde quiere que le ahorquen.

—Lo sé ya —respondió don Camilo —. Junto a ti, camarada...

Era un frío día de invierno, y la niebla, que se elevaba del gran río, extendió también su manto sobre aquella historia que apenas acababa de terminar y ya parecía del tiempo de Maricastaña.

FIN

Notas

[1] Moneda de veinte francos. (N. del T.)<<